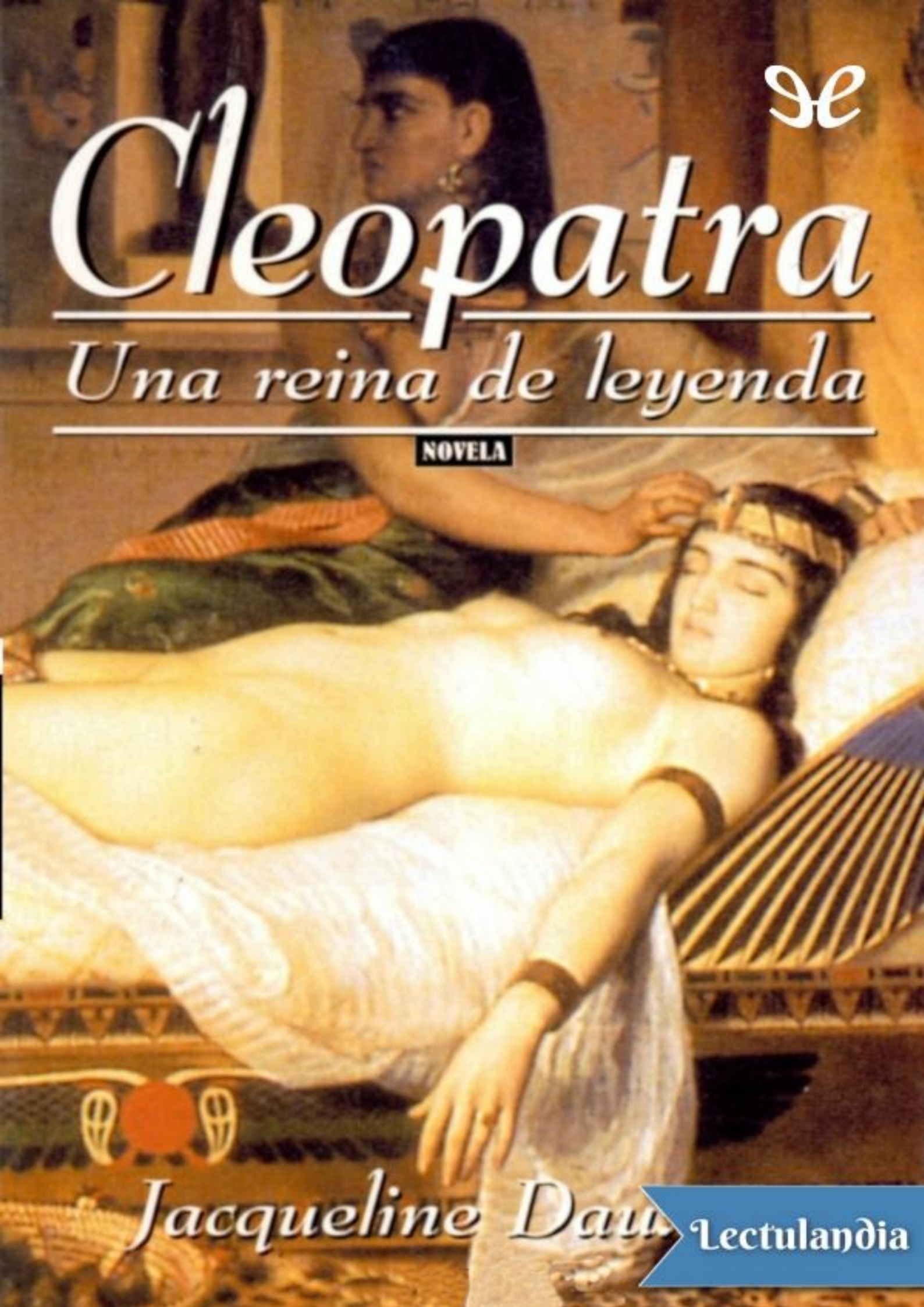


The background of the cover is a classical painting depicting Cleopatra. She is shown lying down, wearing a white, strapless garment, with her head resting on a pillow. A woman, likely a servant or attendant, is leaning over her, adjusting a golden headband. The scene is set in an ornate room with classical architectural elements.

Cleopatra

Una reina de leyenda

NOVELA

Jacqueline Dawson

Lectulandia

Una reina coronada a los 18 años, se suicidó a los 39 dejándose morder por un áspid para evitar su exhibición en Roma, encadenada al carro de la victoria de Octavio. Sus apasionados amores con Julio César y, más tarde, con Marco Antonio, las fabulosas riquezas que tenía a su disposición, su barco de oro, sus perlas, sus tesoros, la batalla de Accio, donde participó al mando de su escuadra, todo converge para hacer de la última reina de Egipto un personaje prodigioso que trasciende la leyenda y la historia. Lejos de representar a Cleopatra como a una seductora sin escrúpulos que utiliza su refinamiento para tener a los romanos a su merced, Jacqueline Dauxois nos acerca a una joven reina de irresistible encanto, con una inquebrantable voluntad política, una inteligencia excepcional y un intrépido valor. Nos presenta a una soberana consciente de la grandeza y de la fragilidad del Egipto faraónico frente a las legiones romanas que están esclavizando a unas civilizaciones milenarias, una mujer perdidamente enamorada de César que, tras el asesinato de su inolvidable amante, espera de nuevo, junto a Marco Antonio, reunir bajo su cetro a Oriente y Occidente.

Jacqueline Dauxois

Cleopatra, una reina de leyenda

ePub r1.0

Titivillus 05.04.2021

Jacqueline Dauxois, 2001
Traducción: Tomás Onaindia Gascón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Françoise y Baudoin

¿Qué puede faltarle a su esplendor?

PUSHKIN,

Las noches egipcias

PRIMERA PARTE:

Eclipse

*La madre divina, Isis, fue alumbrada en este
lugar bajo la apariencia
de una mujer de negra cabellera, plena de
vida y fuente de amor.*

Inscripción en el templo de Dendera.

¿Dónde está Cleopatra la bella?

BERTOLT BRECHT,
La ópera de tres centavos

En el año 304 antes de nuestra era, el diadoco Lagos, «la liebre», escogió como capital de Egipto, su reino, a una de las setenta ciudades fundadas por el Gran Alejandro, su jefe.

La Historia ha olvidado a las otras sesenta y nueve ciudades.

Pero en la época del nacimiento de Cleopatra, la Alejandría de Egipto, hoy en día sepultada bajo las aguas, heredera de la tradición faraónica varias veces milenaria y del esplendor de la civilización griega en su apogeo, era la capital más brillante del mundo antiguo.

El geógrafo griego Estrabón nos ha legado una detallada descripción de la metrópoli real que hizo las veces de decorado para la historia de Cleopatra, la última de las lágidas, el último faraón. El ambiente que describe es digno de la reina legendaria que amó a César y a Marco Antonio.

Alejandría es una joya con la que sueñan poetas y conquistadores. Los que la han visitado, escritores, viajeros, historiadores, marinos y soldados, los que han desembarcado en sus muelles y caminado por sus calles, conservan una herida de amor en el corazón.

El orgullo desborda a sus habitantes, y si Cleopatra, siempre curiosa, pregunta cómo son las ciudades del Alto Egipto, desde el rey hasta el último de los esclavos responden que las casas de adobe se amontonan en un desorden increíble y que las inmundicias se acumulan alrededor de los templos. No habiendo hollado las sandalias doradas de la joven princesa sino suelos de mármol y de ónice, a Cleopatra le cuesta imaginar tan desolador espectáculo.

Más adelante descubrirá que el Egipto milenario no tiene nada que envidiarle al orden griego, que es el origen de una prodigiosa vitalidad en la que África y el Oriente se confunden. Mientras tanto, Cleopatra crece en este

renombrado puerto del Mediterráneo, construido al oeste del Delta, protegido de forma natural por la isla de Faros, unida a tierra firme por una calzada de mil doscientos metros, el *heptastadio*, formando así dos vastas dársenas donde atracan los navíos.

Los viajeros que llegan por mar ven surgir sobre las aguas una gigantesca torre de mármol, el Faro, una de las siete maravillas del mundo. Después de varios seísmos, se derrumbará en el siglo XVI; pero, por el momento, la obra maestra de Sóstrato de Cnido, inaugurada unos doscientos años antes del nacimiento de Cleopatra por Tolomeo II, llamado también Filadelfo, resplandece. Bajo la protección de Isis Pelagia, diosa de la buena navegación, y de Neptuno, dios del mar, el monumento superpone orgullosamente sus tres pisos coronados por una monumental estatua de Zeus.

Desde la cima de este gigante de ciento veinte metros, solo superado en altura por las pirámides de Kéops y Kefrén, otras maravillas de la Antigüedad, arde el fuego que, de noche, ilumina la ciudad y el mar en un radio de cincuenta y cinco kilómetros.

En Bruquión, casi una isla que va al encuentro del Faro, se asienta el barrio real donde los palacios se escalonan. Unidos unos a otros mediante patios, pórticos de estilo griego y pilones de estilo egipcio, parecen naves de mármol varadas entre los pontones reales y el Templo de Isis. No lejos de allí se encuentra el *Soma*, que alberga la tumba de Alejandro y donde Cleopatra ordenará erigir su mausoleo.

Encuadrados por el barrio real del que forman parte, y punto de unión entre los palacios y los seis kilómetros del paseo marítimo de Alejandría, se alzan los edificios consagrados a los museos; si el Faro es la rúbrica en mármol de Alejandría, la Biblioteca y el Museo, fundados también por Tolomeo II, le garantizan una fama que ni siquiera Atenas o Pérgamo pueden discutirle. Con sus setecientos mil volúmenes, esta cumbre del saber ofrece a los investigadores que afluyen de todos los países un conjunto único de salas de estudio, jardines, galerías y refectorios donde sirven excelentes comidas.

Detrás de Bruquión, a ambos lados de la calzada, un bosque de mástiles se balancean en el Gran Puerto y en el puerto del Feliz Retorno, mientras un abigarrado tropel se agita sobre los muelles de mármol proyectados por Dinócrates de Rodas. En las tabernas, los marinos se codean con los caravaneros llegados de Medio Oriente, de la India, de los confines de China y de África. Incesantes riadas de jinetes, carros, literas y tiros se entrecruzan

continuamente sobre las dos grandes vías de treinta metros de ancho que atraviesan la ciudad.

Arterias no tan importantes se cortan en ángulo recto, desembocan en jardines, canales, en perspectivas adornadas con estatuas de Alejandro, al que toda la Antigüedad idolatra, y otras de los antepasados de Cleopatra que se divinizaban unos a otros.

En las vastas y umbrías plazas se encuentran los edificios que engalanan cualquier ciudad griega, el teatro, el estadio, el gimnasio. El hipódromo está construido al exterior de las murallas. Y, sobre la colina más elevada, se alza el Serapeion, el templo más importante de Alejandría, con sus colores resplandecientes y el techo cubierto de oro; el templo está consagrado a Serapis, divinidad inventada por Tolomeo I para reunir en un único dios al Osiris de los egipcios y al Zeus de los griegos.

César ya soñaba con esta ciudad hace más de veinte años, cuando Cleopatra vio la luz, en el año 69 a. de C.

II

Cleopatra, la segunda hija del faraón de Egipto, joven princesa macedonia sin una gota de sangre egipcia en sus venas, pronto revela sus diferencias con el medio en el que es educada. En una sociedad completamente helenizada que, bajo la mirada complaciente de sus allegados, solo se interesa por la instrucción de los muchachos, Cleopatra descubre y goza con las maravillas de la Biblioteca.

Lee a Homero, cuyo primer editor fue un alejandrino, a Hesíodo, Píndaro, Eurípides, Esquilo, Sófocles, los tratados de historia de Heródoto y Tucídides y los grandes textos egipcios, poemas, cantos de amor y escritos sagrados.

Cuando aborda la Biblia, traducida por los Setenta a petición de Tolomeo II, siempre él, se interroga sobre lo que ese Dios exige a sus fieles: «¡Sed santos porque yo soy santo!», un heroísmo que, definitivamente, le parece inalcanzable. Admira la nobleza de la Ley dictada a Israel, pero observarla constituiría una hazaña encaminada a llevar una existencia tan virtuosa como disoluta es la de los lágidas.

Después de aficionarse a las ciencias, recibe lecciones de aritmética y geometría. Fotino le dedica un tratado erudito, *El canon de Cleopatra*. Iniciada en la astronomía y en la medicina, aprende a dibujar, a tocar el sistro, el arpa de siete cuerdas, a cantar.

Monta a caballo, practica la equitación y, a una edad en que su belleza aún no ha terminado de brotar, ya se interesa en los medios para conservarla y redacta un tratado sobre los cosméticos.

Una vez terminada su instrucción, emprende el doloroso esfuerzo de mirar lo que la rodea con otros ojos. Egipto es un antiguo país que su familia, de origen extranjero y sangrienta historia, desprecia. Alejandría la griega, el florón de las ciudades, el puerto más suntuoso del Mediterráneo, donde se

entrecruzan todas las nacionalidades y donde los judíos viven en paz, apenas si tolera la presencia de algunos egipcios entre sus muros. El cupo es muy estricto y no pueden desempeñar ningún cargo.

Esta ambigüedad también se puede observar en el mapa. Alejandría parece lista a soltar amarras. Con sus mármoles importados y sus leyes griegas, le da la espalda al país, que, a su vez, la detesta. Los egipcios la llaman Ra-Kedet, «la obra», o, en griego, *Rhakótis*. ¡Aunque ya hace casi tres siglos que la obra está terminada!

Para superar esta división, al menos en lo que a ella se refiere, Cleopatra, que ya habla diez lenguas, aprende una más, ese egipcio que ninguno de sus antepasados se preocupó nunca de practicar, que en la corte nadie comprende, que su padre desdeña a pesar de haber sido coronado en Menfis según el antiguo ceremonial. Cleopatra ya domina la lengua sagrada: ahora estudia el egipcio de la calle, el demótico.



Respetuoso con las costumbres inmemoriales de Egipto, el padre de Cleopatra, Tolomeo XII, apodado Auletes, «el tocador de flauta», se casó en su juventud con su propia hermana, Cleopatra Trifene, «la egoísta». Con ella tuvo a su único vástago legítimo, Berenice, hermana mayor de Cleopatra. Poco después de este nacimiento, se separó de la reina. Su segunda hija nació de una favorita.

Cuando oye hablar de las excepcionales cualidades de Cleopatra, Tolomeo manifiesta a duras penas su interés. ¿Podría ser diferente de los otros idiotas de la familia? Lo es.

Le gusta, le divierte. De vez en cuando la llama a su presencia, cuando no se siente demasiado abotargado, pues a menudo asiste a banquetes y come y bebe más de la cuenta. En aquel rostro adiposo, la nariz aguileña con las aletas respingonas, nariz que Cleopatra ha heredado, pierde su nobleza, las mejillas se desploman, el cuello se hincha. El vientre se redondea.

Y los años, que también empiezan a pesarle.

Tolomeo XII ya no es ningún muchacho. Le cansa la efervescente vitalidad que emana de su hija. Además, para qué preocuparse por ella si no está destinada al trono. Algo que deplora sinceramente, pues Berenice no posee las cualidades necesarias para darle un nuevo impulso a la dinastía. En su hija mayor no encuentra el fuego devorador y la espera apasionada que iluminan a Cleopatra. Y aún menos en la tercera, Arsínoe, que, a pesar de su juventud, ya ha dado muestras de su maldad.

En cuanto a los varones, nacidos después de las hijas, sus grandes ojos oscuros solo reflejan un vacío insondable.

Contrariado por los repetidos errores de la naturaleza, dividido entre el placer de contemplar cómo florecen los dones de Cleopatra y la decepción de que sea una mujer, Tolomeo se refugia en la música. Está organizando un

concurso de flauta en el que espera medirse con los mejores intérpretes y ganarlo.

IV

En aquellos tiempos, Roma ponía a los reyes. Pero también podía provocar su caída.

Así fue como la tragedia irrumpió en la vida de Cleopatra. Su tío, gobernador de Chipre, se suicida cuando las legiones de Catón, que, por otra parte, era contrario a la expedición bajo su mando, se apoderan de la isla y del tesoro.

La pérdida de Chipre, tradicionalmente unida a la corona de Egipto, arroja a las calles a una multitud exasperada. Y, de pronto, el tumulto está ahí, a las puertas de palacio. Auletes es abucheado, acusado de haber traicionado a su hermano a cambio del pomposo título de «amigo y aliado del pueblo romano», título que confirma su legitimidad.

En un abrir y cerrar de ojos, la confusión reina por doquier.

Los oficiales dan órdenes contradictorias a la guardia. Los soldados corren en todas direcciones.

Cleopatra no encuentra a su madre. Sus maestros han desaparecido. Los esclavos son presa de una extrema agitación. Una libia llorosa se aferra a un tapiz. Un eunuco sirio se esconde detrás del zócalo de una estatua griega gimoteando y diciendo que lo van a degollar. Los libertos dan órdenes como si fuesen los amos.

Afuera, el vocerío aumenta.

Hasta en los patios de palacio, Cleopatra oye las terribles acusaciones contra su padre. Se grita que ha abandonado a su hermano sin enviarle ni un soldado, que consintió el robo del tesoro de Chipre y permitió que el Senado de Roma se apoderase de un oro que servirá para poner a Egipto de rodillas. La amenaza retumba: Auletes terminará asesinado por sus súbditos, igual que su predecesor.

Cleopatra corre hacia los aposentos de su padre para conocer la verdad de sus propios labios. Pero, al acercarse, el estallido de un violento altercado la inmoviliza. La sarcástica voz del soberano responde a la de su tía, la reina en desgracia.

En el Senado todo se vende y todo se compra —afirma Tolomeo—. ¡Iré a Roma para recuperar mi cetro!

—¿Dejando que tu pueblo muera de hambre? —Chilla la reina—. ¿Abandonando a tu familia?, a la legítima, y a las concubinas y a los bastardos.

¡Cuántas frases bonitas, reina Trifaina, la Gran Egoísta! Ahora vuelve a tu palacio, ¡y no intentes robarme el trono durante mi ausencia!

A una señal del rey, la guardia rodea a la soberana para acompañarla, pero también para impedirle que desobedezca y para protegerla de la multitud.

¿Y yo? —pregunta Cleopatra, que se adelanta después de la marcha de su tía.

¡No me mires con esos ojos de asombro! Permanecerás en palacio, aquí estás a salvo. Como los aullidos de la muchedumbre parecen desmentir sus palabras, añade en tono tranquilizador:

El tumulto se aplacará por sí solo tras mi marcha. ¿Crees que dejaría que la más preciosa de mis hijas corriese el menor peligro?

Apoya las manos sobre los hombros de Cleopatra y se inclina hacia ella:

No olvides jamás el espectáculo que has visto hoy, el de un faraón expulsado de palacio por los habitantes de su capital, un faraón que se ve obligado a ir a Roma para reclamar su corona. Ese es el precio del trono, y no importa el sacrificio, pues cuando se ha gozado del poder supremo, no existe ningún consuelo tras haberlo perdido. ¡Pero volveré! Egipto es el país donde el ciclo de la vida se renueva hasta el infinito. En este momento, cuando presencias mi partida, puedes estar segura de que ya estoy en el camino de regreso.

Se dirige hacia el subterráneo que conduce hasta el embarcadero real, allí le espera una nave cargada de oro. De repente cambia de idea, vuelve sobre sus pasos, toma el rostro de Cleopatra entre sus grandes manos y pregunta:

¿Crees que ignoro la ambición que devora tu pecho, mi perla de Alejandría? Más si relego a Berenice, te verás obligada a casarte con tu hermano pequeño para poder reinar después de mí. A menos que te ayude a escapar a ese destino compartiendo la corona contigo. No habrás olvidado que Akenatón, el glorioso marido de la maravillosa Nefertiti, ¡se desposó con tres de sus hijas!

Brutalmente, la besa en la boca:
—Cuando vuelva, ¡reinaremos juntos!

V

Cleopatar vaga por el palacio con las mejillas ardiendo y los puños apretados contra su pecho para refrenar el golpeteo de su corazón. Intenta convencerse de que lo ha soñado, de que sus labios, labios que seca, frota, cuya piel arrancaría, no le están quemando. En ese momento se tropieza con el filósofo Dión, un invitado habitual en palacio.

—Te buscaba —exclama este—. ¡Qué te vean! ¡No hay otro medio para calmar a la turba rabiosa! La reina se ha encerrado en su palacio; tu hermana mayor no aparece; Arsínoe y los pequeños gimotean de terror, le suplican a los libertos que los lleven hasta el barco. Tú eres la única que puede impedir la matanza...

Cleopatra presiente que el destino le brinda una ocasión inesperada. Y da muestras de un soberbio orgullo, pues al filósofo que la empuja hacia fuera le dice:

—¡No me toques! Lo hago por propia voluntad.

Al ver surgir a una princesa real en la terraza, los asaltantes interrumpen su marcha. Dión aprovecha el instante de vacilación, se adelanta y los increpa violentamente:

—¡Miserables! ¿Qué sacrílego proyecto habéis venido a perpetrar en el palacio de vuestro divino señor? ¡Arrojad vuestras armas! ¿Para qué las queréis contra una niña? El que buscáis ya no está aquí.

—¡Mientes!

El grito surge de un viejo desdentado cubierto con un taparrabos mugriento. El hombre agita su espada, pero los demás, impresionados por la autoridad del sabio y su pelo blanco, no se mueven. A pesar de todo, la partida aún no está ganada. La chusma, que suele aprovecharse de las más

justas cóleras para saciar sus bestiales instintos, todavía espera poder saquear y matar.

Por un momento, Cleopatra piensa en huir. Luego es presa de un súbito arrojamiento y, en este juego que se vuelve muy real, siente una embriaguez como nunca ha conocido. Se adelanta a su vez. Los amotinados retroceden, dejan de vociferar. Lentamente, las espadas retornan a sus vainas, las picas descienden. Se hace el silencio.

Al llegar junto al filósofo, Cleopatra grita con todas sus fuerzas para que puedan oírla:

—¡Mi padre, Tolomeo XII, abandonó Alejandría hace un rato! ¿Cumpliréis vuestra venganza conmigo? ¿Queréis asesinar a los hijos de vuestro faraón?

Dión agradece a los dioses que le hayan inspirado a Cleopatra la idea de utilizar la única arma que podía darle un vuelco a la situación, su debilidad.

En ese mismo instante el filósofo descubre al asesino. Disimulado detrás de una columna, el hombre tiene en sus manos una de esas enormes picas que emplean los soldados macedonios, y se dispone a clavársela a Cleopatra. Educado según los preceptos griegos, Dión, que cultiva su cuerpo tanto como su inteligencia, salta sobre el soldado, que se deja desarmar sin oponer resistencia.

Poseída por una calma que la sorprende, Cleopatra le pregunta al lancero que se ha arrojado a sus pies:

¿Quién eres?

—Amenofis, hijo de Peteharsemtheo.

Miente —exclama Dión mientras arregla los pliegues de su túnica—. Es Apolodoro, hijo de Kefalas.

¿Por qué querría engañarme?

—Conoce tu debilidad por lo egipcio, así espera doblegar tu ira.

—No estoy furiosa. Soldado, levántate y responde. —Mi madre también tenía dos nombres, uno griego, Demetria, y uno egipcio, Senabelis.

¿Ibas a matarme?

Vi los despojos del faraón lapidado por los alejandrinos. No hubiese permitido que cayeses viva entre sus manos. Desgarrada por sus uñas, habrías tardado varias horas en morir. Mi lanza te evitaría ese suplicio.

Los amotinados se habrían vengado contigo.

Morir es mi oficio.

—¿De modo que te ibas a sacrificar?

El lancero se sonroja y repite:

—Es mi oficio.

Cleopatra recoge la lanza y la examina:

Debe de ser muy doloroso.

Una sonrisa descubre la dentadura centelleante de Amenofis Apolodoro, hijo de Peteharsemtheo:

¡Conmigo no! Eres tan menuda, princesa...

—Ya veo —dice Cleopatra con voz ahogada, pues imagina su cuerpo atravesado de parte a parte, con el hierro sobresaliendo en su pecho.

Al punto se recobra y afirma:

—No olvidaré tu nombre, lancero.

Mientras Dión ordena a los soldados que arresten a los cabecillas del motín y la multitud se dispersa, la nave real dobla la isla de Antirrhodos, singla hacia el paso, que franquea sin dificultad, y sale a alta mar impulsada por vientos favorables.

VI

Auletes ha evitado el destino de su predecesor, pero los alejandrinos, que unos años atrás lo llevaron al trono para después mandarlo al exilio, ahora le ofrecen a la Egoísta que comparta la corona con Berenice, su hija. Arsínoe aplaude una decisión que aparta a Cleopatra del poder. Los hermanos pequeños, de momento, festejan sin entender lo que está en juego.

Cleopatra replica que Egipto ya tiene un faraón.

Pero Auletes, que desde hace meses vive en Roma, aún no ha anunciado su regreso. En cambio, se sabe que ha gastado sumas exorbitantes para cubrir de oro a las familias patricias, al Senado, a los Triunviros, y que Julio César ya se ha embolsado la fabulosa cantidad de seis mil talentos.

Auletes, no contento con dilapidar el oro de Alejandría, se endeuda con los cambistas romanos. Al peor de todos, un tal Rabirio Póstumo, uno de los banqueros más importantes de Roma, le ha prometido, a cambio de un adelanto colosal, el cargo de intendente de Egipto. Si Auletes vuelve algún día, vendrá escoltado por este ministro de Finanzas decidido a cobrarse hasta el último sestercio.

La única noticia reconfortante que llega de Roma es el fracaso del plebiscito con el que Julio César esperaba conseguir el gobierno de Egipto. El país sigue siendo libre, ha escapado a la condición de provincia romana. Auletes se atribuye todo el mérito, sin ningún motivo probablemente, pues César tiene enemigos y el Senado recela del poder que tendría el amo de Egipto.

Para Berenice es una razón más para ocupar el trono, incluso si no está vacante, como afirma Cleopatra.

—¿Acaso puedo oponerme a la voluntad del pueblo? —suspira la heredera—. Y correr el riesgo de provocar un nuevo levantamiento. Este país reclama un soberano. ¡Necesita un mediador entre el universo de los dioses y

el nuestro! Los campesinos del Delta han dejado de trabajar; afirman que si no soy coronada a tiempo, la crecida no fertilizará sus tierras.

De todas maneras, ¡la crecida llegará!

¿Sin un monarca en el trono? ¿Estás completamente segura de eso?

VII

Berenice IV compartió el trono con su madre hasta la muerte de la Egoísta.

Por entonces, ya nadie se acordaba de Auletes, y la gran preocupación de Alejandría era casar a su reina para asegurar la descendencia.

Los pretendientes afluyeron.

Berenice se desposó con el de más renombre, un príncipe seléucida cuya belleza e insolencia asombraron a la ciudad. Pocas veces se había visto a un hombre tan audaz y decidido.

Al día siguiente de los brillantes esponsales, Berenice, con el pelo revuelto, los ojos extraviados, las mejillas anegadas en lágrimas y las manos ensangrentadas, penetra en el cuarto de su hermana, cierra la puerta y se apoya en ella. Cleopatra se despierta sobresaltada y se incorpora en la cama, atónita a la vista de aquel fantasma.

Berenice, que no deja de temblar y castañetea, al fin logra murmurar con voz entrecortada:

—Han desenmascarado y asesinado a mi esposo entre mis brazos. Afirmaban que no era ni príncipe ni seléucida y que el matrimonio no era válido. Les aseguré que una cohorte de grandes sacerdotes lo había oficiado... y que, durante toda la noche, lo habíamos consumado... No me escuchaban. Rodearon la cama. El cuarto estaba atestado de soldados. Él, al que llamaban un aventurero, dormía entre mis brazos, ardiente aún después de nuestras caricias. Lo arrancaron de mi lecho y lo atravesaron delante de mí...

Berenice tiene el tiempo justo para enjugar sus lágrimas antes de que la casen de nuevo.

Esta vez se desposa con Arquelao de Capadocia, el hijo de un general de Mitrídates que se suicidó después de ser derrotado por Pompeyo.

A veces, la sombra del falso príncipe asesinado o la imagen de la reina con las manos teñidas de rojo flotan ante Cleopatra. Pero ella intenta ahuyentar las sangrientas visiones, unos fúnebres auspicios para el reinado de su hermana.

La joven pareja aún no tiene un heredero cuando estalla una noticia que sacude a Alejandría: a la cabeza de las legiones de Gabinio, gobernador romano de Siria, Tolomeo XII ha desembarcado en suelo egipcio. Viene decidido a recuperar su trono.

VIII

Berenice no intenta negociar con su padre, que ha ordenado el asesinato del filósofo Dión y de los cien delegados que la reina envió ante el Senado. Se despide de Arquelao, que asume el mando del ejército, y parte hacia Pelusio, la fortaleza que bloquea el Delta.

En Alejandría, el terror se apodera de las familias nobles que llevaron a Berenice hasta el trono. El éxodo hacia las casas de campo llena los canales de barcas y los caminos de literas, carros, tiros y jinetes que se alejan.

Cleopatra se niega a abandonar a su hermana, pero, al ver partir a los soldados con sus armas rutilantes, llora por las víctimas de una batalla que aún no ha empezado.

Veremos muchos muertos, hombres hermosos en sus nobles corazas —dice tristemente.

—Sea quien sea, el vencedor pertenecerá a tu linaje —le replica Berenice. Los muertos también serán de los míos.

Cleopatra toma las manos de su hermana entre las suyas:

¡No quiero perderte! —exclama alterada.

—Nadie puede asegurar que estoy vencida —presume Berenice—. Pero ¿qué doloroso poder me obliga a enfrentarme a mi padre con las armas en la mano? ¡La corona hará contigo lo que ha hecho con nosotros! Cuando por naturaleza no somos unas fieras sedientas de sangre, la supremacía absoluta nos impulsa a obrar como si lo fuésemos. Entonces, ¿cuál es la diferencia?

Es considerable, pues tú actúas por el bien de tu pueblo, ellos lo saben, y por eso te aman. Y yo también te amo. No mueras.

En ese caso, perecerá tu padre. Prepara tus atavíos para el duelo y corre ante Isis para rogarle que, al menos, proteja la vida de uno de los dos.

Arquelao murió en combate y sus tropas huyeron en desbandada.

Auletes hizo su entrada, en una Alejandría engalanada, al lado de Gabinio y del comandante de la caballería romana, Marco Antonio.

Después de uno de los festejos con que Auletes gratificó al ejército victorioso, Marco Antonio, borracho, se cruzó con Cleopatra en una galería de palacio. Ella miró de arriba abajo al general; se fijó que sus robustas rodillas sobresalían bajo las tiras de cuero que cubrían su túnica, y las encontró graciosas. Luego le dio la espalda y desapareció.

IX

Durante algunos días, los habitantes de la ciudad que no han huido permanecen encerrados en sus casas por temor a las represalias. Según el rumor que corre, de no ser por Marco Antonio que lo impidió, Auletes habría pasado por el filo de la espada a todos los moradores de Pelusio. ¿Qué destino le tiene reservado entonces a su capital, mucho más culpable que Pelusio?

Antes de partir, consciente del peligro, Marco Antonio ha dejado en la ciudad una legión de mercenarios galos y germanos; tienen la doble misión de proteger a los alejandrinos de la ira de su rey, y de mantener a Tolomeo XII sobre su trono.

En palacio la vida no retorna su curso normal.

La actitud de su padre desconcierta a Cleopatra. El rey la mantiene a distancia, y no le dirige la palabra a pesar de saber lo impaciente que está por escuchar el relato de su vida en Roma.

Durante tres años ha vivido en medio de ese pueblo que, desde hace poco, ocupa un lugar en el teatro de la Historia. Conoce a la bárbara República que domina el mundo e impone sus ejércitos y sus leyes; que se vengó del rebelde Espartaco crucificando a seis mil sublevados a todo lo largo del camino que une Roma con Ostia, y que, diez años después de aquella monstruosa ejecución, asesinó a tres mil conjurados cuando Cicerón denunció los proyectos de Catilina.

Tolomeo ha conocido a Pompeyo, el vencedor de Espartaco, y a César, su rival, el conquistador de los greñudos galos.

Pero, desde su regreso, no habla de su experiencia romana y sí rumia imposibles venganzas contra los alejandrinos. Berenice está encerrada en sus apartamentos y nadie puede hablar con ella. El rey tampoco permite que sus hijos se le acerquen, como si alguno de ellos amenazase su vida. A Cleopatra le reprocha su afecto por su hermana destronada y no la llama a su lado.

Una noche, Cleopatra se despierta con el corazón desbocado y el miedo atenazando su vientre; siente el violento deseo de estrechar entre sus brazos a la infeliz reina, dos veces viuda. Carmiana, su servidora más fiel, intenta convencerla de que no debe violar las órdenes del rey. Cleopatra no la escucha y corre hacia los aposentos de su hermana. Allí encuentra a su padre, que sonríe burlón.

Desconcertada, logra murmurar:

—¿Dónde está Berenice?

En buenas manos —le contesta su padre con los ojos inyectados en sangre.

¿El verdugo?

¡Qué agradable es encontrar a alguien inteligente, alguien capaz de comprenderte! —se mofa Auletes—. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que no podía seguir con vida, ¿verdad?

¡Quiero verla!

¡Por supuesto, corazón! Solo que tendrás que llamarla con todas tus fuerzas para que pueda oírte desde el reino infernal donde la he mandado. ¡Así aprenderá el precio que se paga por desposeer a un faraón!

Rodeada de antorchas, Berenice parece dormida.

Tolomeo empuja a Cleopatra hacia el féretro, la arroja contra el borde. Ella, sin incorporarse, busca a tientas las frías manos de su hermana. Su padre la aplasta contra el ataúd, le tira del pelo y, echándole la cabeza hacia atrás, la amenaza rabioso inclinado sobre su hombro:

¡Mira lo que he hecho con una hija del faraón! De ti haré una gran esposa real, e inauguraremos la corregencia en Dendera, un hermoso templo cuyos sacerdotes me son fieles.

Los reflejos de las antorchas centellean en los ojos brillantes de lágrimas de Cleopatra.

¡Sobre todo, no creas que eres mejor que yo! ¡Nuestra familia es un nido de serpientes! Acuérdate de Tolomeo Evérgetes, «el Bienhechor», fino hombre de letras, autor de unas *Memorias*, que, ya casado con su hermana, se desposó con su nuera y sobrina y ordenó que le enviaran a su primera mujer el cuerpo despedazado de su hijo. ¡Fue su regalo de aniversario! Comparado con ese infanticida rebuscado, Tolomeo Alejandro, que se contentó con asesinar a su madre sin el menor asomo de cruel refinamiento, ¡era un aprendiz de criminal! En cuanto a mí, ¡solo he matado a mi hija! ¡Tú descienes de nosotros! ¡Tu sangre está cargada con nuestros crímenes! Algún día

exterminarás a tus hermanos. Si vacilas, serán ellos los que te envenenen. Tu carácter de mujer no te impulsa a matar. Te verás obligada a ello si quieres sobrevivir y reinar. No tengo ninguna necesidad de abrir los libros sibilinos de Roma, ni de consultar a nuestros adivinos para profetizarlo. ¿Qué edad tienes? ¡Te niegas a responder! Como si yo no supiera que tienes quince años, ¡Cleopatra, «Gloria de tu padre»!



Para contrarrestar el odio que inspira, Tolomeo comparte el poder con Cleopatra. Reinar con su hija le supone una distracción. Cleopatra se toma muy en serio las obligaciones que, desde hace ya tiempo, aburren a su padre; la joven, en cambio, cumple escrupulosamente con los deberes de su cargo. Sus consejos son atinados y Tolomeo se apresura a ponerlos en práctica, como si él fuera el impulsor.

Cleopatra se ocupa con tanta sabiduría de los asuntos del reino que él puede consagrarse por entero a la flauta.

Previamente, parte con su hija hacia el sur para fundar el nuevo templo de Dendera, en el mismo lugar donde existió otro que tenía dos mil quinientos años de antigüedad. No es que Tolomeo sea un rey piadoso. Nunca ha sabido descifrar un jeroglífico. No entiende las oraciones inscritas sobre los muros de los templos. Ignora completamente el sentido de los rituales. Durante las ceremonias religiosas sigue las indicaciones de los sacerdotes y todos se dan por satisfechos con el simulacro. Para el faraón, el viaje a Dendera es una operación de propaganda.

Pero Cleopatra no ha venido para cumplir con una formalidad.

Sin esperar a que el gran sacerdote le sople, pronuncia en la lengua sagrada las palabras que sabe de memoria, y oficia el antiguo ritual como lo hacían las reinas y los faraones milenios atrás.

Por primera vez en casi trescientos años, una lágida despierta el entusiasmo del alto clero egipcio. En aquel templo consagrado a Hator, la hija del Sol, Cleopatra, es festejada como la encarnación de la diosa. Su fama corre a lo largo del Nilo, desciende hasta Filae, la «perla de Egipto», remonta hacia el norte, hasta las antiquísimas ciudades del Delta, la precede en Alejandría.

Fortalecida por el apoyo de los sacerdotes, Cleopatra sigue resistiéndose a la concupiscencia de su padre, celoso de la influencia que empieza a tener sobre el país. Cleopatra obtiene de los adivinos sagrados un sinnúmero de oráculos que le anuncian a Tolomeo los desastres más crueles si posee a la joven reina. Magos y astrónomos confirman estas calamitosas predicciones.

Tolomeo estalla en reproches:

—Ya sé lo que te propones. Quieres casarte con alguien extraño a nuestra familia, ¡igual que tu hermana! ¡Sin embargo, ya viste dónde la condujo esa magnífica alianza!

—Al menos, nunca seré lo que me vaticinaste: ¡la favorita de un rey!

En la risa de Auletes se percibe su maldad.

—¡En este oficio nuestro, todos nos comportamos como unas ramera! Fíjate en César, se prostituyó con Nicomedes, rey de Bitinia. ¿Crees que eso perjudicó su carrera? ¡Al contrario! Sí, ya sé que está en boca de sus soldados, bueno, ¡y qué? Algún día reinarás sola. Cuando llegue ese día, intenta recordar que debes afrontar con el corazón sereno las murmuraciones y las calumnias, incluso ignorarlas... Por Zeus triunfante, ¿qué podrías temer entre mis brazos, hija mía?

No tengo miedo, rehúso casarme con mi padre.

Lo lamentarás cuando te despose con tu hermano pequeño.

XI

Durante los cuatro años de corregencia con su hija, Tolomeo, poco a poco, descarga en ella las responsabilidades del poder para así dedicarse a su pasión por la música y a su inmoderado gusto por los banquetes.

Su decadencia, si bien ya se había iniciado en Roma, se acelera después del viaje a Dendera. Auletes se debilita y engorda. Se le llamaba «el tocador de flauta»; ahora se le podría llamar «el abotargado», como a Tolomeo VIII. Se vuelve supersticioso como una vieja, pero afirma no serlo más que cualquier patricio romano. Rodeado por tantos hechiceros como médicos, se convierte en el actor principal de una farsa grandilocuente y fúnebre destinada a engañar a la muerte.

Arsínoe, que exhibe su dolor sin recato, acusa a su hermana mayor de mostrarse indiferente.

—Aún no ha llegado al Reino de los Muertos —observa Cleopatra fríamente— ¿No temes que tus demostraciones puedan precipitar su fin?

Para terminar de acentuar el mórbido ambiente de palacio, los sacerdotes astrónomos de Dendera anuncian que van a producirse, con pocos meses de intervalo, dos fenómenos celestes sumamente singulares. Un eclipse de Luna durante el cual la diosa de plata se disimulará entre el Pez y el Carnero, y un eclipse de Sol que, en Alejandría, será total.

Tolomeo lo interpreta como si acabasen de dictar su sentencia de muerte. ¿Cómo podría soportar él, que es el hijo del Sol, la desaparición del globo en pleno día? El presagio es tan funesto que se prepara a morir y redacta su testamento.

El eclipse de Luna se produjo el 25 de septiembre del año 52 antes de nuestra era. A nadie le causó ningún tormento, pues la mayoría de la gente

dormía. Cleopatra lo observó acompañada por sus sacerdotes astrónomos.

Pero en aquella mañana de *phaménouth*, esperan el eclipse de Sol.

En Alejandría, el mes de marzo, a pesar de su límpido cielo sin una nube, es glacial. La cruda claridad del invierno se refleja en el azul intenso del Mediterráneo. Luego, insensiblemente, la luz se oscurece, se vuelve violeta, extraña, no se parece en nada a los colores del alba o del ocaso.

Como mordido por una medialuna que crece en su faz, el dios Ra merma de tamaño y va a desaparecer.

Por más que la población había sido informada por un ejército de sacerdotes y funcionarios civiles, se inquieta, abandona sus tareas y se apiña en los alrededores de palacio. Esta vez no quieren expulsar a su monarca, sino buscar refugio al lado del garante del orden cósmico.

Días atrás, las explicaciones resultaban claras y fáciles de entender. Ahora, el fenómeno es terrorífico.

Los sacerdotes afirmaron que el astro de la luz volvería: ¿qué saben ellos? Los dioses obran a su antojo y Egipto ya estuvo a punto de perecer durante las tinieblas enviadas por Moisés, cientos de años atrás. Nadie lo ha olvidado.

La muchedumbre crece, tan desdichada como los animales, que tampoco entienden lo que sucede.

Cleopatra, con un lebel echado a sus pies, observa el fenómeno acompañada por el astrónomo Padiharsomtus, que planea pintar un zodiaco en Denderal. En ese instante, sintiendo llegar su última hora, su padre la llama a su presencia.

XII

A pesar de los tratamientos recomendados por los médicos, el estado del faraón sigue empeorando, pues los excesos han desgastado su organismo. Ahora, más que nunca, está convencido de que exhalará su último suspiro en el instante en que el astro, en su cenit, sea escamoteado del cielo. Semejante coincidencia, un guiño de los dioses del mundo subterráneo, causará espanto en el pueblo.

Me muero —le anuncia a Cleopatra—, pero no es un triunfo para los alejandrinos, a pesar del odio que sienten por mí. Egipto ha aprendido que la historia no tiene vuelta atrás, que ya no podemos vivir como si Roma no existiera. Y tú, ¿lo has aceptado? ¿Comprendes que este país es un imperio que agoniza, un país que se derrumbará bajo el andar acompasado de las legiones?

—Nuestra tierra entumecida rebosa de fuerzas que no se han explotado —afirma Cleopatra—. Los dioses que velan por ella desde hace milenios, los faraones cuyas almas refulgen entre las estrellas, las reinas de nuestra antigua civilización, esperan su despertar.

¿Te crees capaz de provocar ese sobresalto?

¡Espero que sea mucho más que un sobresalto!

Los reyes que se han enfrentado a Roma han perdido la vida en el intento. Pero antes han recorrido la Vía Sacra encadenados al carro de los vencedores, sometidos a los salivazos y a las piedras del populacho romano. ¡Todos los que aún gobiernan es porque se han sometido!

A pesar de la insistente mirada de su padre, que aguarda su respuesta, Cleopatra permanece en silencio.

Con la ayuda de un médico, Tolomeo se incorpora y se recuesta contra unas almohadas; el médico le tiende una copa de oro.

El rey traga con dificultad y prosigue con voz entrecortada:

Lo admitas o no, ¡he utilizado a Roma en mi propio beneficio! Cualquiera podría aprobar mi conducta, ¡cualquiera menos tú, que quieres restaurar el poder de Egipto! Es el objetivo más inquietante que podías fijarte. Si te obstinas, esa locura será tu perdición. Sin embargo, eres la única de mis hijos que posee las cualidades de un soberano.

Una inquietante oscuridad se apodera del cuarto, una oscuridad que no pueden derrotar las numerosas antorchas que Auletes ordenó encender antes del eclipse. El terror de ver declinar el día se apodera de él.

Un rictus tuerce la boca del rey. Sus ojos hundidos parpadean y brillan, tan malignos en la oscuridad que Cleopatra tiene la impresión de que una serpiente la observa.

Dado que en Egipto debe gobernar una pareja —logra articular el moribundo—, y que el ejemplo de Berenice me ha enseñado las consecuencias de infringir nuestras leyes...En la mirada de reptil, el placer se impone al dolor cuando Auletes concluye:

—... te casarás con tu hermano.

—¡Un niño de diez años! —se rebela Cleopatra—. Un niño que hará que me envenenen apenas una hora después de nuestro matrimonio.

En efecto, es probable que uno de los dos se vea obligado a eliminar al otro.

—Y, de generación en generación, los lágidas perpetuarán el mismo crimen, ¡empapando sus manos en su propia sangre! A ese precio ya no deseo la corona. ¡Tolomeo XIII reinará sin mí!

¡Estoy convencido de que será al contrario! —jadea el moribundo—. No dejarás que Egipto caiga en unas manos sin experiencia, y menos aún en las de sus criados, a los que nombrará ministros sin tardanza, en cuanto yo no esté para impedirlo. ¡Ese niño es más vicioso, ávido y corrompido que yo! ¿Y tú le entregarás la dirección del país?

Aunque parece incapaz de moverse sin ayuda, se incorpora con movimientos torpes y acerca su rostro al de su hija.

¿Qué piensas de eso, Cleopatra? ¡Eres la única oportunidad de Egipto! Se deja caer mientras ella le replica:

Es verdad, ¡y soy capaz de reinar sola!

El tiempo de las Hatshepsut y de las Nefertiti ha pasado. Roma es una república viril que admira la fuerza militar y desprecia a las mujeres. Tus brillantes cualidades no le importan a un pueblo que asesina a sus reyes.

Se debilita y su voz le llega a Cleopatra entre dos estertores:

—Es inútil que intentes romper mi testamento. He tomado mis precauciones...

De pronto, la oscuridad se vuelve más impenetrable.

El moribundo, que esta vez no consigue incorporarse, levanta su mano adiposa, tiende su dedo índice hacia su hija y le asesta el golpe que tenía preparado desde el principio de la escena:

—Le he remitido mi testamento al Senado romano.

En el instante en que las tinieblas sumergen a Alejandría en la oscuridad total, Tolomeo XII muere con su rostro iluminado por una mueca de triunfo.

Es el 7 de marzo del año 51 a. de C. Son las once y diez de la mañana.

Frente al palacio, la muchedumbre grita de terror.

XIII

A los dieciocho años, Cleopatra se ve obligada a compartir el trono con su hermano pequeño. Su deseo sería reinar sola, y rechaza los ofrecimientos de toda clase de intrigantes que, despechados, se vuelven entonces hacia su hermano.

Tolomeo XIII, un adolescente huraño que es demasiado joven para reinar, atrae a todos los parásitos que Cleopatra ha descartado. A cambio de sus consejos, obtienen cargos, prebendas, favores, pero no tienen más proyecto político que perjudicar a una reina demasiado independiente.

Los más perniciosos de esta banda son el eunuco Poteinos, «maestresala» de Tolomeo, que ejerce las funciones de Primer Ministro, y el estratega Aquilas. Se han aliado con Ganimedes y Peteharpócrates, los eunucos de Arsínoe, que los abruma con regalos y les promete más aún cuando se vea coronada en el lugar de Cleopatra.

Durante los dos años que siguen a la muerte de su padre, Tolomeo XIII se opone a todo lo que intenta su hermana, y todo lo que ella consigue es muy a su pesar. Así, Cleopatra se ve forzada a soportar a su hermano y esposo, y a tolerar las maniobras de los cortesanos que lo rodean, pero también debe desbaratar las conspiraciones que urden. Sin embargo, logra sanear las finanzas del país e intenta desembarazarse de la guarnición extranjera impuesta a la ciudad por su padre.

Mientras está negociando la marcha de hasta el último legionario galo o germano, los dos hijos de Calpurnio Bíbulo, procónsul romano de Siria, son asesinados en Alejandría. Para evitar una feroz expedición de castigo, Cleopatra le entrega al romano los presuntos asesinos de sus hijos.

Después de haber sacrificado a los cómplices y a los ejecutores, pero no al que los armó, Cleopatra irrumpe en los aposentos del Decimotercero. Lo

encuentra ocupado en la degustación de unos dulces de miel. Exasperada por la fingida indolencia de su hermano y por las muecas de sus consejeros, que se retiran cuchicheando, su ira estalla:

¡Nunca más vuelvas a ordenar un asesinato sin mi permiso! ¿No comprendes que no somos los más fuertes? Las legiones están por todas partes, ¡y siempre victoriosas! Tus sangrientas provocaciones son un peligro para el país.

De pronto me pareces algo pusilánime —replica el obeso muchacho llevándose a la boca un dátil—. Tenemos soldados hasta en la isla Elefantina.

Unos reservistas que cultivan sus huertos —se burla Cleopatra—. Intenta hacer de ellos unos combatientes. ¿Y a quién pondríamos al mando?

—Aquilas.

Ella se ríe a carcajadas.

El primer romano que aparezca se tragará de un bocado a tu sirviente.

Tolomeo se pone rojo y empieza a resoplar.

Cleopatra lo mira desdeñosa.

No finjas una crisis nerviosa. Estoy encantada de que me escuche escondido detrás de un tapiz con Arsínoe. ¡La advertencia también vale para ellos!

Cleopatra gira sobre sus talones y, mientras se aleja, no deja de preguntarse si algún eunuco no va a clavarle un cuchillo entre los omóplatos.

De buena gana se libraría de su hermano, pero tiene once años. Sería como matar a un niño.

XIV

La noticia de que César y sus legiones han cruzado el Rubicón perturba a Cleopatra; mientras, Tolomeo se limita a encoger sus rollizos hombros.

Que cruce todos los riachuelos que le venga en gana —declara el Decimotercero al tiempo que sus dedos cubiertos de sortijas se dirigen hacia una bandeja de dulces.

¡Que haya franqueado el Rubicón concierne a toda la tierra! —protesta la reina—. Es una declaración de guerra al Senado y a Pompeyo, que es nuestro protector. Con cincuenta años, César se comporta como un joven oficial impaciente por alcanzar la gloria. Ya no tiene edad para correr semejantes riesgos... ¿Es que pretende apoderarse de Roma y, si le opone resistencia, arrasarla?

—El anciano parece vigoroso —farfulla el Decimotercero, manoseando su peto con los dedos pegajosos—. ¡Se diría que el viento cambia de dirección! ¿No deberíamos aliarnos con ese viejo tan fogoso?

—¿Acaso César le está pagando a tus consejeros para que defiendas ese plan, o bien se te ha ocurrido a ti solo la idea de traicionar a Pompeyo?

¿Qué? —dice con la boca llena.

Sin el gran Pompeyo, Egipto sería una provincia romana. Su hijo ha venido para implorar nuestra ayuda. Le he enviado hombres y oro.

Sin contar las cincuenta galeras —masculla Tolomeo—. La alianza con Roma nos sale cara.

Cleopatra hace a un lado la bandeja en la que su hermano no deja de picar.

Hasta ahora —dice—, no es Pompeyo sino César el que nos ha arruinado. Si le doy las naves a los romanos, es para ayudarlos a que se maten entre ellos. ¡Es la mejor idea que he tenido nunca!

Para poder hablar, el Decimotercero expulsa el producto de una laboriosa masticación que no consigue tragar. Una saliva viscosa resbala por su barbilla:

Deberíamos tomar partido por César.

Eso quiere decir que has cambiado de campo. ¡Te lo advierto, Egipto no tiene tanta prisa como tú!

¿Tal vez pretendes decirme que Egipto eres tú?

¡Por supuesto que soy yo! —replica Cleopatra.

Y es verdad, Egipto es ella.

El rencor sofoca a Tolomeo:

—¡Yo soy griego! Odio a los egipcios que permiten a las mujeres gozar de los mismos derechos que los hombres. En la sociedad helénica no existe nada tan ultrajante. Si yo reinase al otro lado del mar, te postrarías ante mí en vez de que tu nombre preceda al mío en todos los actos oficiales.

Ella sonríe. Su hermano no confiesa el verdadero motivo de su cólera, pero tampoco se atreve ni a rozar los dedos de Cleopatra. En cuanto a la posibilidad de ascender hasta el lecho de esta criatura modelada por la mano de los dioses, nunca tendría el valor de mencionarlo. Para vengarse, no le permite a su hermana y esposa que mire a otro; así, ella permanece sola, como una vestal o una Divina Adoratriz de Amón, consagrada a la virginidad.

XV

Cleopatra, que ha librado a Alejandría de los mercenarios y evitado la guerra con Siria, se decide a eliminar a Rabirio. El banquero al que su padre nombró Intendente, desde la muerte de su real cómplice y aprovechándose de su cargo, se resarce a manos llenas a costa del país.

Después de provocar ella misma el tumulto que expulsa a Rabirio, la joven reina se imagina que Egipto nunca volverá a oír una palabra sobre la deuda contraída por Auletes.

Cleopatra desconoce la codicia de los romanos.

Pronto le llega la noticia de que Julio César ha comprado las deudas de Rabirio. Ahora se verá enfrentada, no ya a un turbio banquero, sino al genio de César, al hombre más poderoso y más temible de su tiempo; su inteligencia, sabiduría, conocimientos, ausencia de escrúpulos y codicia lo convierten en el más peligroso de los depredadores. César querrá recuperar hasta la última moneda. Nunca será saciado. Vaciará los tesoros de Egipto para sus placeres, y para depositar al pie del templo de Júpiter Capitolino cofres de joyas, perlas y piedras preciosas.

En sus pesadillas, Cleopatra ve al Imperator planear sobre Egipto como una descomunal ave de presa con su pico ensangrentando.

A sus consejeros, que tratan en vano de tranquilizarla con el argumento de que César está muy lejos, ella les replica:

—César nunca está lejos cuando prepara una conquista.

Entonces concibe un plan para retrasar el pago de la exorbitante deuda contraída por su padre, gravada además con los intereses que siguen corriendo desde hace años. Aun sabiendo que no resuelve el problema de forma definitiva, pero decidida a retrasar el vencimiento todo lo posible, Cleopatra devalúa la moneda.

Sin embargo, nada sosiega el odio de Arsínoe, que primero busca sublevar a las familias nobles contra su hermana y luego intenta agitar al pueblo. Ante sus repetidos fracasos, asedia a su hermano, que no tiene ninguna prisa por librarse de Cleopatra. Le demuestra que es un rey de pacotilla, que la reina siempre lo mantendrá apartado para ser ella la primera.

Le murmura que, a fuerza de atiborrarse de dulces en lugar de ejercer sus prerrogativas reales, se pondrá tan gordo como un eunuco y será incapaz de asegurar su descendencia, pues Cleopatra nunca se convertirá en la madre de un hijo suyo. Y añade mimosa que ella, Arsínoe, lo ama con todo su corazón y que será una esposa dulce y sacrificada si acaba con el obstáculo que impide la realización de tan gran felicidad.

Después de haber avivado la ambición de su hermano, la princesa contempla la desaparición de Cleopatra como si se tratara de un juego. Al menos al principio. Luego, poco a poco, el plan de un asesinato va tomando forma y, muy pronto, Arsínoe y Tolomeo se encuentran preparando la desaparición de su hermana. No dejan ningún detalle al azar y no informan de su plan más que a unos pocos cómplices de toda confianza.

Pero la cancillería de Cleopatra recibe una carta de un sacerdote circunscrito de Dendera. Este *uábu*, que nunca ha abandonado el recinto del templo, ha visto en sueños el teatro de Alejandría salpicado con la sangre de la reina. Su visión fue tan precisa que, inmediatamente, escribió a palacio. Por lo general, el secretario particular de la reina archiva este tipo de cartas. Esta vez, la inquietud que le provoca al escriba es tan fuerte que le presenta el texto a Cleopatra.

La descripción de un lugar y de unas personas que el recluso no conoce convencen a la reina de que no se trata del delirio de un iluminado. Sin embargo, Cleopatra no puede tomar en cuenta semejantes advertencias o su vida se paralizaría. A pesar de las súplicas de sus íntimos, se niega a modificar su programa. Como estaba previsto, asistirá a la representación de *Las fenicias* de Eurípides.

No obstante, a medida que se acerca la fecha prevista, las señales se multiplican.

Un adivino de Alejandría que consulta las entrañas de los animales encuentra los mismos signos anunciadores de muerte que el sacerdote de Dendera. Otro descubre a un ave sin hígado. Una oveja da a luz a un cordero con dos cabezas. Unos babuinos sagrados atacan al sacerdote que les da de comer.

Por último, la víspera del espectáculo, un oficial de Tolomeo que está enamorado de Carmiana, le indica que si la conspiración fracasa en el teatro, la ejecución se llevará a cabo en palacio.

Esta vez, Cleopatra convoca a sus oficiales. Demasiado tarde. Amenofis Apolodoro, hijo de Peteharsemtheo, llega jadeante para informarle que Aquilas acaba de asumir el mando de la guardia. Los asesinos pueden penetrar hasta los mismos aposentos de la reina.

XVI

El desierto de arena, de color púrpura y oro, despliega sus dunas hasta el infinito.

En los confines del horizonte, bloques de áridas piedras incendiadas por la luz del ocaso revientan la arrugada piel de arena. Picachos de poderosas formas surgen de la extensión sin límite y se estiran como para despertar de su indiferencia a los dioses que se ocultan en el cielo violeta.

Este sendero pedregoso ha visto pasar, desde la noche de los tiempos, desde el Este hasta el País de las Dos Tierras, y desde el Egipto milenario hacia los confines de Oriente, a todas las maravillas que producen las artes y que negocian los mercaderes. Pero también a los ejércitos que arrollan y a las manadas de fugitivos que vagan por los caminos del éxodo.

Aquella noche, mientras las sombras se alargan, un pequeño destacamento avanza a toda velocidad.

Han salido de Alejandría, marchan hacia el sol naciente, y no se parecen a las caravanas que se estiran sobre las dunas. Tampoco es un grupo de soldados, sino un puñado de hombres, apenas unos pocos, y con tanta prisa que deben de tener buenas razones para aventurarse en el desierto a la caída de la noche.

Llevar la vestimenta tradicional de los beduinos, aunque no se parecen ni a los mercaderes ni a los pastores, no transportan ningún cargamento y, a la velocidad que avanzan, ningún rebaño podría seguirles.

A lomos de un dromedario blanco, un adolescente de fina silueta los conduce sin descanso mientras su sombra déformada se alarga ante él. Viste como un jeque árabe y las holgadas telas se ahuecan en torno a él hinchidas por el viento de la carrera, agitándose como unas velas, batiendo como unas

alas. Un turbante anudado alrededor de su cabeza desciende hasta enmascarar su rostro. Una brusca ráfaga descubre los ojos enrojecidos por el sol, el viento y la arena; y también descubre las mejillas blancas, quemadas por la reverberación, de alguien poco acostumbrado al desierto.

El sol declina y está a punto de desaparecer.

Desde que su jefe los arrastra en un torbellino de polvo, todos están extenuados, y él, él está rendido. Cuando al fin se convence de que ningún perseguidor logrará darles caza, abandona el sendero, gira hacia la derecha, en dirección al mar Rojo, y busca un lugar abrigado para pasar la noche.

El sol, que le daba en la espalda, ahora ilumina su perfil derecho, que parece flotar en el cielo oscurecido.

Este rostro se parece al de Alejandro, que conquistó el mundo trescientos años antes; un rostro que los artistas no dejan de representar hasta en los confines de Asia y en las Indias fabulosas. La misma pureza ideal dibuja unos rasgos que podrían ser los de una divinidad. Los ojos rasgados, bajo las cejas de arco tenso, se pierden en la lejanía. La nariz, con sus aletas respingonas, domina una boca sensual.

La esplendorosa aparición brilla un instante por encima de las dunas, que las tinieblas ya han invadido, y desaparece con el último rayo. El adolescente hace que el dromedario se arrodille y pone pie a tierra.

Nadie puede entonces percibir su pequeña estatura, pues todos los demás se prosternan hasta tocar el suelo con su frente.

Este fugitivo es la reina de Egipto, Cleopatra VII Filopatris.

XVII

Si esa noche muere asesinada, ella, que no cree en el panteón griego, comparecerá ante el temible tribunal de Osiris, el Señor del Reino de los Muertos, y su alma se convertirá en una estrella del firmamento. Pero si la inmensidad del desierto la protege, si el amanecer del día siguiente la encuentra aún con vida —lo que espera con todo el ardor de su esforzado temperamento—, tendrá que aprender a domeñar los movimientos impetuosos que le inspiran su juventud y la vastedad de un poder que, hasta esa misma mañana, no tenía límites.

Anteponer su país a sus pasiones, ¿no fue eso lo que decidió el día de su coronación? Ella, que viene de una familia donde los soberanos se hacen llamar: Filadelfo, Filopátor, Filométor, «el que ama a su hermano o a su hermana, a su padre o a su madre», aunque hayan asesinado a sus familiares más cercanos; como Tolomeo VIII, quien, después de haber ordenado el desmembramiento de su hijo, lo hizo divinizar con el nombre de Teo Neo Filopátor, «el nuevo dios que ama a su padre», signo, tal vez, de un desesperado anhelo de perdón.

A sus veinte años, Cleopatra ha visto cambiar el mundo y crecer los peligros que amenazan a Egipto.

Desde el bárbaro Occidente, los romanos se abalanzan sobre las civilizaciones milenarias para sojuzgarlas. Ningún reino escapa al intolerable arbitrio de aquella República.

El otro peligro, llegado de Oriente, es la temible caballería de los partos, que cada vez llevan sus incursiones más y más lejos.

Bajo la evocación de estas amenazas, la reina fugitiva escribe tres palabras en la arena, y las escribe en las once lenguas que domina: con los jeroglíficos de los textos sagrados; en demótico, la lengua popular egipcia; en

coiné, el griego que se habla en toda la cuenca mediterránea; en griego clásico; en arameo; en hebreo; en árabe; en etíope; en parto; en la escritura de los trogloditas, un pueblo que vive a orillas del mar Rojo; incluso las escribe en el odiado latín.

Estas tres palabras, «Egipto, Cleopatra, Eternidad», la guiarán como si fuesen estrellas en el firmamento.

A lo lejos, en las dunas, las hienas y los chacales le aúllan a la luna que acaba de elevarse.

Las ramas de las palmeras se estremecen.

La reina ha colocado centinelas alrededor del campamento. En la magia de la noche, habla sola, primero en un murmullo, luego dejando oír las palabras:

—Antes de la mía, treinta familias reales se han sucedido en Egipto. Y al final de esta larga cadena de soberanos, yo, Cleopatra Séptima, acepto el reto que me lanzan desde la profundidad de sus tumbas y desde lo alto del cielo donde sus almas dibujan un misterioso mapa en medio de las estrellas. Si sobrevivo a mi huida, realizaré el sueño de Alejandro, uniré Oriente y Occidente. ¡Reinaré sobre el mundo y ese será mi legado para los hijos que traiga al mundo!

Pone la mano sobre los jeroglíficos que forman la palabra «eternidad», aferra este puñado de arena y lo arroja hacia las estrellas diciendo:

—¡Que los dioses sean testigos de mi solemne promesa!

XVIII

Al día siguiente, cuando sus allegados le aconsejan que solicite el apoyo del gobernador romano de Siria, en los ojos de Cleopatra brilla el reflejo de la determinación. Les contesta que recuperará su trono, y lo hará sola; que marchará hacia Ascalón y allí reunirá un ejército, que reclutará mercenarios en el mercado del cabo de Tenaro, en el Peloponeso: hoplitas griegos, libios, sirios, arameos, judíos, cretenses, beocios, macedonios, Cireneos, cualquier soldado capaz de portar un arma.

Tengo veinte años y todo el oro del que puede disponer un soberano... ¡Pensad que el reclutamiento ya ha empezado!

Amenofis Apolodoro se apoya sobre su pica, encarnado de felicidad al oír tales propósitos en los labios de una reina por la que quisiera dar varias vidas.

¡A Ascalón! —grita blandiendo su lanza.

Ascalón recibe a Cleopatra como a una soberana legítima que combate por una causa justa. Incluso acuña monedas con su efigie. Mientras la reina en el exilio organiza su ejército, Aquilas multiplica las ejecuciones en el ejército de Tolomeo. Así espera poner coto a la epidemia de desertiones que se desató en cuanto los soldados supieron que su reina estaba viva, y no muerta, como aseguraba Arsínoe.

Durante la primera representación de *Las fenicias*, Arsínoe, sentada al lado del joven rey, ocupa el trono de oro de Cleopatra; lleva un tocado de lotos azules trenzados alrededor de un velo de lino blanco que evoca una diadema real.

Al escuchar estos versos:

*Si se trata de violar la justicia, que sea para reinar;
En cualquier otra circunstancia, cultiva la piedad,*

se inclina hacia su hermano y besa su mano con ternura, lo que provoca una ovación de la multitud.

—¿Pero quiénes son los alejandrinos? —se pregunta Cleopatra cuando le relatan la anécdota—. ¿Quién, semejante muchedumbre, versátil e inestable, que me aclamaba en los días de mi reinado y que, hoy, glorifica a una hermana que me roba mi trono?

Por aquellos días, una vez más, el centro de la vida política de la cuenca mediterránea se desplaza de Oriente hacia Roma, donde la guerra civil está a punto de estallar. El gran Pompeyo y Julio César han roto su alianza y los ojos del mundo están pendientes del enfrentamiento que se prepara entre los dos gigantes.

Pompeyo anuncia que tratará como enemigos a los que abandonen la causa de la República, es decir, la suya; y César, fiel a su política de clemencia, promete que considerará como partidarios a todos los que no se sumen a su enemigo. La medida de gracia no incluye a Cleopatra, que le envió naves y oro a Pompeyo. En estas circunstancias, sin esperar el desenlace de la guerra romana, la reina acelera los preparativos militares: una y otra vez pasa revista a sus tropas, espolea a oficiales y soldados, inspecciona armas, material y animales, y se apresta a recuperar su trono.

Entre tanto, en Farsalia, Grecia, Julio César aplasta al ejército de Pompeyo, que se da a la fuga y navega rumbo a Alejandría, donde espera encontrar refugio.

Convencida de que su hermano le negará el amparo a su aliado vencido, Cleopatra marcha hacia su capital para poder recibir al fugitivo.

XIX

Para cortarle el paso a Cleopatra e impedir que llegue a Alejandría, Aquilas concentra las tropas de Tolomeo en Pelusio. La reina ordena tomar posiciones en las cercanías de la fortaleza, sobre el promontorio de Kasión.

Perseguido por César durante cuarenta días, Pompeyo, al límite de sus recursos, fondea su nave a corta distancia de Alejandría y manda negociadores a tierra para solicitar refugio a los hijos de Auletes.

En contra de cualquier predicción, Tolomeo se declara dispuesto a recibirlo; sin embargo, por precaución diplomática, no será en Alejandría.

Pompeyo desembarca en la playa señalada y se dirige hacia los enviados del Decimotercero que han venido a recibirlo.

En el mismo lugar donde Auletes derrotó a su hija Berenice y donde su yerno Arquelao encontró la muerte, el ejército de Cleopatra huye en desbandada ante el de Aquilas. Por más que hasta el último de sus hombres está dispuesto a dar la vida por ella, Cleopatra toca a retirada y se refugia en un oasis próximo a Alejandría.

Los asesinos rodean a Pompeyo y lo atacan por la espalda ante los ojos de su mujer, Cornelia, que ha permanecido a bordo del trirreme.

Uno de los criminales le corta la cabeza y la guarda en un saco; será el regalo de bienvenida para el vencedor, que llegará en apenas tres días.

Cuando Cleopatra se entera de que César lloró ante los restos de Pompeyo, se burla:

—¡Lágrimas de cocodrilo! Mi hermano ha matado a Pompeyo para complacer a César y obtener el permiso de acabar conmigo. Una cabeza a

cambio de otra. ¡Y yo, mientras, debo tener paciencia a la espera de las órdenes de mi peor enemigo!

La impotencia y la rabia la llevan a dar una patada contra el suelo.

Durante todo el día se atormenta con la idea de saber que César está en su capital. Su esperanza de reconquistar Alejandría ha sido aniquilada. Pero al menos se ha comportado como una soberana.

Esa misma tarde, tragándose su odio, sus lágrimas y su humillación, le ha enviado un emisario a César, Amenofis Apolodoro, el más seguro, devoto y fiel de sus hombres.

El intrépido lancero sabrá franquear las barreras y llegar hasta el Imperator. Debe hacerle saber que la reina legítima, reconocida por Roma, está viva; y que no puede destituirla sin escucharla antes.

XX

La noche ha caído. Cleopatra se aleja de sus íntimos y permanece sola ante el fuego del campamento. De pronto ve surgir la imagen de César: el vencedor de Pompeyo entra a caballo en Alejandría precedido por los lictores que portan los fasces, símbolo del derecho absoluto sobre la vida y la muerte. A la cabeza de sus legiones y escoltado por Tolomeo XIII y por Arsínoe, el Imperator recorre la avenida de Canopos hasta el palacio de Loquias, del que toma posesión.

Con los ojos nublados por las lágrimas, la reina pateo el fuego para disipar esta visión. Las chispas que saltan en todas direcciones le descubren, agazapado al otro lado de la hoguera, a un asesino inmóvil; la súbita llamarada lo sorprende cuando ya se disponía a saltar.

Todo lo que Cleopatra puede intentar sería inútil.

Los ojos febriles del criminal refulgen en medio de un rostro embadurnado con ceniza y sangre. El puñal, con el que parece protegerse, acaba de desangrar a los centinelas y se dispone a degollar a la reina de Egipto.

El tiempo queda suspendido.

La reina y el asesino están frente a frente.

Las llamas, reflejadas en la hoja del cuchillo, se convierten en relámpagos púrpuras. Cleopatra resplandece como una diosa, igual a Hator, tan hermosa como Isis; Cleopatra es la imagen de la divinidad que vela por Egipto y le da la vida.

El criminal duda.

Cleopatra lo acusa con dureza:

¡Regicida!

Y, con una voz tan grave que parece hablar la Justicia misma, la voz de Maat que encarna la Regla, agrava su acusación:

¡Deicida!

El silencio se vuelve tan denso como el granito. La noche se solidifica. Al asesino le falta el aire. El puñal tiembla en su mano, lo suelta y, como un caballo cuando le cercenan los corvejones, se desploma a los pies de Cleopatra.

Ella lo mira para después hablarle muy despacio: —¿Por que no pides clemencia si acabas de dejar con vida a la reina?

—¡No merezco vivir!

¿De qué me serviría tu muerte?

Divina Isis... un miserable como yo tampoco podrá asesinar al rey...

¿Acaso te lo he ordenado? Tú mismo has comprobado que no estoy bien protegida. Me gustaría que los soldados de mi guardia personal, los *somatophylakes*, no se durmieran estando de servicio. ¿Eres egipcio? ¿Cómo te llamas?

Peteharpócrates, «el concedido por el dios Horus niño», divina Cleopatra, señora de las Dos Tierras que reina sobre el Bajo y el Alto Egipto.

—Y con semejante nombre, ¿pretendías asesinar a la encarnación de la madre del joven Horus? Levántate y ocupa el lugar de uno de los centinelas que has degollado.

La noche vuelve a cerrarse en torno a Cleopatra.

¿Qué ha sido de la vida inimitable que tanto esperó llevar durante su juventud? ¿Dónde está el amor? ¿Dónde su corona?

SEGUNDA PARTE:

El rufián calvo

CÉSAR.—César nunca se come a las mujeres

CLEOPATRA.—¡CÓMO!

CÉSAR.—Pero se come a las jovencitas. Y a los gatos. Eres una niña ingenua; y descienes de la gata negra. Eres, a la vez, una jovencita y una gata.

CLEOPATRA.—¿César me devorará?

CÉSAR.—Sí a menos que le demuestres que eres una mujer.

GEORGE BERNARD SHAW,

César y Cleopatra

Yo sé bien lo que soy; yo sé lo que sois vos.

*Os dignasteis amarme desde mis años tiernos,
el cetro que yo empuño es un regalo vuestro;
por dos veces me habéis devuelto la corona,
tras lo cual, os confieso que os amo, mi señor,
y que mi corazón no es digno de estos gestos
ni de tantas virtudes, ni de tantas mercedes.*

CORNEILLE,

La muerte de Pompeyo

Alejandría se había engalanado para recibir a César.

Llegados por curiosidad para ver al general más célebre de su tiempo, al dominador de numerosas naciones, al vencedor del Gran Pompeyo, los habitantes, que permanecieron en silencio durante el desfile, vuelven a sus casas inquietos ante el destino que les espera.

Apenas instalado en el palacio de Loquias con su guarnición, César recibe a Tolomeo XIII y a sus consejeros. El rey viene en busca de su recompensa por el asesinato de Pompeyo, y se apresura a detallar ante el vencedor los pormenores de la ayuda militar que Cleopatra le proporcionó al vencido.

Pero a César le repugna el servilismo.

Pompeyo era su yerno, un adversario noble que merecía algo mejor que una puñalada por la espalda. Sin embargo, después de escuchar atentamente las quejas del joven y adiposo rey, César le contesta que su misión es ejecutar el testamento de Auletes; en él se estipula que Cleopatra, y no la encantadora Arsínoe, es la reina.

Astutamente, el Decimotercero objeta que ha derrotado a Cleopatra y que nadie sabe dónde se ha escondido, pero que él la considera destituida.

César mueve la cabeza y declara que tal vez Cleopatra acudirá para exponer su caso ante el representante de la justicia de Roma.

El Decimotercero y Aquilas, que han previsto esta respuesta, intercambian una mirada de complicidad. ¡Pasará mucho tiempo antes de que Cleopatra alcance Alejandría! Veinticinco mil soldados le cierran el paso. César nunca oirá sus argumentos y, al final, reconocerá a Arsínoe.

Tolomeo XIII se retira satisfecho de la entrevista.

A la espera de que la encuentren, la soberana que le describen a César tiene los rasgos de un personaje lleno de contrastes, a la vez libre, alegre,

grave, serio y fútil. Y le es fácil imaginar que, también a él, sus colaboradores más cercanos lo describirían con esta desconcertante diversidad. Le gustaría conocer a la joven reina para juzgar por sí mismo si es tan hermosa como sugieren sus estatuas, que adornan toda la ciudad; si habla con tanto brío como afirman; si es tan sabia como ignorante su hermano; si su atractivo, que tanto le han ponderado, podría despertar una sonrisa en sus finos labios.

Le dicen que ella lo aborrece. Eso haría tanto más divertido el interrogatorio para ver cómo justifica el regalo de las naves de guerra a Pompeyo.

Si aún estuviese con vida...

Al tiempo que sus preguntas quedan sin respuesta, Apolodoro, gritando para no ser degollado en el acto, entra en su cuarto por la ventana:

¡Enviado de la reina!

Durante algunos días, Apolodoro franquea varias veces las barreras en los dos sentidos, hace amigos en todas partes, charla con los soldados de Tolomeo, bromea con los centinelas de César, pasa y vuelve a pasar entre ellos llevando los mensajes de la reina al Imperator y las respuestas de César a Cleopatra.

Las negociaciones se eternizan; César reclama la presencia de la reina, y ella, a cambio, exige la garantía de que no será asesinada.

Por último, Cleopatra acepta presentarse en su capital, pero anuncia que vendrá con su flota. Si César ordena su muerte para contentar al Decimotercero, los barcos romanos serán capturados y quemados.

Pero los caminos están bloqueados —objeta la fiel Carmiana—. Los soldados de Aquilas están por todas partes. La muerte espera a la reina si abandona el oasis.

Cleopatra sonríe:

La astucia contra la fuerza. ¡Aunque me cueste la vida, iré a defender mi corona ante ese romano que, sin duda, se cree el amo del mundo! No masculles que lo es, Carmiana, oigo todo lo que dices.

Ni siquiera lo he murmurado.

¡También oigo tus pensamientos!

II

De pronto, en mitad de la noche, se levanta el viento, sopla con violentas ráfagas, silba entre las estacas, se cuela bajo las tiendas del campamento. Las telas se hinchan y restallan. Los animales lanzan sordos aullidos en las tinieblas. Se sienten roces extraños, se perciben sombras, espíritus.

Cleopatra, que al principio ignora si está dormida o si es víctima de un espejismo, ve el saco. Un odre de cuero atado con un cordón. Dos manos — las manos de César, ella lo sabe— desatan el cordón, aferran los cabellos pegajosos por la sangre y levantan una cabeza de Gorgona, con los ojos en blanco en medio de los coágulos, la nariz tumefacta, los labios hundidos. La cabeza cae, rueda, rebota hasta el mar donde se hunde. Unas burbujas rojas estallan en la superficie del agua, como si Pompeyo aún respirase. Aparecen más y más, se elevan por encima de las olas con la fuerza de una erupción, alcanzan la punta del Faro, ahogan el fuego y vuelven a caer, inundando Alejandría con una lluvia de sangre.

La reina, con un candil de plata, enciende una antorcha perfumada para expulsar a los espectros que hacen muecas en los rincones oscuros de su tienda. Las visiones se disipan lentamente y, mientras Cleopatra se interroga sobre su sueño y se pregunta si la muerte de Pompeyo es el primer presagio anunciador del fin de Alejandría, surge imponente la figura de César.

Todo lo que sabe de él forma una imagen que se disloca y se recompone sin tregua, le provoca mareos y arrebola sus mejillas. No es un hombre el que aparece ante ella, sino diez, todos diferentes, y todos le inspiran un profundo odio.

César es el enemigo, el que solo cree en la fuerza y confunde la violencia con el derecho, la sabiduría, la justicia; el que hace la guerra, siembra la muerte por donde pasan sus ejércitos y pretende traer la liberación y la paz. Es

el árbitro del destino de los otros, decide por ellos e impone un orden que es el suyo. Él llega, conquista, seduce, posee o destroza. En su presencia, el mundo se doblega, transige, se somete. O perece.

El paso marcial de las legiones que avanzan para sojuzgar a Egipto, resuena en la cabeza de Cleopatra.

En la oscuridad que aviva su odio y su lucidez, Cleopatra debe admitir que la fama de César es la única que se puede comparar con la de Alejandro. Con más de cincuenta años, tiene la resistencia de un muchacho, surge donde no se le espera, golpea rápido como un relámpago y doblega al destino. La victoria vuela a su encuentro. Colmado de honores, no hay gloria ni triunfos que puedan saciarlo.

Codicioso, ávido, generoso, construye un Foro para los romanos, les ofrece espectáculos de gladiadores en los circos y de naumaquias en el Tíber.

Ama a las mujeres y a los hombres.

A los dieciocho arios, prefirió el exilio antes que el divorcio que le exigía el todopoderoso Sila. Cicerón, esa lengua viperina, cuenta que le dio a Servilia, la madre de Brutus, una perla de seis millones de sestercios para agradecerle que le hubiese entregado a su hija.

En plena Curia le llueven calificativos como «reina», «lindo», «concubina», «mujercita». Lejos de desmentirlos, replica que Semíramis también era una mujer y que las Amazonas gobernaron Asia.

En la mejor tradición romana, sorprendente para una reina de Egipto, se escriben groseras canciones a su costa y sus soldados se mofan:

*César se ha tirado a los galos, Nicomedes se ha tirado a [César.
Ahora que triunfa César, que se ha tirado a los galos,
Nicomedes, que se ha tirado a César, no triunfa.
Romanos, cuidado con vuestras mujeres,
aquí os traemos al rufián calvo,
¡que ha jodido en las Galias con el oro que os arrebató!*

Las mujeres, los hombres, el oro, la gloria, las estatuas, las piedras preciosas, las esclavas de belleza perfecta que compra a precios inconfesables, todo, lo quiere todo. Si no ha ordenado que le erijan un trono, es porque teme la reacción de su pueblo, que ya ha asesinado a tres reyes. Así que se las ingenia para que le otorguen los títulos más pomposos y los privilegios más extravagantes que puede inventar la República. Obtiene el derecho «vitalicio» de llevar una corona de laurel.

Aunque padece el mal sagrado, pretende tener una salud a toda prueba.

Se dice que es guapo, pero es viejo y calvo.

Él, tan descaradamente disoluto, no tolera que la sombra de una sospecha roce la reputación de su mujer. A su segunda esposa la repudió acusándola de adulterio. La tercera, Calpurnia, es un modelo de aburrida virtud romana.

Este triunfador sin escrúpulos, pero a quien ni sus peores enemigos le han negado nunca el valor y la generosidad; es su rival. Cleopatra se dispone a la lucha.

Y, de pronto, la idea de que tal vez ya es demasiado tarde cruza por su imaginación. Ve a Arsínoe en el lecho del vencedor, y luego al Decimotercero, y luego a los dos. Siente como si le arrancasen su corona, y también la cabeza.

Debe ir a Alejandría. Obedecer, acudir a la convocatoria que ella misma solicitó.

Además, no tiene elección. ¿Acaso alguien la ha tenido? Nadie, ni un soberano, ni un rey, ni un jefe de clan o de tribu. ¡Nadie!

Se estremece y, retorciendo su mata de pelo, la recoge sobre su frente como si fuese una corona.

Convertirá la humillación en una victoria, sin mendigar ni rebajarse. Negociará con el amo de la mitad del mundo como si ella fuese la dueña de la otra mitad. No se presentará ante él como una derrotada; mientras dure la entrevista, César no será más que un soldadote ante la reina de Egipto, un gusano comparado con ella.

Afuera, el viento no amaina.

La reina ordena que despierten a Amenofis Apolodoro. —¡En el acto!



El faro ilumina la superficie inmóvil de la Gran Dársena. Una barquichuela de papiro, igual a la que los egipcios fabrican desde el tiempo de las Pirámides y cuyos remos surcan las apacibles aguas con regularidad, avanza hacia el muelle. La frágil embarcación, que parece deslizarse inocentemente sobre la capa líquida desde milenios atrás, se cuele a través de las barreras flotantes dispuestas por Tolomeo XIII sin inspirar demasiada desconfianza. Sin embargo, surge la voz de un centinela:

¿Quién va?

El esquife se detiene.

—Amenofis Apolodoro, hijo de Peteharsemtheo —responde una voz vigorosa y de buen timbre.

El centinela insiste.

—No te conozco. ¿Quién va?

—¡Un enamorado que le lleva a su amada una perca del Nilo!

¿Y la contraseña?

Solo sé amar, ¡y no me digas que tú no conjugas también ese verbo! Llego tarde, soldado, una mujer me espera.

Se escucha una risotada en la noche.

—¡A mí solo me gustan las putas! ¡Sabes lo que pagas, sabes lo que tienes! Sin cuentos ni engaños. ¡Das tu dinero y te vas cuando has terminado! Pero, dime, lo que llevas ahí, en el fondo de la barca, ¡no se parece a una perca!

¡Es un bulto de ropa! —contesta Apolodoro apoyando el pie sobre el atado con una delicadeza sorprendente.

¿También es tu lavandera?

¿Acaso me gustaría tanto de no ser así?

—Anda... Pasa... Pero recuérdalo, son todas unas putas, y lás que salen más baratas, ¡son las del oficio!

La barquichuela se separa y sigue su curso hasta el pontón real, donde Apolodoro echa las amarras, carga su bulto al hombro y desembarca.

A la entrada del palacio de Loquias tiene que convencer a los romanos.

Un regalo para el Imperator, ¡debo entregárselo personalmente! El legionario se carcajea:

¿En mitad de la noche? ¿Hablas en serio?

—¡Si no le informas a tu jefe que Cleopatra Séptima le remite lo más precioso que Egipto encierra, podría costarte tu carrera!

¿Pero qué cuentos son esos?

Transmite el mensaje —replica Amenofis Apolodoro—, si no, estás acabado.

El legionario no puede abandonar su puesto. Llama a otro, que va en busca del comandante:

¿Un regalo? ¡Dámelo, yo lo llevaré!

¡Lo entregaré yo! ¡Órdenes de mi reina! Esta alfombra, de un precio incalculable, contiene un tesoro aún más precioso.

—¡Tanto lío por una alfombra!

—No es por una alfombra —corrige Apolodoro—. ¡Sino por una consigna real!

—¡Espera aquí!

Mientras se aleja, el oficial vuelve la cabeza un instante y un rayo de luna refulge en su casco; el romano, irónico, exclama sobre su hombro:

—¡Al menos podrías dejarla en el suelo!

IV

César, intrigado, levanta la mirada de los mapas que está examinando; sus oficiales más burlones se ríen del comandante de la guardia que, por segunda vez, solicita ser recibido. Al parecer se trata de un regalo, pero el repartidor tiene órdenes estrictas y pretende entregarlo en persona.

Qué alfombra más exigente —comenta divertido uno de los oficiales.

Ni la mismísima reina de Egipto armaría tanto escándalo —se ríe otro.

La penetrante mirada de César se clava en el oficial que acaba de hablar. Lo ha comprendido. Despide a sus oficiales.

Mientras abandonan la sala, uno de ellos murmura: —Otro tesoro para nuestro gran jefe, uno más. ¿Qué será esta vez? Apuesto a que se trata de una estatua de oro.

¡A menos que nuestro general no esté recibiendo a su asesino!

Un criminal no va por ahí con una estera al hombro.

César, que no lleva puesta ni su coraza ni su manto, solo su túnica, se siente como si estuviese desnudo, y, durante los pocos segundos que permanece a solas, se turba, se impacienta y camina de un lado para otro. Sin embargo, todo lo que ocurre ha sido previsto y ordenado por él.

Y entonces entra Apolodoro.

El corazón del gran César se desboca.

La alfombra se desenrolla lentamente y ella aparece ante él, como surge la mariposa de una crisálida.

Se despliega, se estira, se levanta, estornuda después de respirar durante tanto tiempo las fibras, y se ríe de haber estornudado.

Viste el atuendo de Isis, que desnuda su cuerpo hasta la cintura y cuya falda es del lino más puro, más inmaculado y más transparente. Sus cabellos,

que desordena con un gesto para que cojan cuerpo, están ceñidos con un lazo dorado. Sobre su pecho resplandece un peto con incrustaciones de lapislázuli, corales y esmeraldas; la prenda es tan pesada que necesita un contrapeso en la espalda.

Una serpiente trenzada en su brazo derecho parece a punto de morder su hombro. Y, como si hubiese derramado sobre ella todos los perfumes de Arabia —cosa que ha hecho—, huele maravillosamente bien.

César, con el rostro encendido, reconoce que ella es el objeto de todos sus deseos, de sus ansias más secretas. Es la reina de Oriente. Su belleza, donde se combinan la juventud, la feminidad y la alegría, salta a la vista y desafía todo lo que le han contado. Su poder, aunque ya no tenga ningún poder, puede volver absolutamente desmesurado el que él tiene.

La alfombra es suya.

La reina aún no.

César se inclina ante ella, que es su futuro.

Cleopatra lo observa sonriendo, escondiendo su odio detrás de los hoyuelos de sus mejillas, del brillo de sus dientes perfectos, y, por último, tendiéndole su mano en un gesto de amistad, de espantosa hipocresía. Lo que desearía, si no necesitase tanto su arbitraje, sería verlo muerto a sus pies.

A pesar de su edad, aún podría ser guapo si tuviese más pelo. Su túnica es muy fina; el drapeado, cuidadosamente estudiado, la cintura, holgada. Su coquetería y su conducta afeminada ya le han valido tantos reproches que poco le importa. Sus ojos brillan y lanzan destellos. Su nariz es recta, su boca firme y noble, ¡un hermoso ejemplar romano!

Muy alto, mientras ella es baja.

Su enemigo.

Ella realza su sonrisa.

Él toma su mano.

V

A la mañana siguiente, al alba, los eunucos despiertan al Decimotercero. Desde su ventana puede ver, en el Gran Puerto, anclados frente al palacio de Loquias, a los setenta y dos barcos de guerra de su hermana junto a los cincuenta trirremes de César.

Furioso, Tolomeo se precipita escaleras abajo. Grita, gesticula, se abre paso, entra en el palacio de Loquias y, sin hacerse anunciar, irrumpe en los aposentos privados del Imperator.

Allí encuentra a su hermana, que lo espera tocada con la doble corona roja y blanca de los antiguos faraones, símbolo de la unión indefectible del Alto y del Bajo Egipto; mientras, él lleva puesta una diadema griega de factura reciente. Presa de la ira y el despecho, se la arranca, la tira, grita traición y proclama que se vengará.

¿De dónde sacó Cleopatra la osadía suficiente para ir al encuentro de César? ¿Qué clase de genio le inspiró el ardid que le permitió infiltrarse a través del ejército que le cerraba el paso? ¿Cómo pudo sortear la vigilancia de los centinelas apostados por mar y tierra? Incluso escondida en una alfombra no es concebible.

El Decimotercero aún no ha comprendido cómo su hermana burló a sus asesinos cuando el suceso ya corre de boca en boca, y, desde Alejandría, se propaga por el mundo antiguo. Todos ríen a costa de Tolomeo, y todos admiran a Cleopatra, pues ha demostrado, como en una fábula, que el más fuerte no es siempre el más astuto.

Igual que no escondía su desprecio por el asesino de Pompeyo, César tampoco disimula los sentimientos que le inspira la joven reina. Para obligar a

Tolomeo a reconciliarse con ella, lee el testamento de Auletes frente a una multitud. Alejandría aclama a Cleopatra.

Pero Arsínoe aún espera ocupar el trono de su hermana. Le susurra a Tolomeo que la derrota de Cleopatra ha invalidado el testamento y le incita a rechazar la mediación de César.

Estas maniobras llegan a oídos de Cleopatra, que no se inmuta. Si Tolomeo se enfrenta a César, estallará la guerra con Roma y los dos hombres que más odia pelearán entre ellos. Al final del conflicto, uno de los dos combatientes habrá aniquilado al otro, y ella tendrá que vencer a un solo enemigo. Una sonrisa baila en sus labios mientras, en sus ojos entornados, hay un destello de crueldad.

Incluso para un alejandrino acostumbrado a los meandros de la política, las negociaciones que se desarrollan en el palacio de Loquias entre los dos soberanos que se profesan un odio mortal, sus consejeros que libran una batalla sin piedad por el poder, y el romano atrapado en aquel enjambre de avispa, la situación parece inextricable.

Repetidas veces al cabo del día, los acuerdos que parecían cerrados deben discutirse de nuevo. La guerra de nervios viene acompañada por un incesante baile de mensajeros que corren de un palacio a otro. Todos intrigan, espían, conspiran. Hasta la última ayudante de cámara se cree depositaria de los mayores secretos de estado.

Para garantizar su seguridad, Cleopatra solo confía en su guardia personal y en dos hombres que ella misma ha elegido. Uno es el lancero Amenofis Apolodoro, que estaba dispuesto a dejarse despedazar por la multitud para salvarla a ella de ese destino y que, después, la condujo hasta César; el otro es Peteharpócrates, el asesino enviado por su hermano que, desde que ella le perdonó la vida, siempre se ofrece como voluntario para las misiones más peligrosas.

Entre la servidumbre de palacio, muchos de los cuales la traicionan, le otorga su confianza a dos mujeres que la amarán hasta la muerte. Carmiana es de origen grecoegipcio y su padre era un escriba real; la joven le recita poemas mientras le cepilla el pelo. La otra mujer, Iris, una «piel quemada», le profesa a Cleopatra una adoración silenciosa. Iris se crio en la corte; cuando su padre quiso casarla en su país con un príncipe etíope, le suplicó a Cleopatra que la retuviera a su lado.

Durante este periodo de tortuosas negociaciones, Cleopatra, para no ser asesinada, permanece encerrada con ellas.

Cuando el Decimotercero se aventura a abandonar su palacio, lo hace escoltado por su guardia y flanqueado por Arsínoe y los eunucos.

En cuanto a César, que aún no ha recibido los refuerzos que ha reclamado, está impaciente por solucionar la cuestión política antes de ocuparse del cobro de las deudas de Rabirio. Entre tanto, mantiene a sus tropas en estado de alerta.

VI

Cuando las intrigas de Arsínoe, las conspiraciones de los eunucos y la indiferencia de Cleopatra ante la solución del conflicto parecen condenar las negociaciones al fracaso, el Decimotercero, bruscamente, se declara favorable a la reconciliación. El inesperado acuerdo de la pareja real, bajo la égida del gran César, va a celebrarse con un suntuoso festín digno de los que ofrecía Auletes.

Mientras el Imperator se regocija de tan feliz desenlace, Cleopatra le envía a Amenofis Apolodoro, hijo de Peteharsemtheo, para informarle que los dos serán asesinados durante el banquete.

César está convencido de que ningún monarca en su sano juicio se atrevería a llevar a cabo un plan criminal que, inmediatamente, desencadenaría las represalias más espantosas. Tolomeo ya asesinó a Pompeyo, pero se trataba de un vencido, de un fugitivo, de un hombre acorralado que desembarcó sin escolta en una playa desierta. César no está solo. Siete mil legionarios están sobre las armas y la flota de Cleopatra refuerza a la suya.

No obstante, se pone una cota de malla bajo su inmaculada toga orlada de púrpura, desliza un puñal en su cintura y lo disimula entre los pliegues franjeados de oro; luego dobla la guardia, anunciándoles a sus hombres que responderán con sus cabezas por la vida de la reina.

César aún no conoce el lujo de los palacios de Alejandría. Piensa que ya nada puede deslumbrarlo en esta capital de mármol donde las calles son tan hermosas como los palacios romanos y donde los palacios tienen el esplendor de los templos.

Sin embargo, en cuanto traspasa el gigantesco pilón que señala la entrada a los salones de recepción, comprende que aún no ha visto nada, y debe

recurrir a toda su experiencia para no permitir que se trasluzca su admiración, mientras que a su séquito le faltan palabras para manifestar su entusiasmo. Un maestro de ceremonias vestido a la usanza egipcia, precede a los romanos a través de las galerías con los techos cubiertos de oro, con las puertas de ébano y marfil, las columnas de ágata, de pórfido, de ónice, de mármol. A su paso, una multitud de esclavos de todos los colores se inclina hasta tocar el suelo.

César avanza bordeando esta cerca viviente hasta el salón de muros recubiertos con carey de tortugas indias coloreado a mano, donde Cleopatra y Tolomeo lo esperan. Deslumbrado por el centelleo de las pedrerías incrustadas en las paredes y en los triclinios, vacila un instante. Luego se acerca, aunque solo tiene ojos para la reina.

Sobre el cuerpo de Cleopatra reposan los fabulosos tesoros del mar Rojo, esmeraldas y diamantes de las minas de Berenice, corales y perlas enormes. El peso de su tocado la agobia. La blancura de sus pechos restalla al trasluz de un transparente velo de Sidón. Sus ojos están maquillados y sus cabellos perfumados con nardos y cinamomo. Cubierta de joyas, es más hermosa que cualquier efigie contemplada por César, y jamás ninguna mujer le ha parecido más deseable, pues en ninguna mirada del mundo ha leído esa turbadora mezcla de esperanza y de aceptación de la muerte.

Tras la diosa que se ofrece para que la adoren, descubre a la niña heroica; tras la reina que lo odia, a la criatura rebosante de impulsos. El contraste es más embriagador que el mejor de los vinos, más exaltante que cargar contra el enemigo a la cabeza de sus hombres cuando, gracias a él, cambia la suerte de una batalla.

Cleopatra le tienta más que todo lo que ha podido conocer, que, por otra parte, se borra en ese instante. Se sorprendería si alguien le recordase hasta qué punto amó a Servilia (a quien regaló una perla que creía la más grande del mundo hasta que calibró el tamaño de las que Cleopatra llevaba de pendientes), si le hablasen de las reinas que metió en su cama, y de Mitrídates, que lo metió en la suya.

En cuanto ocupa su lugar al lado de Cleopatra, sabe que inventará cualquier cosa para no separarse de ella. Le dirá a Roma que unos terribles vientos etesios le impiden volver, que su ejército se ha rebelado, que Alejandría se ha sublevado.

Lo único que podría arrancarlo de su lado sería una buena guerra, si es que la muerte les concede un poco de tiempo, pues alrededor de las mesas dispuestas para el banquete, el crimen se respira a pleno pulmón. Cada copa que se alza puede estar envenenada, cada bocado contiene tal vez una droga

mortal. Es probable que los asesinos estén entre los invitados, y Cleopatra se ha engalanado como una soberana a la que van a llevar a su tumba.

VII

En cuanto César está sentado, unos criados de perfecta belleza presentan todo de cuanto más exquisito y de más raro producen la tierra, el Nilo y el aire, pájaros, peces, bestias salvajes y domésticas.

Unas urnas de cristal vierten el agua del río de incomparable pureza. Copas lastradas con piedras preciosas se llenan con vino de Meroe, que un sol ardiente escalda y que, en poco tiempo, gana la sazón de una larga vejez.

Ya han transcurrido varias horas desde que empezó el festín cuando el barbero de César viene a prevenirlo de que vigile a Poteinos. El eunuco ha intentado sublevar a la guarnición romana suministrándole víveres en mal estado, trigo podrido y una carne donde los gusanos pululaban, afirmando que César había requisado los alimentos frescos para su disfrute personal. Al mismo tiempo, ese castrado le ha contado a los alejandrinos que sus templos iban a ser despojados de sus tesoros.

—¿Lo has desmentido? —pregunta César sin perder su mejor sonrisa.

—Nos faltan intérpretes para convencer a los alejandrinos; pero entre los soldados se han repartido víveres en abundancia de parte de César.

Por más que Cleopatra aguza su fino oído, no logra enterarse, pero observa que un esclavo, con la excusa de servirle más bebida, le murmura algo a Poteinos; luego, este hace un disimulado gesto afirmativo que el Decimotercero capta.

Si su hermano desbarata las medidas que ha tomado, Cleopatra morirá, César perecerá con ella y, en represalia, las legiones romanas asolarán Egipto. Ante la idea de que lo ineluctable está en marcha, que ha tirado los dados y que ya nadie tiene el poder de cambiar el curso de lo que ha de sobrevenir, sus labios esbozan una misteriosa sonrisa. Salvo por sus joyas, solo lleva encima un vestido transparente que los puñales atravesarán sin gran esfuerzo.

Alza su copa y bebe con una voluptuosidad que el peligro espolea, los ojos entornados, el corazón palpitando, mirando a César. Lo encuentra guapo y decreta que el Falerno le nubla el juicio.

En ese momento un esclavo le entrega unas tablillas. Las lee sin dejar aflorar su turbación y, con apenas una ligera vibración en su voz, anuncia que va a recitar un poema en honor de su huésped. En voz alta y clara, ante toda la sala que no entiende ni una palabra de latín, mientras desde el techo llueven pétalos de rosa y los músicos tocan a la sordina exquisitas melodías, traduce la carta enviada por Poteinos a su cómplice Aquilas, y cuyo portador fue interceptado por Apolodoro.

«Date prisa, escribe Poteinos, en nombre del crimen que cometimos juntos y cuyos beneficios se nos escapan, date prisa, en nombre de la muerte de Pompeyo, y remata lo que hemos empezado. ¡No dudes! Convierte en un funeral el festín de la conciliación.»

Sin interrumpirse, Cleopatra observa que Apolodoro le franquea el paso a Peteharpócrates y a varios hombres de su guardia personal que se esconden detrás de las columnas. Es tal el alivio que siente, que comprende lo segura que estaba de su fin.

Prosigue la traducción con voz más serena:

«Inmola, el mismo día, a Cleopatra y a César, ya que tras una víctima ilustre, otra aún más ilustre viene a ofrecerse a nuestros golpes».

«Nada debe espantarte. Ni el nombre de César ni el de la reina. Aquí, César no es más que un soldado. Inmolemos esta cabeza para descanso del mundo. Hundamos nuestras manos en su sangre...»

En ese momento, Cleopatra sorprende una ligera señal con la cabeza del Decimotercero a Poteinos, quien, después de asentir, se levanta y abandona el salón. Con voz firme prosigue su lectura:

«Te conjuro, Aquilas, no pierdas un instante. Encontrarás a César fatigado tras las delicias de la mesa, turbado por los vapores del vino y dispuesto a librarse a los deleites del amor. ¡Audacia! ¡Los dioses están contigo!»

Deja caer las tablillas, vacía una copa que le devuelve el color y murmura mirando a César a los ojos:

—Apolodoro se encargará del eunuco. ¿Estás armado?

César duda, el tiempo de un relámpago. ¿Y si todo aquello no fuese más que una trampa tendida por Cleopatra, en complicidad con su hermano, para aplacar su desconfianza y asesinarlo? Pero la mira; lo que ve en los ojos de la reina lo tranquiliza.

Le responde:

—Tengo un puñal en mi toga, y ordené que doblasen la guardia.

La mía está escondida en la sala. ¡Bebamos! El festín sigue su curso.

Cleopatra tiene la impresión de estar en una nube. Luego escucha ruidos, roces, un grito, una caída. Apolodoro vuelve.

Ya está hecho —dice inclinándose ante ella—. Había una enorme rata tras un tapiz. La he matado.

—¡Una rata! —exclama el Decimotercero, atenazado por un mal presentimiento.

VIII

Al día siguiente, después de descubrir la muerte de su eunuco, Tolomeo le declara a Arsínoe que está prisionero en su propio palacio.

¿Cleopatra también? —pregunta Arsínoe.

¡Cleopatra es su ramera, o lo va a ser! Él le devuelve el trono del que la expulsamos, ella se lo debe todo, ¡y César nunca perdona una deuda!

Entonces, ¡huye! ¡Reúnete con Aquilas y, al frente del ejército, vuelve para liberarme!

¡No puedo abandonarte!

¡Debes hacerlo! Mi presencia aquí disipará las sospechas. Antes de que descubran tu desaparición, aplastarás al romano. Vencerás, mi rey, y celebraremos nuestros esponsales ante las cabezas cortadas de Cleopatra y de César clavadas sobre las murallas.

—¡Así ha de ser!

El adolescente, colmado de atenciones por los eunucos que lo desearían semejante a ellos, se yergue. Arsínoe lo observa orgullosa. Ya es un hombre. La muerte de Poteinos lo ha cambiado. La grasa se derrite y surgen los músculos.

Lejos de contrariar el plan de huida del Decimotercero, César lo propicia, pues está convencido de que la incompetencia y la vanidad del rey adolescente le causarán a su ejército un daño más grave del que él mismo podría provocarle con los pocos efectivos de que dispone. Así, el Decimotercero se reúne con Aquilas, que ha conducido a sus hombres ante las murallas. Si ahora ordenan el asalto, Alejandría cae en dos días. Todos lo saben. Pero Tolomeo quiere demostrar quién es el amo y obliga a Aquilas a sitiar la ciudad.

Es el regalo con el que César contaba.

Fortifica la ciudad, espera los refuerzos y convoca a Cleopatra... para jugar a los dados.

El tiempo se detiene.

Es lo que quiere.

¿Cuándo terminará la partida? —pregunta Cleopatra agitando los dados.

Con el asedio —responde César.

—¿Y cuándo terminará el asedio? —insiste ella lanzándolos.

¡No terminará! Y la reina de Egipto verá caer los últimos cabellos de César, y César verá encanecer los de Cleopatra, y aún seguiremos haciendo rodar los dados.

—¿Qué sucederá cuando la reina de Egipto se aburra en la compañía del gran César?

El mano a mano se prolonga días, semanas, meses. De tanto en tanto, César da un vistazo por la ventana.

—Los vientos me son propicios —dice—, mientras se opongán a mi regreso.

Ella le cuenta cómo es Egipto. Le explica los mitos y las divinidades extrañas, medio hombres medio animales, que los bárbaros no comprenden. Le descubre las maravillas de la ciudad donde están cautivos.

Él le habla de sus conquistas. Ochocientas ciudades tomadas. Un millón de prisioneros. Otro tanto de muertos. Ella lo fascina, lo hechiza, lo embelesa.

Él la seduce, le cuenta que durante el viaje hacia Egipto, en su barco, empezó el relato de la conquista de las Galias. Cuando terminen de explorar la Biblioteca, y ya no tengan nada más que decirse, irá al barco en busca del manuscrito. Ella ríe. Nunca terminarán. Qué hermoso es su cuello cuando ríe, de una blancura y suavidad dignas de la seda más pura.

IX

Alejandro se ha vaciado.

Los eruditos han abandonado el Museo y la biblioteca. Las salas de retórica, de filosofía, de medicina, de anatomía, de geometría, de hidroestática, de geografía, de astronomía, de cosmetología..., de repostería están desiertas. ¿Dónde se han ido?

Cleopatra señala unos vetustos rollos.

—¿Sabías que Zenódoto, el primer editor de Homero, dirigía la Biblioteca?

César se enfrasca en los textos que explican cómo medir el tiempo y concibe la forma en que modificará el calendario romano, menos exacto que el egipcio.

Hablan sin cesar, se lo dicen todo el uno del otro, las verdades y las mentiras. César está subyugado por la dulzura de Cleopatra, la musicalidad de su voz, la gracia de sus gestos, el encanto de su conversación, la profundidad de sus conocimientos, y por sus carcajadas, sus juegos, sus bromas, esa mezcla de seriedad y ligereza, de aplicación y de frivolidad.

Un día, Cleopatra se da cuenta de que seducir a su enemigo le provoca demasiado placer.

Ha olvidado la calvicie de la que se burlaba. No solo lo encuentra guapo, sino que guapo o feo, es consciente de que eso no cambia nada a lo que, poco a poco, se vuelve ineluctable entre ellos. Necesita a César tal y como es, a César, que es mayor que un padre, dominador del mundo, desgastado por los placeres lícitos e ilícitos. Un iniciador.

Y él, que lo ha conocido todo, que a todo se ha acercado, y a todo ha amado —y todo lo ha rechazado después de haberlo amado—, solo puede sentirse emocionado, tocado y transportado por esta mujer niña, a la que

pronto hará una mujer. Entre sus numerosas experiencias, falta esta experiencia. Entre sus amores desordenados, falta un único amor.

Así, como todos los amantes dignos de ese nombre, fueron uno del otro mucho antes de que sus cuerpos se mezclaran. Antes de abrazarse, estuvieron unidos durante los interminables meses en que permanecieron cautivos del ejército del Decimotercero, y la inflamación de la carne fue el último de todos los incendios que atizaron el uno en el otro. Esperaban febriles, impacientes, curiosos.

Encerrados en el tiempo del asedio, un tiempo extraño que no transcurre, un día se enteran por sus espías de que el nutricio de Arsínoe, el eunuco Ganimedes, ha asesinado a Aquilas, el estratega del Decimotercero. Ganimedes ha tomado el mando y va a ordenar el asalto.

Los refuerzos de César no han llegado; lo único que puede hacer es rendirse, pero, en vez de eso, le anuncia a Cleopatra su intención de combatir.

Ella grita:

—¡No!

Él la mira extrañado. Sin embargo, la reina es ella. ¿Lo es todavía ahora que no tiene ningún poder? Rodeada por las tropas de su hermano, nadie intenta liberarla. Ni un solo regimiento se alza en su favor. Oh Egipto, te he amado tanto... Y César, que desde hace varios meses la fascina y se deja fascinar por ella, en el momento decisivo, no escucha su voz. Ella sabe que, tras el asalto, su capital será presa de los estragos de la guerra civil. Y que ella, entre César y Tolomeo, será barrida por esta catástrofe.

Para ayudar al Decimotercero, Arsínoe, que intenta promover un levantamiento general contra César, provoca la salida en masa de los alejandrinos ricos. Compran salvoconductos y viajan hasta sus casas de campo, al borde del lago Mareotis. Algunos, incluso se retiran hasta el oasis de Fayún.

Los que no disponen de medios suficientes para huir, rezan para que sus hogares no se vean arrasados por los combates. Hacen bien al encomendarse a los dioses: el asalto es mucho más devastador de lo que temía Cleopatra.

Los romanos, superados en número, derriban las casas para levantar barricadas; luego retroceden entre los escombros que atestan las avenidas a lo largo de los muelles, donde se elevan torbellinos de polvo. Luchan calle por calle, en medio de las acres humaredas que despiden los edificios en llamas, arrastrando a sus heridos con ellos. Pero sus muertos jalonan las calles.

Atrincherado en el palacio de Loquias que ordena fortificar alrededor de Cleopatra, César afirma que la protege. Ella finge creer en sus palabras hasta el día que él se apodera de sus barcos y los pone bajo su mando directo.

Es un rehén de César.

Arsínoe la abruma con sus reproches:

—¡Te negaste a sublevar Alejandría y henos aquí, prisioneras las dos!

No te equivoques, estoy aquí por mi propia voluntad. No iré a Roma para recuperar mi corona y no cometeré los errores de mi padre.

No tendrás ninguna posibilidad de evitarlos, incluso si te conviertes en la puta de César, tal y como toda Alejandría lo propala ya.

Si eso es lo que cuentan, es que tú has difundido el rumor.

¿Acaso no es la verdad?

—Hueles a hiena, Arsínoe.

Sus palabras se ven interrumpidas por unos alaridos y por una luz roja que ilumina la estancia.

En el Gran Puerto, la flota está en llamas.

César quema sus naves y las tuyas —exclama jubilosa Arsínoe.

Frente al palacio, los soldados del Decimotercero se han apoderado de la isla, del Faro y de la calzada. Los romanos, aplastados por el número de sus enemigos, incendian la flota para salvar el palacio, alzando un baluarte de llamas ante él.



Transformados en antorchas, los mástiles de varios navíos se rompen abatiéndose sobre los silos y los graneros. Los tejados aplastados se desploman. Las llamas se propagan por las viviendas. Las calles se convierten en hornos. Muy pronto, el Museo y la Biblioteca solo serán un montón de cenizas.

Cleopatra se apresura a organizar la lucha contra el fuego, seguida por las imprecaciones de su hermana:

—¡Todo está ardiendo y me alegro! ¡Mi hermana pronto será la reina de los escombros!

En la Biblioteca, setecientos mil volúmenes se van en humo. Cleopatra rescata los rollos de las tragedias de Esquilo; el tejado incendiado se desploma tras ella.

Tras regresar a palacio, después de luchar en vano durante horas, la reina se deja conducir hasta sus aposentos. La noche cae, el brasero aún crepita. Desde las ventanas se puede ver, igual que a la luz del día, la dársena donde siguen ardiendo ciento veintidós navíos.

Con el rostro tiznado y la boca temblando de horror, Cleopatra reconoce a César por su manto púrpura. El romano corre a través de las llamas sobre el puente del buque insignia. Segura de que ha ido en busca de su relato de *La guerra de las Galias*, Cleopatra se apoya contra el marco de la ventana y lo ve perseguido por las lenguas de fuego hasta que salta sobre una chalupa. Varios soldados lo imitan.

Demasiado pequeña para poder con todos, la barca va a zozobrar. Entonces César se tira al agua y, sosteniendo con una mano los documentos sobre su cabeza, nada con la otra bajo una bandada de flechas.

En varias ocasiones, Cleopatra piensa que lo han alcanzado.

Cuando el manto se hunde en el agua en medio de restos calcinados, se da la vuelta y se desploma sobre un taburete de oro. Unas lágrimas se deslizan por sus mejillas tiznadas.

No sabe cuánto tiempo transcurre hasta que un mensajero le anuncia la llegada de los refuerzos tan esperados.

Demasiado tarde —dice ella—. Ayer nos habrían servido. Pero esta noche ha visto la destrucción de Alejandría, y la muerte de César.

¿Esperabas su fin? —pregunta una voz a su espalda que la hace sobresaltarse.

Está allí, empapado, con apenas unos rasguños bajo su manto desgarrado.

Ella quiere levantarse, pero no puede moverse. Sofocada por las lágrimas, le gustaría morir en ese instante en que descubre todo lo que él significa para ella.

Con los dedos helados, César toca su rostro, ve sus lágrimas, la levanta y la lleva en su brazos.

En el trayecto hasta sus aposentos, él le promete que, al día siguiente, será el vencedor, que la Biblioteca será reconstruida y los setecientos mil volúmenes reunidos de nuevo. Si es preciso, robará los de Pérgamo para ella. Cleopatra no sabe si está mintiendo, pero enlaza sus brazos alrededor de su cuello.

Alejandría cree que ya son amantes.

Si César muere mañana, Cleopatra habrá conocido una noche con él.

Al día siguiente, algo en ella se ha quebrado.

La aspereza estalla en ternura, el odio se vuelve un vértigo. Es el espanto del amor, la niña que se convierte en mujer, intrigada y encantada de lo que le sucede.

Pero cuando lo que ella quisiera es permanecer cerca del calor de César, él se levanta, se pone su coraza y, de pie al lado de la cama, contemplándola con adoración, declara que vencerá, que lo hará por ella. Aún no sabe que la batalla de Alejandría será interminable, que conocerán el frío, el hambre, la sed.

XI

Los combates se prolongan durante meses en condiciones cada vez más atroces. Los refuerzos tantas veces anunciados siguen sin llegar. Solo el genio de César le permite resistir al ejército de Tolomeo.

—¿Desde cuándo dura el asedio, algunas horas, algunos años...?

Delgados igual que dos gatos esqueléticos, Cleopatra y César, arrastrados por una pasión que los hace indiferentes a las privaciones, pues comparten la miseria de los alejandrinos, descubren que la guerra los ha igualado en el amor: él, que ha poseído a tantos hombres y mujeres; ella, que solo lo ha amado a él.

Cuando el odio por César se despierta en Cleopatra, se acusa de prostituir a la reina de Egipto a un rufián que ni siquiera es un rey y que aún no le ha devuelto su corona. Al cabo de un instante, la pasión barre sus remordimientos, lo adora.

En sus brazos ya no es ni hombre ni rey, es un dios. Él graba esa certeza en sus cuerpos. Cleopatra es Isis, y César, Amón. Se asfixia dentro de su forma humana. ¡Deshazte de ella! ¡Muéstrale a todos que eres un dios!

¡Descúbrelo ahora, antes de que seamos vencidos o vencedores! ¡Aquí, ahora mismo, en este palacio que tal vez también sea pasto de las llamas, aquí, en mi cama, conviértete en un dios!

Ya hace tiempo que César ha racionado los víveres.

Pronto no habrá nada que repartir. Se han comido ratas y palomas en pepitoria. De no ser por los peces que pescan en el puerto, donde reina un persistente olor a quemado, los alejandrinos morirían de hambre.

Cuando juzga que la situación es desesperada, una noche, burlando la guardia, Arsínoe huye y va al encuentro del ejército de su hermano. En el

campamento, a la luz de las antorchas, le describe el miserable estado de las defensas y le anuncia a los soldados una fácil victoria sobre una ciudad exangüe. Proclamada reina por las tropas, estrechando las manos de Tolomeo XIII con quien al fin va a reinar, sugiere destruir los conductos que llevan agua potable a la ciudad.

XII

Los legionarios restablecen las canalizaciones. Ya no mueren de sed ni se ven obligados a tragarse el mar.

Pero están en las últimas.

Justo en ese momento llegan los refuerzos y César se pone a la cabeza de un ejército capaz de liberar a la ciudad.

Pero ya no es eso lo que quiere Cleopatra. Ya no desea que el asedio termine. Quiere a César. César con ella, cerca de ella, en ella. César para siempre, siempre César. Cegada por los meses de inacción y de resistencia, se niega a aceptar el nuevo giro que toma la guerra.

¡No te alejes!

Sin dejar de llorar, anuda las correas de la coraza que él lleva puesta.

—No morirás mientras yo esté viva, eres el dios que mantiene el equilibrio primordial de la vida que crece en mí, eres tú quien debe unir a las dos partes disgregadas del mundo.

Él la escucha. Antes de conocerla, alguna vez creyó estar enamorado. Desde que la tiene entre sus brazos, sabe que ama por primera vez.

—Voy a devolverte tu corona.

Abandona Alejandría a la cabeza de sus legiones y arrolla al ejército del Decimotercero, que huye en desbanda hacia el Delta. Allí, en los marjales que se extienden entre los brazos del Nilo, los vencidos desaparecen por centenares.

Al caer la noche, se abate el inmenso silencio de los campos de batalla después de la contienda.

Numerosos cuerpos flotan en medio de los cañaverales, déstripados en las aguas estancadas. Otros se deslizan entre las corrientes que se tornasolan de púrpura, o se hunden hasta el fondo. Gavillas de hombres cubren las riberas movedizas y los taludes.

Medio hundido en el fango, Tolomeo es delatado por su coraza. Unos soldados lo jalan hasta tierra firme y, temerosos, se alejan del cuerpo.

César se acerca al cadáver que nadie se atreve a tocar, que parece un escarabajo en un caparazón de oro. El Imperator desata la coraza y envía el trofeo a Alejandría, donde su victoria sume en el espanto a los habitantes.

Aterrorizados una vez más ante la perspectiva de las represalias, despachan a toda prisa una delegación al palacio de Loquias suplicando a Cleopatra que los salve. En el momento del peligro no hicieron nada para arrancarla de la trampa en la que había caído. La abandonaron en ese mano a mano con su vencedor en el que ella interpretaba el papel de la reina sometida a voluntad —y todos saben cómo tratan los romanos a los vencidos. Que en el palacio sitiado César se haya enamorado de su conquista, y que Cleopatra se haya apasionado por aquel soldado, les venía muy bien. Los menos cínicos calculaban que, con su rey en guerra contra César mientras su reina dormía entre sus brazos, siempre conseguirían sacar algo en limpio.

Cleopatra es alejandrina, como ellos. Conoce las retorcidas complejidades de sus almas.

Por eso, no necesitan hablar. Cuando César hace su entrada a lomos de su caballo blanco, con su manto rojo y sus botas púrpuras, la reina se adelanta sola y va a su encuentro para, ante toda la ciudad postrada, defender la causa de su capital y solicitar gracia para sus súbditos.

César detiene su caballo ante ella.

En el insostenible deslumbramiento del contraluz, César resplandece.

Una ráfaga de felicidad embarga a Cleopatra. El conquistador al que adora aún no sabe que su cuerpo está modelado en oro, que es la carne de los dioses. Es ella, la nueva Isis, quien le forjará a este romano el destino de una deidad. La tarea le parece tan sublime y digna de ellos dos que olvida implorar la piedad del vencedor.

César, que no puede, en ese mismo instante, ante la enorme multitud que ha venido para suplicarle, arrojar su coraza al suelo y arrancar los velos de duelo que hacen aún más conmovedora la belleza de la reina, desciende del caballo, toma la mano de Cleopatra y con el corazón y los ojos ardiendo, le concede la gracia que no ha pedido y le devuelve su trono.

Es el 27 de marzo del año 47 antes de nuestra era.

Cleopatra tiene veintidós años.

Aunque está esperando un hijo de César, se ve obligada, por segunda vez, a desposarse con su hermano y, así, respetar la tradición; se casa con el

Decimocuarto Tolomeo, un niño de diez años. Por fortuna, no tiene más hermanos.

El tiempo de enviar a Arsínoe a Roma y de organizar una guarnición de tres legiones para garantizar el mantenimiento de la paz; el tiempo de otorgarle el derecho de ciudadanía a los judíos alejandrinos que apoyaron a César contra Pompeyo, profanador del templo de Jerusalén; el tiempo de poner a flote el barco de los faraones, y César se embarca con Cleopatra para una prodigiosa navegación.

Escortados por una flotilla de cuatrocientas embarcaciones, remontan el Nilo, cuyas misteriosas fuentes César espera descubrir. En vano. Aún habrá que esperar cerca de dos milenios.

XIII

La primera vez que la vio, salía de una alfombra; la primera vez que la tomó, él olía al agua del puerto. El día que se reúnen en el pontón real para embarcarse en el *Thalamegos*, el fabuloso palacio flotante, es, de nuevo, una primera vez.

Ella se ha engalanado con un atuendo de lino plisado, y luce la doble corona con el *ureus*, la serpiente de oro, brillando sobre su frente. El carmín enrojece sus labios.

Tocado con una corona de laurel, recién afeitado, depilado, perfumado, César viste una túnica de finísimo lino. El manto púrpura flota sobre sus hombros. El fuego que devoraba los ojos de Alejandro también arde en los suyos.

Ella comparte su juventud con él.

Avanzan uno hacia el otro, ambos rodeados por sus séquitos.

Cleopatra sonríe con esa enigmática sonrisa tras la que oculta sus pensamientos al tiempo que ofrece su amor. Impedirá que alcance las fuentes del Nilo. Se niega a violar el santuario del amo de la crecida que fecunda el país. Pero convencerá al Imperator de que solo los dioses pueden reinar sobre los hombres.

Si no se ha casado con él no es, como lo creerán las almas simples, porque ya está casado con una de esas fastidiosas matronas que pululan en Roma, matrimonio que no tiene ninguna validez en Egipto, sino porque una diosa comete un sacrilegio uniéndose con un simple mortal.

Con este viaje hasta el corazón del país, Cleopatra quiere señalar que atrae hacia el universo de los dioses al Imperator, al padre del hijo que espera. Al regreso de aquel viaje de iniciación destinado a convertir a la pareja en el

símbolo de la unión entre Oriente y Occidente, César será un dios viviente y reinará con ella sobre el mundo.

Se encuentran en medio del pontón y recorren juntos la pasarela.

Guirnaldas de flores rodean los mástiles.

Los remeros son negros de poderosos músculos y llevan los brazos ceñidos con anchos brazaletes de plata.

Detrás de unos tapices henchidos por el viento, unos músicos interpretan dulces melodías.

En los mapas, el Delta recuerda al almacén de un abanico completamente desplegado en el que el Nilo sería el mango. Recorrido por innumerables canales, punteado por bosquecillos de palmeras, sembrado de vergeles, de viñedos y de huertos, es un espejo líquido donde se miran pollinos inmemoriales y camellos.

Cuando el sol se inclina hacia el horizonte y desaparece tras un bosque de sicomoros, Cleopatra toma su arpa y canta la llamada de la diosa a Osiris:

He abierto el relicario de oro.

Lo he buscado para gritar hacia él.

Me respondió y, por su voz, vi.

He abierto el relicario de oro.

¡Ah, permanece abierto y no cerrado con llave!

¡Ah, responde! ¡No permanezcas en silencio!

—¡Por Amón, a ti me acerco! —replica César.

No sabe que emplea las mismas palabras con las que, en el poema, Osiris responde a la diosa.

XIV

Al llegar la noche, cabalgan por la arena de la meseta de Giza dejando tras ellos un rastro de nubes de polvo, y hacen encabritarse a sus monturas al pie de las paredes vertiginosas que relucen como espejos de plata minuciosamente bruñidos. El secreto de los constructores de las pirámides se perdió mucho tiempo atrás; su misterio los sobrecoge. Creen ver unos espíritus que salen volando, unas sombras que surgen, los fantasmas de las reinas y de los faraones difuntos. A un costado, la enorme esfinge los acecha con su hocico reluciente bajo la luna, que aún no ha llegado a lo más alto del horizonte.

Cleopatra murmura:

—Al volver, ordenaré levantar mi morada de los Milenios. La eternidad está aquí —concluye, señalando con la mano la más alta de las pirámides—, en la tumba de los reyes.

Cuando se aleja al galope, la arena que se eleva a su paso recuerda a un remolino de estrellas.

En Sakkara, visitan el recinto del toro sagrado de Menfis y la necrópolis de Apis.

César, que en Cocodrilópolis sonrió ante el espectáculo organizado por los sacerdotes para los viajeros romanos, ansiosos de presenciar una comida de los saurios; César, que no demostró gran interés ante las tumbas de los ibis, de los babuinos y de los gatos, se detiene ante las momias de los toros. Atónito por la realidad de un mundo ajeno al suyo, una realidad tan diferente que llega a ser cruel, intolerable, vuelve precipitadamente al barco, donde los días y las noches se desgranán al ritmo de los remeros.

Los habitantes de las riberas se apiñan a orillas del río para ver pasar a la reina mientras agitan palmas y otras ramas. Al acercarse a las ciudades, las

danzarinas sagradas escoltan el lento avance de la flota real bailando a lo largo de las riberas al compás de los instrumentos tradicionales, sistros, liras, arpas y crótalos, mientras los cantantes interpretan viejas canciones.

Cada vez que el *Thalamegos* atraca, Cleopatra es rodeada por sacerdotes que portan incensarios humeantes, conducida hacia los lagos sagrados como una diosa viviente y escoltada hasta el santuario donde César no puede acompañarla. Cuando sale de allí, más misteriosa que nunca, iluminada por un fervor que le hace sentirse celoso, ella resplandece como el astro del día.

En una noche sin luna, la flotilla real atraviesa Akenatón, la ciudad construida por Nefertiti y Akenatón y que, poco después, fue arrasada por Haremheb.

Sin haberlo convenido previamente, Cleopatra y César se encuentran en el puente y se acercan uno al otro sin hablar. El ruido de los remos al hundirse en el agua los rodea. Ningún pájaro nocturno se deja oír y el barco se desliza en silencio por entre las ruinas de la capital destruida.

—Un sol expulsó a otro —murmura Cleopatra en respuesta a una pregunta que César no ha formulado con palabras—. Atón resplandeció durante su reinado. Pero Amón salió vencedor y los antiguos dioses recuperaron sus prerrogativas. Fue aquí, en este lugar arrasado, donde Egipto conoció la experiencia de un dios único.

Cuando al cabo de un buen rato vuelven sus miradas, las ruinas ya no se pueden ver. Pero la montaña desgarrada donde Nefertiti veía salir el sol aparece tenuemente iluminada.

XV

Ya hace varios días que la flotilla remonta el río que, a ciertas horas, parece estancarse en medio de una cinta verdosa desenrollada en pleno desierto.

Al amanecer, el Nilo recuerda a un hilo de ámbar fundido. Rojo limón, ladrillo, sangre reseca durante el día, reverdece cuando las riberas se estrechan. Durante la noche, cuando el sol está a punto de ocultarse tras las palmeras o de abatirse más allá de los acantilados rocosos, el río adquiere el tono púrpura del manto de César, luego, justo en el instante en que el disco se hunde en el horizonte, se cubre con un suave color de capullo de rosa que, lentamente, se vuelve cremoso antes de oscurecerse.

Las escalas se suceden, las fiestas, los ritos.

En Tebas, en Menfis, «la ciudad de las cien puertas», son conducidos en suntuosas ceremonias a lo largo de los dromos, esas avenidas donde centenares de esfinges con cabeza de carnero montan guardia. Sacerdotes con el cráneo afeitado, vestidos con faldellines y pieles de animales, los escoltan por el dédalo de Karnak a través de las salas de columnas, se detienen ante las paredes cubiertas de jeroglíficos, o ante gigantescas estatuas, y reanudan la marcha hacia el lago sagrado donde Cleopatra navega sola sobre la barca de los dioses.

Tan pronto como el ritual que oficia con fervor se lo permite, Cleopatra, gran sacerdotisa del culto, le explica a César la significación de los monumentos que tanto admira y el sentido de las ceremonias a las que asiste. Gracias a ella, se introduce más y más en aquel universo de magia, de augurios, de ritos extraños y de insondables misterios.

Tras aquellas largas visitas, que se les hacen cortas, siguen remontando el río hacia Dendera y Filae.

Acodados sobre el empalletado, ven desfilan la ribera. Los campesinos aran los campos. Las mujeres se juntan alrededor de los pozos con sus ánforas y sus cántaros. Ven pasar asnos, corderos, camellos, bueyes de largos cuernos, vacas sagradas con pezuñas doradas escoltadas por jóvenes sacerdotisas. Los críos chapotean en el lodo de los canales. Los pescadores atrapan percas de carne rosada. Diminutas embarcaciones se separan de la orilla y siguen a la flota real en medio de grandes exclamaciones.

El sol nace y el sol se pone.

El río se vuelve más recóndito. La cinta de verdor que ciñe las riberas se estrecha. La distancia entre los acantilados de roca y de arena se acorta.

César, que en Tebas creyó penetrar en el corazón del misterio divino, se da cuenta que aún le falta todo por descubrir sobre esta tierra única de la que Cleopatra posee las claves. Ahora mira a la reina de un modo diferente. Para él no es solo una maravillosa amante a la que ha iniciado en el amor, la reina incomparable que lleva en su seno a su hijo, sino también, como gran sacerdotisa de un culto inmemorial, es el umbral que hay que cruzar para llegar hasta los dioses.

Comparado con este descubrimiento, el resto del mundo le parece miserable y las noticias de Roma, donde aquel viaje ha suscitado virulentos comentarios, apenas si le interesan.

En el Nilo, los días y las noches se confunden.

Los amantes legendarios comparten una copa de vino bajo un palio de oro.

XVI

Cada día que pasa, se internan más y más en las tierras del Alto Egipto.

El cielo es de un azul intenso. El Nilo se extiende como un charco de oro puro.

En Dendera, una vez terminadas las ceremonias oficiales en presencia del alto clero y del pueblo entusiasta, Cleopatra vuelve con César a las terrazas del templo en mitad de la noche. Le señala la pared donde está representada con su padre en el momento de la fundación del templo, luego se detiene ante otra, virgen de cualquier inscripción:

—Aquí será descrito el nacimiento divino de nuestro hijo —dice con su voz aterciopelada—. Serás la encarnación del dios, y tu hijo, el legítimo heredero de Egipto...

César toca el vientre aún plano. Cleopatra retiene su mano y murmura con dulzura:

—Sé que es un varón.

En la mirada del Imperator, la esperanza, que ya es desmesurada, crece aún más.

Pero, desde un tiempo atrás, el ejército murmura; al llegar a Asuán, cuando César pretende franquear la primera catarata y proseguir la navegación, los soldados protestan.

Galos y germanos, muy numerosos en el destacamento, penan con el tórrido calor, los mosquitos y la disentería. También se quejan porque mientras en Alejandría las chicas los perseguían por sus ojos azules y su pelo rubio, allí las mujeres se escabullen y los niños los llaman demonios y les muestran sus traseros.

Los soldados que se aventuraron en las aldeas nunca volvieron. En el desierto tan cercano, donde los bandidos campan a sus anchas y donde se refugian los saqueadores de tumbas, proliferan los escorpiones y las

serpientes, cuyas picaduras son mortales. A veces, durante la noche, los centinelas avistan extrañas formas bajo la luna.

César oye a sus hombres y los tranquiliza.

Les explica que la reina Cleopatra, encarnación de las divinidades tutelares de Egipto, viaja con ellos, y que, bajo su protección, no hay nada que temer. Si aceptan seguir, entrarán en el país de la legendaria reina de Saba; de allí traerán cargamentos de oro, de piedras preciosas, de «dientes» de elefante. Ni siquiera los más veteranos pueden imaginar los tesoros que van a descubrir.

No hay promesa capaz de convencer a los legionarios. Para franquear las cataratas tendrían que transportar cuatrocientos barcos a sus espaldas.

Y ya que hay una diosa con ellos, le dirigen una plegaria que puede atender: quieren volver.

XVII

Cuando Cleopatra da a luz a su hijo, César ya ha vuelto a Roma.

Tal y como habían convenido, le pone por nombre Tolomeo César, y ordena acuñar una serie de monedas para anunciarle al mundo que Egipto ya tiene un heredero. De este modo legitima a Julio César, un extranjero en Egipto y en la dinastía divinizada que reina sobre las Dos Tierras, representándolo bajo los rasgos de Amón Ra, el dios que engendra al príncipe. Los sacerdotes de Dendera inscriben en las paredes del templo la escena que relaciona a César con el faraón reinante.

Proclamado una primera vez durante el viaje por el Nilo, reafirmado sobre los muros de los templos del Alto y Bajo Egipto, esta legitimidad ahora debe ser confirmada en Roma. Es el objetivo del viaje que emprende Cleopatra al verano siguiente, cuando su hijo está lo bastante fuerte como para soportar la travesía.

La reina espera conquistar, pacíficamente, a un pueblo cuyo poder militar es invencible, hacerle compartir su visión del mundo, obtener una corona para César y la confirmación de la herencia de su hijo.

En Roma, César espera con impaciencia a la reina de Oriente para celebrar cuatro triunfos, sobre los galos, el Ponto, África... y Egipto. Al llegar la reina, la instala del otro lado del Tíber, rodeada de suntuosos jardines. Y le enumera los inauditos honores con que la República lo ha colmado. Cónsul, Dictador vitalicio, Prefecto de las costumbres, Imperator, Padre de la Patria. Su estatua se halla entre las de los reyes, tiene un trono de oro en la curia, altares, templos y un mes del año lleva su nombre desde que modificó el calendario.

Cleopatra sonríe. César goza de innumerables privilegios sin ser ni rey ni dios, y mientras no sea ni lo uno ni lo otro, su futuro no está asegurado.

Pero Roma se deja deslumbrar.

Las mujeres, sobre todo las jóvenes, están fascinadas. Que la reina de Egipto sea amante, amada, sueño y conquista de César, que sea su presa, que él sea la suya, es algo que comprenden. Cleopatra, que se presenta como la nueva Isis, le demuestra a las romanas que pueden abandonar el gineceo y ocupar un lugar digno de ellas en la ciudad, como hace ella junto a César.

Pero, sobre todo, las mujeres son las primeras que descubren que Cleopatra es una divinidad viviente que le tiende su mano a César para que, a su lado, se convierta en un dios. Lo aprueban y ya sueñan con un mundo nuevo sobre el que reinarían Cleopatra y su Imperator. Se olvidan de la República.

La exaltación que embarga a las romanas también se apodera de los jóvenes que, incitados por Marco Antonio, adoran a la pareja que forman César y Cleopatra. Esta juventud está convencida de que falta muy poco para que puedan respirar de otra manera.

Cleopatra subyuga a los patricios. Aún no se atreven a decir que su virtuoso gobierno los aburre y que un rey no les disgustaría, pero una mañana —¿quién puede decir que no era hermosa?—, la estatua de César aparece coronada con la diadema real. Toda la ciudad murmura y se hace preguntas.

¿Acaso Cleopatra no es reina? ¿No afirma ser una diosa?

Entonces, ¡que César sea también un rey y un dios!

¿No ha dado bastantes pruebas desde su regreso de Alejandría?

Trabajando sin descanso para emprender innumerables reformas, transforma la ciudad. Después de haber caminado sobre el mármol de Alejandría, ya no soporta las pútridas cloacas. Ordena arrasar los barrios deteriorados, los reconstruye, instala fuentes, crea jardines, plazas, planta árboles, aleja los límites de las murallas, erige un Foro en la Vía Sacra, reconstruye la carretera de Ostia, traza el plan para el nuevo puerto.

Hasta en los tugurios del Trastevere un aire nuevo remoja el aire viciado. Se diría que las olas que baten las costas de Alejandría han llevado hasta las siete colinas su olor a yodo, embriaguez y libertad. El cielo está tan azul y sereno que da la impresión de que se puede tocar con solo extender la mano. Cuando Cleopatra pasa en su litera abierta, sosteniendo a su hijo en sus brazos, es como si una diosa hubiese descendido entre los hombres.

Roma se transforma y resplandece arrastrada por la ola del amor que el Imperator siente por la joven reina.

Los cuatro triunfos que César celebra en presencia de Cleopatra, como si se los dedicara, llevan el entusiasmo hasta el paroxismo. Una exaltación desconocida se apodera de las almas. Las relaciones entre Roma y Egipto se hacen patentes para la muchedumbre romana. Arsínoe, cargada de cadenas, es la imagen viviente de un Egipto rebelde, envidioso, celoso, odioso, de un país vencido por el otro Egipto, el que encarnan Cleopatra y su hijo.

Durante la celebración de los triunfos, César aparece como el esposo de una soberana, y, por consiguiente, digno de ser rey.

¿Cómo poner en duda que su destino es una corona? ¡Si hasta es capaz de derrotar a la mala fortuna! El día del triunfo sobre los galos, un eje de su carro se rompió. Ayudándose con el timón, saltó sobre un caballo entre grandes ovaciones.

Cuando celebró la victoria sobre el Ponto, hizo desfilar enormes pancartas con solo tres palabras: *Veni, vidi, vici*, vine, vi, vencí, que provocaron el delirio. Al caer la noche, fue a orar ante Júpiter en el Capitolio escoltado por cuarenta elefantes que portaban candelabros sobre sus lomos. Roma nunca había aplaudido un espectáculo semejante.

Toda la ciudad comenta que la exorbitante suma que ha supuesto la venta de su botín se eleva a más de seiscientos millones de sestercios. ¿Quién podría negarle una corona que ya ha pagado cien veces?

Roma es suya, Roma es de ellos.

Cleopatra es amada, y César será rey.

Ordena erigir una estatua de oro que representa a Cleopatra en el templo de Venus Genitrix, de quien afirma descender.

XVIII

Mientras la inefable alianza de Oriente y Occidente, de la razón y el amor, de la pasión y la fuerza, está consumándose, el odio toma su revancha sobre el amor y sobre los dioses.

César tiene enemigos y Cleopatra ha irritado a Cicerón, el pico de oro, forjador de frases asesinas. El orador afirma que ha sido desconsiderada y descubre, demasiado tarde, que todos se burlan de él. Celoso de una mujer que se expresa mejor que él, Cicerón convoca a los descontentos y a los amargados.

Calpurnia, la infeliz esposa del Imperator tan locamente prendado de su reina, despertaría algo de piedad si los romanos no hicieran tan poco caso de las mujeres, incluso de las que son públicamente engañadas. De modo que no es ella la que interviene, sino un joven de aspecto insignificante, Octavio, el sobrino que César ha adoptado antes de saber que era capaz de engendrar un hijo.

Octavio, un alfeñique taimado, enfermizo, cobarde, alarmado por la existencia de Tolomeo César, ese hijo de César que un día podría ponerlo en serios apuros, ataca. Viciosamente insinúa que Cleopatra se mostró más que afectuosa con el hijo del gran Cneo Pompeyo cuando fue a Alejandría para hablar en defensa de su padre, y que el hijo no es de César. Nadie presta fe a semejante ignominia, pero los romanos son tan aficionados a los chismes de alcoba que, en lugar de silenciarlos, los propalan para desmentirlos, y así los difunden.

Todos los sacrificados en el altar del amor recobran la esperanza y se lanzan al asalto.

Con los labios resecos, las matronas fustigan el lujo que rodea a la reina, susurran que utiliza una vajilla de oro cubierta de piedras preciosas, lo que no deja de ser cierto. No pueden imaginar cómo es Alejandría, las proporciones

de su arquitectura, la maravilla del Faro, tan parecido a una concha de nácar erigido delante de la ciudad, la riqueza de los materiales que decoran los palacios de Cleopatra, donde el oro y las piedras preciosas están profusamente repartidos, el esplendor de un universo en el que cada objeto es una obra de arte. Instintivamente odian una belleza que no son capaces de concebir, y quisieran destruirla.

De este modo, poco a poco la envidia gana terreno, igual que los piojos en la cabeza de los inquilinos de las casas de vecindad. Ha tardado en aparecer, pero crece deprisa contra «la egipcia» que ha hechizado a César. Porque, desde luego, ¡está embrujado! Cleopatra ha cambiado a su Imperator. Quiere reinar con ella, y, en cuanto todos los reconozcan, correrán a instalarse en Alejandría llevándose los tesoros de Roma.

Frente a este odio, tan poderoso como el amor que lo ha precedido, Marco Antonio se declara el paladín de Cleopatra y empuja a César hacia la cima; César, que se hace aclamar sobre su caballo blanco, vestido con la clámide púrpura y altos coturnos rojos, los signos distintivos de los reyes.

Marco Antonio, consciente de que hay que actuar sin pérdida de tiempo, públicamente le pone la corona sobre la cabeza, y no una sino tres veces. Es un gesto de una audacia que raya en la locura, y para comprender lo que sucede entonces, hay que admitir lo increíble: César, cuyo valor nunca se ha puesto en duda, que no teme a ningún enemigo, César está aterrorizado por el poder real, aunque lo ansía más que nada en el mundo.

Sin embargo, el pueblo duda.

Una parte de los asistentes está de acuerdo; la otra, incitada por los enemigos de César, protesta. Pero el pueblo hará lo que le digan, no está muy seguro de preferir la República a César.

Quiere dárselo todo a César —y darse a César.

Y el Imperator, que ya tiende sus manos hacia la corona, y sabe que debe tomarla, y quiere tomarla, paralizado de espanto cree que cometerá un crimen tomándola; y piensa en Rómulo, el primer rey de Roma, asesinado sin ninguna duda —aunque dice la leyenda que desapareció arrebatado por una tormenta.

Entonces rechaza la diadema y ordena llevarla al templo de Júpiter.

Acaba de armar el brazo de Bruto, y el de Octavio, ha firmado su sentencia de muerte, la de Cleopatra y la de su hijo.

XIX

Un mes más tarde, aquel fatal día de los idus de marzo, el 15 de marzo del año 44 a. de C., César, herido por veintitrés puñaladas, se desploma en el Senado, al pie de la estatua de Pompeyo.

Cleopatra no tiene tiempo para reflexionar en lo que ha pasado, y, menos aún, para ponderar lo que debe hacer. Ahora solo le queda un objetivo, llevar al hijo de César al trono de Egipto.

Escucha los alaridos en los jardines y corre hacia los aposentos del niño. Alto y fuerte para su edad, se afianza sobre sus piernecitas. Al ver a su madre, tiende sus brazos hacia ella, pero interrumpe su gesto ante aquel rostro que no conoce, descompuesto, lívido, sin una lágrima ni un parpadeo.

Cleopatra recuerda a una de esas esfinges de oro pálido que representan a las divinidades. La estatua se inclina y lo toma entre unos brazos tan blancos que parecen de hielo. Sin embargo es la melodiosa voz de su madre, aunque muy alterada, la que lo tranquiliza, la que le asegura que no hay nada que temer y que solo debe hacer una cosa: abrazarse a su cuello.

Con un murmullo y el timbre cambiado, vibrante, desesperado, que se rompe y se recupera, le dice que vuelven a su luminoso país.

El niño forcejea.

La madre le explica, mientras se alejan del palacio, que no tiene tiempo de decirle adiós a los amiguitos romanos que ha conocido en esos dos años, ni de recoger sus juguetes; que incluso debe abandonar al caballo blanco enjaezado de oro que César le regaló.

Ella corre.

Él se aferra a ella y llama a su padre.

Ella se lo lleva.

El niño, agarrado a su cuello, sacudido entre sus brazos, sigue llamando a César y se niega a marcharse sin él. Ella le responde que es preciso.

Sus pies se hunden en el sendero de arena dorada.

Ella corre hacia el Tíber, donde se balancean las pequeñas barcas de recreo que la gente utiliza para navegar. Llega hasta el embarcadero mientras los jinetes de su guardia galopan hacia Ostia para aparejar los barcos.

Aquí se termina el sueño.

La vida empieza, una vida muerta, sin César.

XX

No ha tenido tiempo de sufrir.

La noche cae, patética, turbadora. El viento ciñe las velas. Las jarcias silban, las planchas del barco crujen largamente.

El niño ha logrado conciliar el sueño cuando su madre le ha asegurado que si su padre no estaba con ellos, era porque no podía. César hubiese querido estar siempre con ellos, no abandonarlos nunca. Pero sus enemigos ya no le permitirán volver a reunirse con su esposa egipcia y con su hijo. El odio ha dicho la última palabra. Por eso parten solos. Sin él. Están haciendo lo que él hubiese querido.

La reina pronunció las palabras con los ojos muy abiertos —y parecía que estuviesen cerrados. Las dijo con sus labios carnosos maravillosamente dibujados—, y parecían tan planos y lívidos como los de Augusto.

El niño adivinó que su madre sabía secretos que él no podía desentrañar. Hizo un último intento, exclamando que era el hijo de César y que debía saber. Ignoraba completamente de dónde le habían surgido aquellas palabras, no eran suyas, él no era capaz de pronunciar frases tan complicadas.

Su madre le respondió que, llegado el momento, el hijo de César sabría la verdad. La fatiga lo venció.

Ahora, sola en el puente, en aquella noche de duelo, Cleopatra cree sentir el aliento de César a su espalda, su respiración en sus cabellos, sus manos sobre su cuerpo.

No sufre.

El golpe es aún demasiado reciente.

El dolor no ha tenido tiempo de abrirse paso hasta el corazón. Aún está lejos y modela un vacío, un hueco que tal vez se llenará o tal vez permanecerá abierto, igual que un cuerpo preparado por los sacerdotes para la

momificación, expedito, sin vísceras, lavado, sumergido en natrón, ácidos, sales, sustancias aromáticas, un cuerpo excavado, resecado, petrificado en setenta días.

Su mirada está fija en el negro horizonte, y el viento se cuele en su vestido. Su cuerpo está helado, como el de César traspasado por las puñaladas, exangüe, abandonado en el Senado, un cadáver que sume a Roma en el estupor y el espanto.

El mar se agita y el oleaje brama bajo el casco, las velas silban al viento que aumenta de fuerza. Roma se borra. Egipto está delante.

Un Egipto sin César.

El dolor permanece al acecho, como un animal que se prepara para saltar. Tal vez ya está domado, o ha pasado de largo.

Satisfecha de preservar su dignidad sin demasiado esfuerzo, Cleopatra aprovecha el momento de tregua que le brinda la desgracia para reflexionar sobre la mejor manera de guiar al niño hasta el trono. Ya lo está viendo, el día que cumpla dieciséis años, durante su coronación en Menfis, cuando compartirá el poder con él. Hasta entonces, tendrá que desbrozar el camino y sortear las trampas que encontrarán, tal y como lo hubiese hecho su padre.

Sus enemigos más peligrosos no son los asesinos de César. La sangre del Imperator caerá sobre ellos y los ahogará. Terminarán sus días espantados, acosados por el fantasma del gigante sobre el que levantaron sus manos, y sucumbirán uno tras otro.

El peligro viene de Octavio, el jovenzuelo lleno de granos, de mirada fija, un ambicioso encarnizado que se esconde, da rodeos, disimula; un pérfido que, de momento, engaña a los senadores, intenta congraciarse con ellos, los encanta con sus modales y su aire delicado. No será él quien los presione, como hace Antonio con su rudo lenguaje, con su verbo alto y claro.

Octavio, cuya ridícula estampa viene flotando al encuentro de Cleopatra, es para su hijo un enemigo tanto más irreductible que tuvo buen cuidado de no mezclarse en el asesinato de aquel a quien llama padre.

Un cometa hiere el cielo con su estela blanca e ilumina las tinieblas; tan viva y brillante es su luz que difumina el resplandor de las estrellas.

Es tal la violencia que la arrebató hacia el cielo, que Cleopatra no duda entonces que allí reside César, y le transmite su fuerza y su lucidez. Aquel a quien ama se ha convertido en un dios, su alma palpita en el corneta.

Cleopatra pasa la noche en el puente, bañada por esa claridad.

Al día siguiente le anuncia al comandante que cambian de rumbo para dirigirse hacia Chipre. La isla, arruinada por Catón y aún ocupada por las legiones, le dedica a la hija de Auletes un recibimiento triunfal.

Sin derramar ni una gota de sangre, Cleopatra expulsa a la guarnición romana y toma posesión de la isla en su nombre y en el del pequeño César.

El Decimocuarto, el segundo hermano, y esposo, que desde hace dos años la escolta, asiste sin protestar a las ceremonias de traspaso de poderes. El tratado no lo menciona. Es a Cleopatra, y solo a ella, a quien los romanos le ceden Chipre de nuevo. El rey títere busca qué podría reprocharle a la que, incluso, consiguió el perdón para Arsínoe, enviada a un templo de Éfeso después del triunfo, mientras estrangulaban a Vercingetórix.

Lá reina lo trata bien, mas para ella no existe. Cleopatra ha aprendido de sobra a desconfiar de los miembros de su familia, y él, el último hijo de Auletes, salvo los dos años en Roma, siempre vivió bajo la sombra de Arsínoe y del Decimotercero.

¡Si Cleopatra supiera cómo disfrutó durante la guerra de Alejandría! Sin su intervención, los barcos que estaban en carena no hubiesen ardido; el viento rolaba y él arrojó pez inflamada.

Arsínoe tampoco se preocupó de él; para ella solo existía el Decimotercero. Por eso, en Roma, el Decimocuarto no se molestó en pedir el perdón para su hermana.

Cuando la flota real se aleja de Chipre, el cometa de César empieza a difuminarse en el cielo nocturno.

TERCERA PARTE:

Una perla de diez millones

*Bajo el cielo triunfal, al sol que resplandece,
el trirreme de plata blanquea el negro río
y su estela desprende un perfume de incienso
con sonidos de flauta y temblores de seda.
El gavián domina la proa reluciente
fuera de su dosel, inclinada, Cleopatra,
observando de pie la gloria del ocaso,
parece un ave negra que acecha a su presa.
Ahí, en Tarso, la espera desarmado el
guerrero;
y la oscura lágida abre en el aire brujo
sus ambarinos brazos sonrosados de púrpura.
Y sus ojos no han visto, presagio de su suerte,
junto a ella, deshojando rosas sobre el agua,
a los dos niños divinos, el Deseo y la Muerte.*

José María de Heredia,
Los Trofeos

Arsínoe se adelanta y llega a Alejandría antes que Cleopatra. Siempre sobrada de ideas para apoderarse del poder que codicia con avidez desde su más tierna infancia, Arsínoe se ha escapado de Éfeso. Inspirándose en la desgraciada aventura de Berenice y el falso príncipe seléucida, desembarcó en Alejandría acompañada por un joven altanero al que presenta como Tolomeo XIII resucitado.

Tras afirmar que su hermano no halló la muerte en los marjales, le explica a los sorprendidos alejandrinos que Cleopatra, después de casarse con Tolomeo XIV, se verá obligada a esperar su turno para reinar, puesto que ella y el Decimotercero ocuparán el trono. Nada, ni siquiera la visión de la tumba de su hermano enterrado con todas las honras fúnebres tras la batalla, es capaz de disuadirla de tan insensata usurpación.

La llegada del barco real, que dobla la punta de Faros, se desliza bajo la aguja de mármol del Faro y entra en el puerto colmado por una muchedumbre que grita su alegría al ver de nuevo a la reina, aniquila las esperanzas de Arsínoe. Al oír el clamoroso entusiasmo que estalla en toda la ciudad, comprende que nadie respaldará sus pretensiones; mientras el navío de su hermana atraca, ella huye con el impostor.

Un reducido grupo de jinetes la persigue.

De pie en la proa del barco, la reina observa este movimiento sin saber lo que significa. Se desentiende y, al acercarse el barco al muelle, toma a su hijo por la cintura y lo levanta hacia su pueblo, que acude en tropel aclamándola por haber recuperado Chipre para Egipto.

Mientras ella vuelve a ocupar su palacio, Apolodoro da alcance a los usurpadores en el camino de Pelusio. El falso rey muere intentando

defenderse. Arsínoe, conducida de vuelta a Alejandría, es encarcelada; algunos años más tarde, Antonio ordenará su ejecución.

Liberada de una hermana con una ambición tan desmedida, Cleopatra saca partido del inapelable desorden que impera en Roma y remata en Alejandría lo que empezó en Chipre: despide a las legiones de ocupación dejadas por César. En adelante, reinará sola, como siempre lo había deseado.

Levanta la economía, sana el tesoro y nombra a súbditos competentes, seguros y afectos para velar sobre las regiones. Termina los trabajos de reconstrucción del Museo y de la Biblioteca que César redujo a cenizas. De nuevo atrae a poetas, sabios, investigadores, filósofos, y se ocupa de la educación del pequeño César.

Cuando parece que nada puede entorpecer una prosperidad de la que todo el país se beneficia, se abate sobre Egipto la calamidad más temida por los faraones. Durante dos años seguidos, la crecida del Nilo es demasiado tenue para cubrir los campos con su fértil limo.

En el sur, inclinados sobre los nilómetros de los templos, unos pozos en los que se toman las medidas, los sacerdotes escrutan inútilmente, en la profundidad de los muros, el movimiento que anuncia la subida de las aguas.

El Nilo no se colma. Los diques no tienen nada que contener. Los canales resecos se llenan de inmundicias. Las ratas proliferan entre los desperdicios que la corriente no arrastra. La tierra polvorienta se cuarteja hendida de sequedad. Las aldeas ya no forman islas perdidas en medio de un infinito espejo de agua.

No hay siembras ni cosechas.

Al cabo de tres años, las reservas se han terminado, se pasa hambre, los aljibes están agostados, el desierto gana, el ganado muere y, luego, los hombres. Es como volver al tiempo de las diez plagas.

Cleopatra abre las alhóndigas, promulga decretos que obligan a los campesinos a entregar todo el grano a Alejandría. Mediante compras masivas de trigo, olira, sésamo y aceitunas a los países vecinos, consigue paliar la hambruna.

Pero una epidemia de peste se propaga con una velocidad aterradora. Los enfermos tienen el cuerpo negruzco y cubierto de pústulas. Aldeas enteras son arrasadas. Los muertos, que ya nadie retira, atestan las casas abandonadas y se descomponen en medio de las calles.

Las hienas se atreven a acercarse hasta las inmediaciones de los cementerios, donde devoran los cadáveres frescos y roen las momias confiadas a la protección de los sacerdotes embalsamadores, que las han amontonado antes de sucumbir.

Cuando la epidemia se declara en palacio y el Decimocuarto muere, Cleopatra, que nunca se preocupó de su hermano mientras vivía, se ocupa en persona de que sus restos sean aislados y de que el suntuoso mobiliario que utilizaba, hasta el último matamoscas, sea arrojado a las llamas.

Solo piensa en proteger a su hijo del horrible contagio. Después de oír afirmar a una esclava fenicia que el ajo es una eficaz protección, obliga al pequeño a comer dientes de ajo, ofreciéndoselos como si fuesen golosinas. Si los escupe, ella, que se niega a probar una medicina tan enérgicamente olorosa, se enfada.

II

Estas calamidades desatan la cólera del pueblo. El clero conservador, enemigo de los lágidas desde siempre, acusa a una reina que ha roto con la tradición y ha provocado la ira de los dioses, la sequía, la hambruna y la peste, al mezclar su sangre con la de un extranjero.

Es una oposición disimulada a la legitimidad de su hijo, una acusación tan grave que Cleopatra, cuando todo el país aguarda la crecida por tercera vez, se embarca hacia el sur, de donde vienen las aguas. Lleva a su lado al heredero al que el pueblo, cuando está contento, llama Cesarión.

Todo Egipto espera, conteniendo la respiración, que su soberana restablezca el orden cósmico y le devuelva la vida a su país.

En Dendera, toda la ciudad se apiña ante el pabellón del muelle real; Cleopatra desembarca llevando de la mano al heredero, a quien ha entregado el flagelo y el cayado de los faraones. Escoltados por el clero, con la pompa de las grandes festividades, y el pueblo dividido entre la alegría de su llegada y la desesperanza que lo abruma, la reina y Cesarión suben hasta el templo, donde los sacerdotes realizan incesantes sacrificios propiciatorios. Franquean las monumentales puertas decoradas con banderas, atraviesan los patios, las salas de columnas, las galerías flanqueadas por oratorios, y se dirigen hacia el corazón del monumento, donde la reina se separa de su hijo.

Dejando al príncipe con su escolta, entra sola en el santuario.

En una penumbra casi total que, tras la deslumbrante claridad del exterior, la ciega, avanza con pasos vacilantes hasta la estatua de la diosa Hator, la hija del Sol, la diosa lejana, la dueña de la crecida. Sus ojos se acostumbran a la oscuridad. Pronto distingue las espesas volutas de incienso perfumado que se arremolinan hasta el techo en un rayo oblicuo que proviene de una pequeña abertura, la única fuente de luz. El sonido de las salmodias que resuenan en lo

más profundo del monumento le llega muy apagado por el grosor de las murallas.

El lugar es tan misterioso, tan recogido y secreto que, por sí sola, la oración brota de los labios de Cleopatra mientras su corazón bate sigilosamente. Pronto está tan absorta que ya no huele el suave perfume del incienso y deja de oír el sonido de las músicas sagradas.

Mientras ella se abisma en su fervor hasta el punto de perder la noción del tiempo, los sacerdotes con faldellín blanco, cabeza afeitada y una piel de animal sobre los hombros se apiñan alrededor del nilómetro excavado en el camino de ronda.

Al otro lado de las murallas del recinto, que tienen prohibido pisar, murmura un pueblo taciturno, hambriento, derrotado por dos años de infortunio y duelo. Aguarda con la boca sedienta y los ojos como los de los asnos, cercados por el vuelo de las moscas. El pueblo ha venido conminado por los sacerdotes. Tal vez se hubiera desplazado de todas formas para ver a la reina y al heredero. Además, no tiene nada mejor que hacer. Los campos están estériles, y la tierra, muerta. Incluso los traficantes que se aprovechan de la miseria no tienen ni un grano para vender. Han rascado las últimas reservas, agotado los recursos del contrabando. Las jarras de aceite y de vino están secas. Una cerveza infecta cuesta tan cara como el mejor caldo.

En los últimos dos años, los únicos que se han emborrachado son los profanadores de una tumba real. Bajo tierra, se han bebido el vino de la momia.

Cleopatra reza a Hator la lejana, la que hace venir la crecida, y luego le suplica a todas las divinidades de Egipto. Por último, le ruega su auxilio a Alejandro y a César.

En ese momento, en el fondo del nilómetro, el sacerdote más joven, que está peligrosamente inclinado y corre el riesgo de caerse de cabeza cuando le bastaría con hundir un palo graduado hasta el fondo, cree distinguir un resplandor.

Sofoca un grito. Un resplandor: eso quiere decir que el cielo se refleja, ¡que la crecida ha empezado! En la algarabía que se desata, todos quieren apartarlo para mirar, pero él se aferra, con el trasero al aire bajo el abanico de pliegues tirantes de su faldellín almidonado, que muy pronto dejará de estar inmaculado. Sin ninguna duda, el barro del fondo chapotea y la superficie cenagosa se eleva impulsada por las aguas.

El recogimiento de Cleopatra es tan intenso que no escucha el formidable clamor que, surgiendo de la avenida exterior del templo, invade la ciudad y resuena en todo el país.

En poco más de una semana, el tiempo que el río necesita para inundar el valle, Egipto se convertirá en un inmenso lago de fertilidad.



La llegada de la crecida ha disipado el peligro venido del interior, amordazado las protestas religiosas y confirmado la legitimidad del hijo de César a la sucesión de Egipto.

Queda una amenaza: viene de Roma.

Desde el asesinato de César, las facciones están enfrascadas en un combate mortal. Republicanos y cesarianos solicitan la ayuda de Cleopatra, que a todos se la niega, incluso a Marco Antonio. Él tampoco ha entendido que la reina odia casi por igual a los partidarios de César y a sus asesinos, y que siente una invencible repulsión por esa República que procede a ejecuciones masivas con el pretexto de vengar a un hombre que, a menudo, se mostró clemente.

Marco Antonio y sus dos comparsas, Lépido y Octavio, señalado como su heredero por el mismo César, que no tuvo tiempo de redactar un nuevo testamento en favor de su hijo, han asesinado a centenares de caballeros y senadores. Después, los Triunviros persiguieron a los asesinos hasta Grecia. Allí, en el campo de batalla, los soldados silbaron a Octavio por su cobardía, al tiempo que Antonio aplastaba a los republicanos en Filipos. Bruto, vencido, se suicidó, mientras Marco Antonio, con el pretexto de aplacar al alma del difunto César, pasaba a cuchillo a sus prisioneros.

Al volver a Roma, Antonio prosiguió con su tarea de exterminar a los opositores. Al rencoroso Cicerón, que había escupido su veneno contra él en catorce «Filípicas», le cortaron la cabeza y las manos. Se dice que Fulvia traspasó su lengua con un alfiler de oro.

Cleopatra detestaba al *Cicer*, «el garbanzo», pero la idea del alfiler le espanta. ¿Con qué clase de furia se ha desposado Antonio? ¿A qué especie pertenece la horrible arpía capaz de ejecutar un gesto tan abominable?...

Como recompensa por sus sangrientas hazañas, los triunviros se repartieron el mundo.

El insignificante Lépido se quedó con lo que sus dos ambiciosos colegas le dejaron, África. Octavio, aún avergonzado por los abucheos que recibe cada vez que aparece ante el ejército, se atribuye Roma. Y el gran vencedor, el heroico Antonio, al que los soldados ovacionan tras cada asalto y a quien el Senado no puede negarle nada, se encarga de que le entreguen el Oriente, que recorre durante una gira triunfal.

Egipto no está incluido en el Oriente romano; sin embargo, Cleopatra no se hace ninguna ilusión. Egipto se verá obligado a pagar un tributo, pues Antonio, que se hace aclamar por donde pasa, se lleva todo el oro que es capaz de arrancar a los países aliados o sometidos. ¿Qué otra cosa se podía esperar de semejante bestia sedienta de sangre y de lujuria, que un día probó las delicias de Oriente y ya nunca más podrá prescindir de ellas?

¡Pero antes de partir no se tomó la molestia de librarse de Octavio! Lo desprecia porque es un cobarde, solo que un enemigo pusilánime es todavía más temible que cualquier otro.

Basta con haber visto al sujeto una vez, caminando de soslayo hacia el Senado, embozado en sus capas de lana pues padece una hipotermia crónica, los párpados inflamados por una blefaritis, los ojos entrecerrados bajo el duro cielo de la ciudad que se cree eterna, el rostro lleno de granos, tartamudeando, lastimoso, taimado, para saber que Octavio es capaz de asestar cualquier golpe bajo. De momento, espera pacientemente que llegue su hora, pero Cleopatra ha intuido al carroñero que se esconde en él.

IV

Marco Antonio, que sigue un itinerario que lo conducirá hasta Egipto, se demora en Atenas donde, en su juventud, estudió retórica. También se inicia en los misterios de Eleusis para luego, morosamente, continuar su camino bordeando por el norte ese mar Mediterráneo en cuya parte sur se hallan los dominios de Cleopatra.

En Éfeso es recibido como la encarnación de Dionisos. Durante la exaltación colectiva que embarga a la ciudad en fiestas, participa en los desfiles coronado de hiedra y de pámpanos, rodeado de ménades, de silenos y de sátiros que danzan al son de flautas, tamboriles y arpas. Aún embriagado por esta bacanal que parecía no tener fin, de nuevo se pone en marcha y cruza Misia, Bitinia, Frigia y Capadocia, la actual Turquía.

Se acerca.

Si baja a través de Siria solo tendrá que seguir el camino que ya recorrió para reponer a Auletes sobre el trono. Mas ¿qué espera de ella? No es César, al que una joven reina fugitiva necesitaba para recuperar su trono.

Ahora Cleopatra VII lleva orgullosa la corona del Alto y del Bajo Egipto y sostiene, cruzados sobre su pecho, los símbolos inmemoriales del poder, el flagelo y el cayado. Es la Dueña de las Coronas, la diosa que ama a las Dos Tierras, la amada de Isis y de Hator. Reina con su hijo después de haber reconstruido Alejandría, la ciudad que César dejó reducida a cenizas; ha restablecido las finanzas, recuperado la agricultura, enderezado el comercio y devuelto la prosperidad a su país después de dos años de hambruna y de una peste devastadora.

No permitirá que Antonio arrase Egipto como una plaga de langostas.

Llegado al punto estratégico donde la costa gira hacia el sur, el triunviro parece detener su avance hacia Egipto y asienta sus reales en Tarso, separado

de Alejandría por el mar y por Chipre, que se alza entre las dos ciudades como un gran escudo rocoso.

¿Un escudo?, piensa Cleopatra. ¿Acaso somos enemigos? Espera una tregua. Que dura muy poco.

Antonio nombra a Herodes en Judea, un país que Egipto reivindica. Cleopatra se abstiene de manifestar la menor señal de desaprobación y se inclina ante la decisión del dueño de Oriente.

Puesto que no cae en la trampa, Antonio le envía una convocatoria que ella ignora. Le envía otra. Después, un ultimátum. La reina no se mueve de su palacio.

Tarso es una encantadora ciudad mediterránea, pequeña, con placenteros bosquecillos, un río que zurea en medio de las fragantes colinas y un delicioso lago en verano. Sin embargo, Antonio no se siente inclinado a quedarse allí el resto de su vida; ¿pero qué puede hacer si la reina de Egipto no le obedece?

Furioso, camina de un lado para otro tragándose el polvo que él mismo levanta. Es el representante incontestado del poder de Roma en Oriente. Entonces, ¿por qué no viene Cleopatra?

Antonio creyó que aceptaría su invitación por mor de la amistad que lo unía al Imperator asesinado y por sus recuerdos romanos. Aparentemente, nada de todo eso le importa, y la rabia lo domina por haberse equivocado hasta ese punto.

Se acuerda de la indiferencia con que en Roma ella lo barría con sus ojos, a él, el hijo de Hércules, el general victorioso en innumerables campos de batalla, el orador, el atleta, el ilustrado, el soldado, a él, que no teme a ningún rival en ninguna disciplina, ¡un animal en la guerra y en el amor! Ella solo veía a César; en el mundo no existía nadie más, ni siquiera su hijo en aquellos días.

Antonio sabe que una mujer como ella, después de amar a César, no puede volver a enamorarse. ¡Y Octavio que insinuaba que era él, Antonio, el padre del pequeño Cesarión! ¡Un sueño imposible! Además, ¿quién hubiera osado tocar a la mujer de César?

Una voz irritante le murmura al oído que la mujer de César, su viuda en el presente, era Calpurnia. Pero todos saben que, de no ser por aquel sueño premonitorio y sus esfuerzos para impedir que su esposo acudiera al Senado aquella mañana fatal de marzo, la Historia no se tomaría la molestia de recordar su nombre. Nadie se interesó nunca por Calpurnia, ni siquiera César.

¿Y Fulvia?, susurra la voz. A Fulvia, su mujer, Antonio la ha olvidado. Extraño fenómeno, basta con alejarse de Roma para que todo se borre. El ejército vive esa misma experiencia cada vez, y Antonio no se acuerda de Fulvia mientras que la imagen de Cleopatra, desde su primer encuentro, nunca le ha abandonado. Había ido hasta Egipto para recoger la corona que el viejo Auletes había dejado rodar.

Ella tenía catorce años, y ahora debe tener veintisiete o veintiocho, «la edad en que las mujeres están en la flor de su belleza y en la plenitud de su inteligencia», escribirá Plutarco cuando esta historia, que tuvo a su abuelo por testigo, haya terminado.

Con las manos entrelazadas a la espalda, Antonio recapitula las quejas de Roma contra la reina de Egipto.

No contenta con negarle sus hombres y sus naves cuando él perseguía a los asesinos de César, Cleopatra, un buen día, se hizo a la mar a la cabeza de una flota que, supuestamente, era para él. Y la reina que se había enfrentado al horror de una guerra civil, que luchó contra el incendio, que le hurtó Chipre a Roma y expulsó a las legiones de Alejandría, ella, que venció a la sequía, a la hambruna y a la peste, ¡al llegar a alta mar dio media vuelta con la excusa de que la tormenta le provocaba mareos!

V

Aquella mañana, una vez más, el secretario particular le pregunta a la reina qué debe responderle al mensajero llegado de Tarso. Si Antonio sospechara el regocijo de Cleopatra ante la guerra civil que desangraba a Roma, ¡pues Roma había asesinado a César! Si supiera cuánto lamenta que César, después de cruzar el Rubicón, no haya arrasado la ciudad inmunda que alimentó a sus asesinos, dejaría de mirar hacia Egipto.

Todos los días, la reina conduce a Cesarión ante la estatua de oro de César y quema un poco de incienso. Le explica al niño que su padre es el dios más importante, y que las generaciones venideras repetirán su nombre cuando todos hayan olvidado el de Alejandro.

Sus ojos brillan tanto que Cesarión cree ver unas lágrimas, pero nada se desliza por las mejillas de su madre; ni sus brazos, tan blancos y fríos, se estremecen.

A veces, de noche, incluso en verano, se turba, tiembla y se cubre. Entonces los recuerdos manan de ella como el agua de una fuente. Le habla al niño de su padre estrechando su cuerpecito contra el suyo para darse calor. Nada detiene el caudal de su voz armoniosa y dulce, tierna y quebrada, que narra las hazañas de César.

Me acuerdo de sus triunfos —asegura Tolomeo César.

Tal vez sea verdad. ¿Quién sabe lo que se graba en la memoria de un niño?

Su caballo blanco... Sus botas rojas... —murmura Cleopatra—. ¡Ven! Voy a leerte un fragmento de *La guerra de las Galias* en latín. ¡El latín es tan hermoso cuando es César quien lo escribe! Sus textos no deben morir. Enviaré copias a todas las bibliotecas. Ordenaremos que los traduzcan a varias lenguas...

Su voz se corta, su mano alborota los cabellos del niño; murmura:

Serás como César, el mejor en todo, ¡eso es un rey! Él clava los ojos de César sobre su madre.

A veces —añade Cleopatra—, hay que ser pérfido y, para avanzar en línea recta, hacer como los cangrejos y caminar de lado. ¿Lo recordarás, verdad?

¿De dónde surgieron estas palabras si ella aún no había decidido reunirse con Antonio?

VI

Quinto Delio, el enviado especial del triunviro, desembarca en Alejandría con la misión de llevar a Cleopatra, viva o muerta, ante Marco Antonio. Por mucho que presenta la exhortación de su jefe como una cortés petición de Roma, Cleopatra palidece de cólera.

Antonio pretende juzgar su conducta, él, que después de haber proclamado delante de los senadores que Tolomeo era el hijo de César, ¡pactó con Octavio, cuyo único objetivo es desposeer al niño! En esas circunstancias, ¿cuál de los dos debe justificarse ante el otro? ¿Cómo puede la reina confiar en un aliado semejante, cuyos actos no se corresponden con sus palabras?

Deja estallar su cólera, acusa, exhibe un furor real y diplomático, luego lo amansa.

¡Ir a Tarso!

Se ríe burlona y añade, bromeando, que si alguna vez decidiera hacer la travesía, no sería para comparecer ante un tribunal, sino por placer.

Delio atrapa la ocasión al vuelo.

—Una navegación de recreo —dice entusiasmado—, igual que una diosa del Olimpo.

Siempre irónica, ella se divierte a costa del enviado:

¿Acaso Marco Antonio se cree un dios? ¿Qué edad tiene tu general?

Esta en plena juventud, divina majestad. Reconoce cuarenta y dos.

¡Son muchos!

Delio no protesta. César era mucho mayor que Antonio. Pero César es un dios para la reina, y nadie, jamás, podrá compararse con su amante asesinado. Para la que amó a César, los demás hombres son como insectos. No los ve y los aplasta bajo su pie sin oír el ruido de los élitros al crujir.

Sin embargo, esta reina inaccesible debe encontrar un terreno de conciliación con el hombre a quien Roma ha confiado Oriente. No tienen

elección. Lo quieran o no, la reina de Egipto y el amo de la mitad del mundo están obligados a llegar a un acuerdo. O a desgarrarse hasta la muerte.

Quinto Delio no alberga ninguna duda, Cleopatra desea la paz; en el curso de las audiencias, se convence de que el más inteligente de los dos, que es ella, dará el primer paso, por doloroso que le resulte, pues tal es el precio que hay que pagar a cambio de la felicidad del mundo. Además, resulta evidente que cuando se hallen uno frente al otro, Cleopatra y Antonio se entenderán.

Por eso el embajador desea tan ardientemente convencer a la reina para que emprenda el viaje, no solo pensando en todas las grandes razones de la diplomacia y por devoción a los intereses de Roma, sino también por afecto hacia ella, demasiado sola en un mundo sin piedad gobernado por hombres. Además, ¡Antonio necesita tanto a Cleopatra! Solo ella puede descubrirlo a sí mismo, alzarlo hasta ella y proseguir con él la senda interrumpida por la muerte de César.

Como las negociaciones se estancan, un día, en lugar de obstinarse en presentar a Antonio como a un ídolo viviente, de mostrarlo en la plenitud de una gloria que nadie le discute, Delio, iluminado por una súbita inspiración, defiende su causa como la de un simple mortal, un soldado, un compañero de armas de César. Evoca las hazañas de Antonio, hazañas que realizó a la sombra del Imperator asesinado. Lo describe como su amigo más cercano y su lugarteniente más fiel. Le muestra cómo defendió a César ante el Senado, cómo cruzó el Rubicón junto a él y condujo, en medio de peligros incesantes, ejércitos de refuerzo, jinetes, flotas, arriesgándolo todo por él, y, el mismo día del asesinato, después de haber influido en el ánimo del populacho con sus apasionados discursos, cómo transformó los funerales en una apoteosis.

Cleopatra sabe todo eso, pero, por primera vez, escucha un relato que la conmueve. Delio concluye con estas palabras:

—Marco Antonio ha arriesgado cien veces su vida, su honor y su gloria por César. ¡También lo hará por el hijo de César! Solo él es capaz de una adhesión tan desbocada, turbulenta tal vez, ¡pero sin límites! ¿Cómo puede la reina de Egipto rechazar el encuentro?

VII

Para Cleopatra ha llegado el día en que debe justificar su política. El estrado donde Antonio imparte justicia en nombre de Roma está cubierto de tapices. El estado mayor en pleno resplandece con sus mejores galas, cascos brillantes, corazas decoradas, vainas rutilantes. Oficiales a caballo contienen a la muchedumbre que se apiña en la abarrotada plaza del Mercado. Hileras de legionarios, que ni siquiera pestañean, protegen los accesos.

Por fin, los vigías anuncian que Cleopatra remonta el Cidno hasta el lugar, muy cerca de allí, donde el río se ensancha hasta formar un lago. Llegará dentro de poco.

La multitud se agita impaciente. Antonio ajusta su barboquejo. De repente tiene sed y, de un trago, vacía una copa de vino.

Se acerca la puesta de sol. Los barcos egipcios entran en la dársena de acuerdo con la inigualable puesta en escena concebida por Cleopatra.

El cielo se tiñe de rojo en el momento en que su nave, recubierta de oro bajo sus velas púrpuras, avanza al encuentro del sol, dando la impresión que arrastra tras ella toda una flotilla rutilante de flores y banderas. Deslizándose sobre las aguas impávidas, los cascos se reflejan sobre la superficie laqueada donde trazan una estela impalpable. Melodías cautivadoras se elevan de los barcos maniobrados por muchachas escogidas por su vigor y su gracia; mientras, en las orillas, unos esclavos cubiertos con faldellines de flecos queman perfumes y el humo azulado se eleva en el aire del atardecer.

Los ribereños corren hasta la ciudad para anunciar que una diosa del Olimpo navega en el lago. Sus comentarios provocan las burlas. A pesar de todo, los que tienen los peores lugares en la plaza acuden para dar un vistazo. Al ver que no regresan, otros curiosos deciden, a su vez, comprobarlo por

ellos mismos. Poco a poco, la multitud se dispersa y pronto la plaza está desierta.

En el estrado, solo junto a sus oficiales que no se atreven a abandonarlo, Antonio se pregunta desconcertado qué actitud debe adoptar. Luego se decide y, bruscamente, baja la colina por un atajo que, pasado un recodo, lo conduce hasta el lago donde la nave dorada prepara la maniobra de recoger los remos para atracar.

En el puente, Cleopatra, echada sobre un triclinio de gala bajo un baldaquino de oro, recibe la suave brisa de unos abanicos de plumas de avestruz engastadas sobre mangos de marfil, ébano y oro, iguales a los que poseían Hatshepsut, Nefertiti y Ramsés.

Frente a ella arde el incienso consagrado a los dioses.

Marco Antonio logra contener a duras penas el violento arrebató que lo impulsa hacia ella. Mirando con pesar hacia el muelle, lentamente se interna por el empinado sendero que conduce a la ciudad. Él también tiene un barco. Invita a la reina a conocerlo. Es ella quien debe desplazarse

Los abanicos ocultan su risa mientras le devuelve la invitación. Por primera vez desde hace mucho tiempo se está divirtiendo.

Entre los allegados de Antonio, nadie tiene la menor idea sobre los dioses de Egipto, y los oficiales, muy excitados, confunden el Olimpo griego con el romano y hablan de la reina como de Afrodita-Anadiomena, de Venus que ha surgido ante ellos rodeada de Gracias y de Nereidas. Estas comparaciones se han reiterado desde hace más de dos mil años, cuando, por supuesto, Cleopatra encarna a Isis, la primera embalsamadora, la hechicera que resucitó a Osiris, su hermano y esposo, una diosa venerada desde milenios atrás y que nada tiene en común con el Olimpo grecorromano, que inspira a la reina de Egipto el más punzante desdén.

En medio de la creciente confusión, Antonio, desbordado por los acontecimientos, no sabe cómo responder a la real invitación. Por último, la acepta.

Cleopatra ha ganado la pequeña batalla protocolaria.
¡Su nave es Egipto!

VIII

El triunviro sube a bordo rodeado por su estado mayor. Antonio aparece rutilante en su coraza de plata decorada con motivos mitológicos que representan a dos quimeras flanqueando a un águila, símbolo de su poder como comandante supremo. Sobre su casco de gala flamea un penacho de plumas multicolores que lo hacen parecer aún más alto. Sus poderosas pantorrillas están cubiertas con grebas de plata. Siguiendo el ritmo de su viril zancada, sus macizas rodillas emergen de la corta túnica formada con bandas de cuero labrado.

La reina le hace los honores del barco.

Para él derrocha toda la gracia de que es capaz, de suerte que, antes de entrar en la sala de banquetes, Antonio ya está hechizado. El encanto de Cleopatra, la dulzura de su voz, el interés de su conversación, la finura de sus gestos, el perfume que emana de su piel, de sus afeites, de su cabellera trenzada, lo embriagan. Los recuerdos, lejanos o recientes que tiene de ella, lo aturden.

Se deja conducir hasta la gran sala donde ya todo está dispuesto.

El decorado es digno de un palacio. Las paredes están cubiertas con pinturas tradicionales, palmas, lotos, pájaros de los marjales de vivos colores. Las escenas de caza y pesca parecen animadas bajo la mágica iluminación de millares de antorchas dispuestas en círculos, o en forma de estrellas, de soles, desprendiendo sus llamas deliciosos aromas y una luz casi tan viva y mucho más tamizada que la del mismo sol. Un bosque de columnas crea la ilusión de un espacio casi sin límites. Centenares de guirnaldas de flores cubren el techo con un drapeado que se agita imperceptiblemente al ritmo del barco.

Las mesas bajas, rodeadas de divanes que Cleopatra ocupa con sus huéspedes, están revestidas con telas preciosas y tapices de seda.

Transportado a un mundo del que los festines de Auletes no le habían descubierto todos sus refinamientos, Antonio se abandona a los placeres de la mesa a los que es tan aficionado.

Al observar su extrañeza ante los manjares que desfilan sobre las mesas, lenguas de fenicópteros, hígados de escaros, sesos de pavos reales y jabalíes llenos de pájaros vivos, Cleopatra se divierte contándole que los faraones de las antiguas dinastías practicaban el arte de cebar a las hienas. Y, entre risas, añade que tal vez lo hacían para ahorrarle un trato cruel a los gansos sagrados del dios Amón.

Maravillado por la vajilla de oro y piedras preciosas donde cada pieza es una obra de arte, Antonio abusa del vino de Creta, de Másico y de Falerno, que espumean en cráteras doradas.

Al fondo de la sala, unos músicos que tocan el sistro, el tímpano, la sambuca y el arpa de veinte cuerdas, acompañan las conversaciones sin perturbarlas.

Al final de la velada, cuando Antonio le da las gracias a la reina y ya se dispone a abandonar el barco, ella le regala todo lo que se ha empleado, esclavos, vajilla y tapices.

Él no lo duda. Sonriendo y sin el menor embarazo, arrambla con aquellos tesoros.

Al día siguiente, Cleopatra repite la invitación.

Después del segundo festín, que supera al primero, le regala no solo la vajilla dorada, sino también caballos y literas con sus portadores, y los jóvenes esclavos que corren delante portando antorchas.

Al igual que la víspera, arrasa con todo.

Desde ese momento, ya nadie piensa en pedirle cuentas a Cleopatra, pero sus tesoros, que aún no ha terminado de exhibir, no acaban de convencer a Marco Antonio para ofrecerle una alianza sin reservas, alianza indispensable para que Cesarión ocupe el trono.

Deslumbrado, el triunviro se pregunta si la reina no estará embaucándolo. Como el engaño es de oro, se tranquiliza, pero al instante se interroga de nuevo. Dado el tiempo que Roma lleva saqueando Egipto, ¿qué maravillas pueden aún quedar?

Consciente de las dudas de Antonio, Cleopatra, a quien el tiempo se le hace eterno y desea retornar a Alejandría, aumenta su envite de golpe.

Cruza una apuesta sobre quién disipará la fortuna más importante en una cena. Todos se divierten. Incluso se designa un árbitro. Su nombre es Planco, según cuenta la escena Plinio el Viejo en su *Historia natural*.

IX

Diez millones de sestercios —anuncia Cleopatra, con sus ojos traviosos fijos en los de Antonio.

Este responde, ingenuamente, que es imposible despilfarrar diez millones de sestercios en un banquete; diez millones es lo que costaría un palacio...

—Shhhh —le responde la reina, posando un dedo sobre sus labios y sonriendo tras el anillo—, ya sabemos que no se puede gastar esa cantidad en una sola comida. ¡Por eso lo haré!

¿No lo entiende? ¡Ni falta que hace!

Que elija un árbitro a su gusto.

¿Tan segura está de sí misma?

Lo mira desdeñosa. Es de corta estatura mientras que él es un gigante. ¿Entonces por qué siente que lo examinan por encima del hombro?

—Planco —dice él.

—¿Qué me quieres decir?

—El árbitro.

—¡De acuerdo, general! ¡Adviértele que vas a perder! Y ríe mostrando sus dientes, pequeños, relucientes, bien alineados, más resplandecientes que las perlas de su collar.

Diez millones de sestercios en una cena, es imposible. —Voy a ganar —asegura Cleopatra.

Y él, de pronto, se inquieta.

—Y si pierdo, ¿cuál es el envite?

La reina se burla abiertamente.

Ahora es ella la que da vueltas a su alrededor, igual que una mariposa con sus alas irisadas, que él desearía atrapar; pero rasgaría la impalpable telilla con sus manos de atleta acostumbrado a los juegos del gimnasio y de la palestra. Ella se inmoviliza, repliega sus alas de ave del paraíso de plumaje

amarillo y rojo, de pavo real con ocelos de mil colores y sus párpados pintados de verde bajan sobre el insolente resplandor de sus ojos negros.

—Antonio no pierde nada —promete—, ¡nunca! Cleopatra es la única que se arriesga.

Llegado el día fijado para la apuesta, Antonio calcula de un vistazo el derroche en tapices, alfombras, vajillas y manjares. Sin el menor recato, sopesa una taza de obsidiana con incrustaciones de esmeraldas retenidas por hilos de oro; Hator aparece representada con una cabeza de vaca cuyos cuernos sostienen el disco solar. Es el fasto habitual de la mesa real. Deja la taza y lleva a sus labios una copa de plata cargada de esmeraldas.

Después de beber, estima el precio de los esclavos que atienden a los comensales, el de las bailarinas, músicos, acróbatas y malabaristas que se suceden. Entonces afirma, sin apartar sus ojos de Cleopatra, que a pesar del lujo y los refinamientos aplastantes, el gasto ni siquiera se acerca a los diez millones.

Cleopatra saborea el diminuto muslo de un tordo relleno con un higo, muslo que han retirado de una codorniz extraída de una faisana servida con todas sus plumas. Su boca, cuando muerde, sus labios, cuando rozan una copa, son una invitación al beso. Pero ella, fingiendo ignorar la turbación de Antonio, admite que, de momento, tiene razón; para luego anunciarle, feliz, que ella ganará.

—¡No te creo! —dice Antonio.

Y el palurdo pide las cuentas.

Cleopatra echa hacia atrás su garganta. Su cuello se redondea, se cubre de nácar, de rubio, de rosa, hasta el punto que las perlas que caen en cascada palidecen comparadas con su tez. En el nacimiento del cuello, una vena turquesa palpita bajo la piel con una inefable suavidad. La contemplación de esta vena, igual que antes con su boca, exalta de nuevo a Antonio. Descubre que esta criatura, aunque no sabe si es mujer, hechicera o diosa, nunca ha estado tan hermosa, tan cercana, tan inaccesible como en aquel momento en que se ve sacudida por una risa silenciosa.

Viste a la usanza egipcia.

Su vestido de lino inmaculado, plisado y transparente, inspirado en un modelo de Nefertiti, es una incitación a la voluptuosidad. Pero la reina es de hielo. Su pecho está oculto bajo una trama de perlas sujetas por una sardónice oval tallada en cuatro capas, que representa a Alejandro llevando sobre su cabeza una diadema con el cuerno de carnero de Zeus Amón.

En su cintura lleva prendido un ramillete de lotos azules mezclados con mandrágoras, la flor del amor eterno en la vida del más allá, alusión esta que ningún romano puede captar. Y una enorme peluca, rematada con la corona baja y la serpiente de Egipto, hacen que su rostro parezca conmovedor y frágil.

Con la cabeza nublada por los vapores de la embriaguez, Antonio se acerca a ella y tiende su mano para tocarla. Sin dejar de sonreír y con la mirada insinuante, Cleopatra le pide que tenga un poco de paciencia; ordena retirar los manjares. Unas jóvenes ejecutan danzas jónicas y esclavos asiáticos queman perfumes mientras otros presentan a los invitados aguamaniles con pétalos flotando.

Luego, los criados se retiran y la música deja de sonar. Las conversaciones también se interrumpen. El silencio reina.

Entonces, un etíope cruza la sala y viene a caer de rodillas ante Cleopatra. Una adolescente le entrega al etíope una bandeja con una copa. Un extraño brebaje gorgotea, un vinagre con deliciosos aromas que suavizan su acidez.

Ha llegado el momento.

Cleopatra aparta su peluca dejando a la vista sus lóbulos, donde brillan dos perlas únicas que ha heredado de sus antepasados, cada una del tamaño de un huevo de codorniz. Desprende la derecha y la arroja dentro de la copa, que toma por la base para hacerla girar. Luego, prontamente, se bebe diez millones de sestercios de un trago.

Planeo le implora que no haga lo mismo con la otra. —¿A qué sabía la perla? —pregunta Antonio con voz ahogada y algo silbante.

—Tenía el sabor de las lágrimas —responde ella.



Saciado de placeres que hasta entonces le eran totalmente desconocidos, Antonio, al desembarcar en Alejandría poco después de Cleopatra, considera los deleites de Tarso como un aperitivo y espera la continuación del festín.

Pero la reina está decidida a llevar a bien dos tareas: la administración de Egipto y la preparación de su hijo para el trono. Por mucho que el reconocimiento de Roma le sea indispensable, no dispone de tiempo para convertirse en la única dispensadora de placeres para un hombre de variados e insaciables apetitos, a quien su hercúlea estatura le permite unos asombrosos excesos.

Entonces concibe un medio para procurarle voluptuosidades multiplicadas hasta el infinito; inventa «la Sociedad de la Vida Inimitable», *amimetobion*.

Igual que se recluta un ejército, reúne a una cuadrilla de amigos dotados con todas las cualidades, tanto del cuerpo como del espíritu, ávidos de placer, prontos a colaborar, capaces de satisfacer los caprichos del ogro romano. Constantemente buscan éxtasis que seducen a los dioses, la lujuria y el desenfreno, el delirio de los sentidos, la desmesura. Rivalizan imaginando nuevas formas de disolución, sin tregua se desafían a la hora de beber o de amar, no temen ningún exceso y dilapidan fortunas.

Como gran maestro de ceremonias de estas fiestas, a veces comunes y salvajes, Cleopatra lleva una sortija con la palabra «embriaguez» grabada, pero eso no basta para olvidar que César era la más pura expresión del genio humano; comparado con él, Antonio es un bárbaro que se excede en todo.

Solo había un César.

Hay dos Marco Antonio: el de algunas noches, noches en que olvida a sus amigos «inimitables» para frecuentar a una gentuza, y el de los días, durante

los que asimila los conocimientos del antiguo Egipto con una rapidez asombrosa.

Uno de los dos se acerca a Cleopatra, el otro se aleja tan deprisa que, al punto, ella mide el peligro de los placeres que le ha descubierto, y en los que corre el riesgo de perderlo. Si eso ocurriera, Egipto y su hijo se convertirán en presas fáciles para el perverso Octavio.

—Carmiana, prepárame un baño de leche perfumada —ordena—. Y el peto con el halcón.

Recoge su cabellera sobre su cabeza, una enorme mata de ébano entre dos brazos de marfil, sonrío, le murmura a su reflejo:

—No, no es demasiado tarde.

Ignora si lo ha sacado de los tugurios y de los jergones mugrientos de las ramerías del puerto o si lo arranca de las suntuosas villas del lago Mareotis, pero ahora será ella la que se ocupe del triunviro.

Esos músculos bronceados que rebullen bajo la piel ungida con bálsamos, ese torso de Baco, ese cuello de uro encajado sobre unos hombros macizos, esos brazos y esos muslos de atleta curtido en mil ejercicios, le pertenecen. A cambio, él se sirve del pequeño cuerpo con senos de alabastro que arrebató a César. Y esa boca de granada abierta también le pertenece, así como los ojos tan generosamente rasgados.

Entonces sucede lo imprevisto. Durante años, Cleopatra creyó que nada le faltaba y que, definitivamente, había entrado en un estado de sosiego. Pero en el momento que, por razones políticas, pensando en los intereses de Egipto y en el futuro de Cesarión, se entrega, su cuerpo, tan blanco que parece cubierto de escarcha, cobra vida entre los poderosos brazos de Antonio, y calor, y exhala un perfume ambarino y florece de nuevo.

Nunca intentará comprenderlo.

Aunque era un amante inolvidable, César ya había cumplido los cincuenta cuando ella tenía veinte años. Él le daba la sal y la miel del amor. Con él, otros vértigos aventajaban al placer en una ascensión hacia lo inefable y lo secreto. Aquel amor encerraba todos los misterios, incluido el divino, hacia el que la carne abría una vía de acceso. Se elevaba hasta alturas inaccesibles. El gozo se convertía en plenitud y provocaba una conmoción de todo el ser.

En los brazos de Antonio, el amor es el aullido de la bestia desnuda, un revolcarse en el fango y el légamo, el descubrimiento de los gritos sombríos y

luminosos de la carne incandescente, al rojo vivo, que se basta a sí misma y no reclama ningún otro placer.

Un sollozo ahoga a Cleopatra, y Antonio reprime su violento deseo de estrangular a la reina que grita el nombre de César.

XI

Desde ese instante, Cleopatra marcha con Antonio hacia el abismo y la muerte.

Desde lo más profundo de su amor tenebroso y violento, apasionado y desgarrado, pero siempre renovado hasta la apoteosis de su doble suicidio, su vida no es más que una persecución de ese vértigo oscuro que han abierto en ellos, donde buscan sumirse y del que esperan salir.

Lo demás solo son anécdotas y peripecias.

Cleopatra abandona el universo divino hacia el que guiaba a César y se hunde con Antonio en un deleite que hace que Roma se estremezca de celos, de envidia, de gazmoña hipocresía y, por último, de odio. En el rostro de Octavio, los granos se hinchan; Octavio, el único vicioso auténtico de esta historia pues saborea las descripciones de la corte egipcia, de sus festines, de sus desenfrenos y de sus impudicias.

Como si las de Roma tuvieran algo que envidiarle, excepto que Roma apesta al garo que se come en las posadas del Trastevere, mientras Alejandría es una joya de pórfito y mármol.

Los celos amargan a Octavio cuando piensa en una «vida inimitable» que no conocerá, en una exaltación que siempre ignorará, y en una reina que nunca tendrá nada que compartir con él.

Desde el momento que ocupó la cama del romano, Cleopatra ya no puede separarse de él. Caza, nada y cabalga con Antonio. Pescan con caña al borde del río, navegan por los canales en barcas doradas, canta para él y le recita poemas.

Amplificado por la virtud romana que se siente ultrajada, el escándalo de sus extravagancias retumba en el mundo; extravagancias que, bien miradas, no son ni tan escandalosas ni tan extravagantes si se las considera como pasatiempos reales en una época en que llevar una corona, excepto en Roma, no era un crimen que se castigara con la muerte.

Las anécdotas más disparatadas corren sobre ellos, que no las desmienten, al tiempo que Octavio favorece su difusión.

Un joven médico invitado a palacio, Filotas de Anfisa, cuenta que, para doce invitados, las cocinas reales preparaban ocho jabalíes, y que siempre hay banquetes a punto esperando el capricho de Antonio, que nunca cena a una hora fija.

Este relato, convenientemente adornado, se propaga, e indigna. Nadie tiene el buen sentido de advertir que tal derroche, que sería desenfrenado en el caso de un particular, resulta del todo insignificante para la reina más rica de su tiempo.

Y sin embargo, Cleopatra, cuyo poder nunca ha sido mayor, se sabe vulnerable desde que renunció a su sueño de unir Oriente y Occidente y se contenta con Egipto y con Antonio.

Pero esa esperanza que ha resuelto descartar, muy a su pesar aparece de nuevo cuando contempla a su hijo.

A medida que crece, Tolomeo César se parece cada vez más a su padre. Algunas noches, mientras duerme, Cleopatra, igual que cuando era pequeño, viene a mirar ese rostro que le recuerda tanto a otro.

A la luz del Faro, la frente alta, el arco de las cejas delineado con un solo trazo, la nariz aguileña que domina sobre una boca imperiosa y noble, poseen la enérgica finura de los de su padre.

Cleopatra contempla cómo duerme su hijo. Él suspira, se despierta, clava en su madre los ojos penetrantes de César y, como siempre ante aquella mirada donde arde el genio, Cleopatra se estremece. Mientras acaricia la tupida cabellera de Tolomeo César, se acuerda de la primera vez que, al tocar con su mano los rizos de Marco Antonio, se rio sorprendida, pues estaba acostumbrada a un cráneo despoblado.

Como si adivinase los pensamientos de su madre, Cesarión pregunta con voz soñolienta si Antonio sustituye a César.

Cleopatra se incorpora de golpe y el niño cree ver un incendio en su mirada.

Bruscamente severa y con voz glacial, le responde:

—Nunca hagas esa pregunta si quieres seguir compareciendo ante mí. ¡Tu padre es un dios a quien todos nosotros debemos adoración! ¡Antonio solo es mi esposo!

—Pero el esposo de una diosa, ¿no se convierte en dios a su vez?

—Conoces a Marco Antonio tan bien como yo. ¿Opinas que ese soldado tiene el temple de un dios?

—Hay muchas clases de dioses —observa Cesarión. Cleopatra roza su mejilla sin responder y se dirige a sus aposentos.

Ante el gigante adormecido, que ronca con la boca abierta y tiene los brazos en cruz, ríe silenciosamente.

XII

A orillas del lago Mareotis, uno de los paisajes más primorosos del Delta, la mano del hombre a jugado con la naturaleza y con las aguas para crear un decorado encantador.

Las casas se esconden en la espesura donde se ciernen numerosas aves, codornices y cigüeñas, patos, garzas, flamencos, martín pescadores, algunas simplemente de paso.

Refugios de verdor brindan exquisitos lugares para el descanso contruidos sobre los islotes que afloran: delicados templetes con vides trepadoras, grutas, cenadores cubiertos de flores, arcadas que albergan divanes y estrados destinados a los músicos.

Sobre las tranquilas aguas, que rozan las cercetas en su vuelo, las embarcaciones de papiro se cruzan con galeras de una fila de remeros y con barcazas de vela cuadra que transportan los productos del mercado.

El puerto rivaliza con los de la capital y recibe las mercancías traídas por las caravanas de África. Los muelles rebosan de animación, de colorido, de risas. Las tabernas nunca se vacían.

Los templos están atestados de peregrinos. Todas las religiones se codean. La poderosa arquitectura de los edificios sagrados de Egipto contrasta con la elegancia de los monumentos griegos, con sus finas columnatas rematadas con frontones triangulares. Como símbolo de esta mezcla, unos soldados romanos discuten con las sacerdotisas egipcias.

También los judíos tienen su lugar de oración, una vasta sinagoga, igual que en Alejandría.

En los campos de los alrededores, un labrador siega, unas vacas hunden el hocico en las aguas puras, una niña corre tras sus ocas. Un poco más lejos, unos jóvenes cazan en los marjales.

Al borde del agua, Antonio, con sus gruesas rodillas tensando su túnica griega, indiferente a todo, pesca con una caña.

Mientras él atrapa succulentos peces que hacen las delicias de su mesa, Cleopatra está preocupada por lo que sucede en el mundo.

En Roma, Fulvia, decidida a recuperar a su esposo a cualquier precio, acaba de instigar una rebelión contra Octavio, que la derrotó y obligó a huir. En esos momentos, navega rumbo a Grecia donde espera encontrar refugio y atraer de vuelta a Marco Antonio.

La situación no es mejor en Oriente, donde los partos multiplican las incursiones contra Siria al tiempo que codician el reino de Egipto. Tarde o temprano, habrá que acabar con ellos. En tiempos de César, este ya planeaba derrotarlos. Quería recuperar las águilas perdidas por Craso, vencido entre el Tigris y el Éufrates, y cuya cabeza se utilizó como parte del decorado en una representación de *Las bacantes* de Eurípides.

Mientras, Antonio se dedica a pescar, una distracción a la que aún es capaz de sacarle partido.

Cleopatra, dividida entre la burla y la consternación, descubre que el romano, a menudo picado en su orgullo por volver con las manos vacías, ordena que le enganchen en su anzuelo soberbios ejemplares que despiertan los aplausos de las hermosas alejandrinas.

Un día, ante toda la corte que estalla en carcajadas, saca del agua un pez sin cabeza ni raspas traído desde el mar del Norte.

Ante Cleopatra, que le sonríe tiernamente, él también finge disfrutar con la broma.

—Amado Señor, déjanos la pesca a nosotros, las gentes de Faros y Canopos —le dice ella—. Y si deseas apoderarte de algo, ¡que sean ciudades, provincias, imperios!

No le perdonará aquella lección, aunque le resulte provechosa y lo impulse a dejar de lado la caña de pescar y empuñar la espada.

Se pone en camino, y su entusiasmo no conoce límites ante las empresas que le aguardan, le jura a Cleopatra que volverá en cuanto derrote a los partos, haga entrar en razón a Fulvia y convenza a Octavio de su lealtad. Promete que la reina apenas tendrá tiempo de dar a luz a su hijo porque, para entonces, él ya estará de regreso y los estrechará en sus brazos.

XIII

Cuatro años transcurren y Antonio no regresa. No conoce a sus mellizos, la pequeña Cleopatra Selene y Alejandro Helios, la Luna y el Sol. Nunca los ha visto ni ha dado señales de vida.

Durante este periodo interminable todo lo que Cleopatra ha sabido de él le ha sido comunicado por la boca de la envidia y del odio.

Apenas habían pasado algunos meses desde la partida de Antonio cuando le refirieron la muerte de Fulvia. Así, Marco Antonio era libre y podía reunirse con ella. Pero lejos de embarcarse rumbo a Alejandría, se casó con Octavia, la hermana de Octavio, y era tal su impaciencia por aliarse con los adversarios más temibles de Egipto, que no pudo esperar a que se cumpliera el tiempo del duelo para celebrar sus esponsales. Su mujer pronto le dio una hija, Antonia, con la que, según dicen, está muy encariñado.

La alianza entre los dos cuñados, tan diferentes pero igual de ambiciosos, ha estado varias veces al borde de la ruptura.

Después del escandaloso matrimonio de Octavio con Livia, los enfrentamientos entre los dos hombres no han cesado, hasta el punto de que la querella, tan esperada por Cleopatra, parecía inevitable. Pero la enérgica intervención de Octavia obligó a su esposo y a su hermano a reconciliarse.

Al cabo de cuatro años, la cuenca mediterránea, siempre tan ávida de murmuraciones, se apasiona de nuevo, espía las reacciones de la reina de Egipto, ya legendaria gracias a su pequeña alfombra, convertida en un mito durante la batalla de Alejandría y cuyos amores estremecen al mundo.

Un acontecimiento increíble acaba de producirse. Violentamente, sin informar a nadie, sin decir adiós, ni siquiera a Octavia que espera otro hijo,

Antonio saltó sobre el caballo y galopó como un demente hasta la costa, donde se embarcó hacia Siria.

Durante toda la travesía recorre la cubierta con sus largas zancadas, repitiéndose lo que le ha impulsado, un insondable tedio, la ambición, el amor, el sentimiento de que estaba malgastando su vida con su conducta de hombre razonable, él, que es cualquier cosa menos razonable.

Durante cuatro años, se sometió, obligó, forzó. Pero en lugar de acostumbrarse, de resignarse a su nueva vida, de aceptar obstinadamente el daño que le hacía a Cleopatra, de pronto vio en lo que se había convertido: en un pájaro atrapado en la melosidad de las alianzas matrimoniales, sumido en el hastío al lado de una mujer que solo sirve para darle una hija, ¡cuando tiene un hijo con Cleopatra!

Su reina incomparable podía —y aún puede— convertirlo en un rey y llevarlo de la mano hasta el mundo habitado por los dioses. ¡Ella le ofrecía retomar el sueño de Alejandro y de César! Pero en cuanto Octavio, igual que un maestro descontento con un alumno, le dio una palmada, hizo un juramento de fidelidad, traicionó a la «inimitable», cedió la gloria y el amor a cambio de un contrato de matrimonio tan perjudicial para él como reconfortante para Octavia.

Se había casado con Octavia, a la que su hermano presentaba como a una doncella, cuando era viuda y, exactamente igual que Cleopatra, ya había conocido a otro hombre antes que a él. Una vez encadenado, para contentar a todo el mundo, a Octavio, a su esposa, al Senado y al pueblo de Roma, soportó cuatro años de conversaciones romanas, mortales después de saborear los fastos de Alejandría.

Por último, Octavio es tal como lo describe Cleopatra: un bellaco pusilánime, desvergonzado, pernicioso, sin escrúpulos, capaz de apoderarse de Livia embarazada delante de las narices de su marido, ¡en mitad de un banquete! Y Octavio creyó que podía permitirse cualquier cosa desde el momento que, temiendo que su rival fuese un soberano, redujo a Antonio al cargo de cuñado y lo acosó para que olvidase.

¿Olvidar a Cleopatra con Octavia?

¡Pero si era con Cleopatra con la que César quería reinar sobre el mundo! ¿Qué romana le hubiese inspirado un proyecto tan grandioso? ¿Calpurnia, Fulvia, Octavia o Julia?

Pero él, Marco Antonio, no se había limitado a zaherir a la mujer, también traicionó a la reina. Le había entregado a Octavio veinte bergantines y cien

galeras de guerra, armadas con espolones de bronce en la proa, para disputarle a Egipto el dominio del mar y ¡demostrarle al mundo que no sentía ninguna atracción por Cleopatra!

Durante ese tiempo, la reina abandonada, sintiendo subir la marea de la sorda enemistad de Roma, en lugar de abrumar al infiel con reproches, educaba a sus hijos, entrenaba a su ejército, construía naves y restauraba sus fortificaciones. Sin una queja, perseguía ella sola el sueño interrumpido con la muerte de César. Había llamado a su hijo Alejandro, ¡y Antonio no acudía!

Agobiado por tales pensamientos, cansado de andar de un lado a otro, se deja caer sobre unas jarcias. Aletargado por el balanceo, con la cabeza apoyada sobre los puños entre los que corren sus lágrimas, gimiendo como un animal herido, apenas si percibe que el barco ha atracado.

Instalado en Antioquía, alegre y acogedora capital, el triunviro, que ya no encuentra consuelo ni en el vino ni en las cortesanas, sigue con sus lamentos y sus lágrimas.

XIV

Cleopatra ignora qué es lo que se agita en su pecho con tanta violencia cuando se entera de que Antonio ha desembarcado en Antioquía. Con el aliento entrecortado, los ojos ardiendo, el corazón en un puño, contempla el mar embravecido más allá del Faro que eleva su flecha deslumbrante hacia el azul de un límpido cielo.

¡Cuatro años!

Permaneció confinada en su orgullo, sin manifestar nada, ni dolor ni horror, ante cada golpe que él le daba para obligarla a reaccionar. Se negó a hacer un simple gesto. Sin embargo, sabía que él era incapaz de dirigir su vida pues mil veces le pidió que no lo abandonase a su suerte. ¡Pero ella no quería tener otro niño!

Las lágrimas se deslizan por sus mejillas.

No las enjuga.

Sus labios se abren para gritar. Que la llame, que la convoque, que la juzgue, que le pida cualquier cosa, ¡pero que vuelva a verlo! Que esté allí, delante de ella, cerca de ella, en ella, ese bruto con sus músculos enormes, su rostro mal delineado, sus bondadosos ojos azules, su melena rubia en desorden, sus manazas, sus ridículas rodillas, las correas de su coraza que rechinan, ¡las túnicas púrpuras con las que se reviste para parecer un rey!

Desde Tarso, él le enviaba una carta tras otra.

En esta ocasión, no le escribe, le envía un mensajero. Fonteio Capiton pregunta si la reina de Egipto acepta a Marco Antonio como esposo y si recibiría, como presente de bodas, además de la restitución del poder que tenía Egipto catorce siglos antes, en la época de Nefertiti y Akenatón, las tierras que piensa conquistar a la cabeza de sus legiones, todo Oriente hasta el

río Oxo, hoy en día llamado Amu Daria, que nace en la meseta de Pamir y desemboca en el mar de Aral.

Prosternado en tierra, Fonteio Capiton no puede ver cómo tiemblan entre las reales manos el flagelo y el cayado; ni los labios que se estremecen bajo la pintura; ni la mirada, disimulada por el maquillaje verde y negro, que brilla.

Capiton añade que Antonio, satisfecho con el título de Autócrata, no aspira al de rey.

Después del largo silencio que sigue a este asombroso ofrecimiento, la voz de Cleopatra resuena por fin, casi irreconocible:

—Con una condición —logra articular.

Capiton presiente que sera exorbitante. Pero sea cual fuere, el triunviro, que le ofrece a Cleopatra compartir con ella el imperio de Alejandro, le ha ordenado aceptarlo todo.

El hijo único de César —deja caer la voz alterada de la reina—, será nuestro único heredero. Con un tono aún más sordo, remata:

Pero, como si fuese la primera vez que subo al trono, el día que lo haga con Antonio marcará el principio de mi reinado, y contaré los años a partir de ese día.

XV

Cuando Cleopatra y Antonio miran hacia la otra orilla, aun separados por toda la extensión del Mediterráneo, ambos alcanzan el paroxismo de la pasión.

Unidos y desgarrados, su mal de amores se convierte en un tormento insoportable. Cumplir con los deberes de su rango les supone un gran esfuerzo: impartir justicia, organizar la buena marcha de una administración aplastante, recaudar y repartir los impuestos.

Las peticiones que sus súbditos le presentan resbalan de las manos de Cleopatra y sus ministros las recogen. No escucha a los sacerdotes quejarse de la violación del derecho de asilo en los templos, ni a los alcaldes exigir medidas urgentes contra los saqueadores de tumbas, ni a los embalsamadores implorar el permiso de agrupar a las momias en unos apartamentos a pesar de las reiteradas protestas de la población griega, que considera impuros a los cadáveres.

—Divina majestad, augusta reina, hija del Sol, Ojo de Ra, diosa del alba, ¡una momia no es un cadáver!

Antonio no logra concentrar su atención en las disputas de los caravaneros, de los tratantes de camellos, de los proveedores del ejército.

—Señor, este chalán nos ha timado. ¡Ha maquillado a los caballos! La tormenta de ayer disolvió la pintura, estaban cubiertos, ¡son unos pencos que solo sirven para el matadero!

Distraído entre tantos requerimientos bien fundados, Antonio corre hacia la playa para esperar a la reina.

Una mañana, a la hora en que el sol se eleva en Antioquía, la verdad golpea a Cleopatra en pleno corazón.

Ensimismada en un duelo que quiso infinito, ha odiado a Marco Antonio por no ser César.

—Hice algo peor, Carmiana, constantemente lo desprecié.

Sin embargo, en Roma, aquel día de los idus de marzo por siempre funesto, él arriesgó su vida en medio de los asesinos, llevó el cuerpo hasta la hoguera, pronunció la arenga fúnebre y obligó al Senado a votar los honores divinos para César.

Lo hizo por ella.

Se lo confesó tiempo atrás. Ella no lo creyó.

Al igual que César, Antonio ha peleado en todos los frentes; sus hombres lo adoran porque, lo mismo que César, comparte el peligro a su lado.

Ella nunca le ha reconocido sus hazañas guerreras. Cuando intentó seducirla con otros argumentos, se mofó de él.

El viaje hasta Tarso no era sino un sentido llamamiento dirigido a ella. Se hacía iniciar en unos misterios que ella consideró supercherías. ¡Pero no se burlaba cruelmente de César cuando pretendía ser un descendiente de Venus!

En Tarso no fue al encuentro de Antonio para reconocer su grandeza, sino para abrumarlo con los refinamientos de una civilización incomparable. Sin permitir que el desánimo lo venciera, él no renunció a probarle que la merecía, y se mostró como un verdadero Hércules, comiendo, bebiendo, amando con una desmesura consagrada a probarle que era, si no un dios menor, sí al menos de la misma talla que uno de esos héroes que recorrían Grecia en los tiempos en que los hombres inventaron el Olimpo.

Cómo se engañó a sí misma para escapar a la humillación de aprender que una nueva llama podía suceder a un amor considerado único, de una vez y para siempre, a los veinte años, y que habiendo llevado en su seno al hijo de César podía darle hijos a Marco Antonio.

XVI

Carmiana, llegué a decirle que se deslizaba en una cama que aún conservaba el calor de César, cuando mis sábanas estaban heladas desde hacía mucho tiempo...

Una lágrima asoma en el rabillo del ojo.

Carmiana sigue cepillando la oscura cabellera.

La lágrima resbala.

—Afortunadamente —exclama Cleopatra aplastando la lágrima contra su mejilla—, todavía no estoy maquillada... ¿He envejecido mucho?

Carmiana sonríe.

¿Envejecer Cleopatra? Por algo Egipto es el país donde los cuerpos se conservan durante millones de años, una ciencia que, faltaría más, ¡también aprovechan los vivos! Una parte de los secretos ardió en la Biblioteca. Con los que se salvaron, la juventud de Cleopatra y su belleza, que reflejan las del mundo divino, están aseguradas hasta el fin de sus días.

—Llevaré conmigo a nuestro hijos —dice—, ¡el Sol y la Luna! ¡Me estás haciendo daño, Carmiana!

Las manos de Carmiana son demasiado suaves y sus gestos demasiado delicados como para hacerle daño a su diosa.

—Carmiana, se dice que está loco por Antonia, la hija de Octavia... ¡Pero qué mal me estás peinando hoy!

Aparta a la criada y, con la cabeza entre sus brazos, estalla en lágrimas murmurando:

—Veré de nuevo sus gruesas rodillas.

En el fondo, Antonio nunca ha creído que descendía de Hércules. Convince a los imbéciles, y eso es todo lo que necesitan; pero él necesita algo más, pues, cuatro años antes, sorprendió a Cleopatra celebrando el culto.

Desde ese día, quiere casarse con ella y convertirse, a su lado, en un dios. Por no haber tenido el valor de hablarle del tema, se refugió en la mediocridad romana.

Aquel día la estaba buscando en palacio, y sus pasos lo condujeron hasta el templo.

Estaba junto al altar.

Y él, disimulado detrás de una enorme columna de vivos colores, subyugado por el recogimiento del lugar, embriagado por los perfumes que se elevaban de los pebeteros, se sintió conturbado. Aquel ceremonial interminable, pensado para conmover a los hombres, le llegó al corazón. Ya no veía a Cleopatra, la mujer y la reina, sino a una inaccesible divinidad encarnada para ir al encuentro de los mortales. Durante un instante, se había imaginado que comprendía los misterios de la resurrección del cuerpo descuartizado de Osiris, del peso de las almas, del Juicio y de la Vida en el Reino de los Muertos.

Ese mismo día decidió abandonar Egipto, poner fin al sacrilegio que cometía al poseer a una diosa. Así fue como terminó arrastrando su inconsolable desesperación hasta un aborrecido matrimonio.

XVII

Al contrario de lo que tanto uno como el otro afirmaron en su día, no había nada que los obligara a ese amor, ni la política ni la ambición ni la guerra ni la paz. Hubiesen podido escapar de las ataduras que los encadenaban, de ese pico furioso que hurgaba en sus entrañas como si se tratase del buitre que, por toda la eternidad, devora el hígado de Prometeo.

Cleopatra podía negociar una alianza como las que Roma sellaba constantemente con los reyes de los países aliados, o tomar el mando de una coalición de monarcas orientales, más que felices ante la idea de sacudirse el yugo romano.

Ninguna razón diplomática la obligaba a enamorarse. Pero amó a dos hombres, los amó sin límites.

Nunca hubo una pasión tan absoluta y desmesurada como la que la arrojó en los brazos de César, o como la que dominó al Imperator que, ya al borde de la vejez y después de haber probado todas las caricias y estar de vuelta de todo, ¡sintió florecer en él la inmortal juventud del primer éxtasis!

Y nunca hubo una llamarada tan ardiente como la que arrastró a Cleopatra y a Marco Antonio, Marco Antonio y Cleopatra, que los arrojó uno en brazos del otro, destruyendo los obstáculos que levantaban ellos mismos para liberarse e intentar vivir en paz, cada uno por su lado.

Cleopatra, mientras llora a la espera de ir al encuentro de Antonio, por fin admite que, después de haber adorado a César con un ímpetu que ni siquiera la muerte pudo quebrar ya que todas las mañanas quema el incienso de los dioses ante su estatua, ama por segunda vez.

Dos hombres, dos genios.

¡Hasta la misma Isis hubiera sucumbido!

Osiris no hizo por Isis ni la mitad de lo que los dos romanos han hecho por Cleopatra.

—Amarlos no es ni rebajarse ni venderse, Carmiana.

¡Entregarse a César y a Antonio para escapar a los débiles abrazos de dos niños no era prostituirse! Dos hombres, con toda la fuerza de su virilidad, la salvaron de las ansias de sus hermanos pequeños.

César fue padre y esposo; Antonio, hermano y esposo; dos aspectos de lo absoluto.

—Carmiana, he restablecido un equilibrio divino que, por error, estaba en peligro. Mis hermanos no pertenecían a mi verdadera familia, que no es la de la carne. ¿Decías algo? ¿Guardas silencio? ¡Con mi padre tampoco tenía nada en común! Puesto que soy una bastarda, ¿por qué debo ser la bastarda de Auletes? ¡Mi nariz aguileña es de César! Esta noche quiero beber. El vino se me sube a la cabeza... Antonio terminará de vaciar mi copa... Por supuesto, tú no crees que descende de Hércules, ¡es un dios demasiado reciente para una egipcia! Todo se confunde en mi cabeza... los colores sobre el mar, el rayo verde, el Faro... ¡Mira, un alción! César los llamaba kérylos. Estaba convencido de que las golondrinas de mar traen felices presagios. ¡Esta viene de Antioquía! ¡Entra en mis aposentos para hablarme de Antonio!

Cuando se embarca, Cleopatra aún no sabe si ha decidido casarse con Antonio.

Sin embargo, la reina de Egipto está tan profundamente enamorada como una lavandera que lleva su ropa al Nilo y observa la orilla contraria, donde vive su amado que, para reunirse con ella, debe hacerle frente a hipopótamos y cocodrilos.

Los cocodrilos que amenazan a Antonio se llaman Octavio y los partos. Mirándolo bien, tal vez sea mejor enfrentarse con los saurios, que se deslizan bajo el agua con los ojos entrecerrados y las fauces erizadas con dientes afilados como cuchillos.

CUARTA PARTE:

Un cesto de higos

*Quiero entrar igual que una novia
en el instante de mi muerte,
y correr hacia ella como hacia un lecho de
amor.*

*SHAKESPEARE, Antonio y Cleopatra,
acto IV, escena XV*

*Te llamo y mis lamentos ascienden hasta lo
más alto del cielo. ¿No escuchas mi voz? Soy
tu amada esposa en la tierra, y no amas a
ninguna otra mujer. Aquí, para mí, está
oscuro, aunque el sol brilla en el cielo. Cielo y
tierra son uno, y la oscuridad ha invadido la
tierra. Las ciudades viven sumidas en el dolor,
los caminos ya no conducen a ninguna parte.
Mi corazón sufre, pues la desgracia te ha
llevado. Echo de menos tu amor.*

Las lamentaciones de Isis

Frente al mar, en medio de los mirtos, de los sicomoros y de los laureles que le han dado su fama a Antioquía, Cleopatra y Antonio, rodeados de sus hijos, conciben un plan para reconquistar el imperio de Alejandro. El sueño y la realidad se entrelazan y los transportan a un mundo donde ya se creen a la altura de los dioses.

Si a veces, entre tanta exaltación por los preparativos, perciben una fisura, pronto la descartan para no caer en la tristeza, no quieren que nada le haga sombra a su perfecta felicidad. Sin embargo, a medida que Antonio, por amor a Cleopatra, se esfuerza en acceder al universo de los dioses, Cleopatra renuncia a ese universo por amor a Antonio. Alejan el tormento que les causa un vuelco tan doloroso gracias a una constante armonía, y se lanzan a un amor decidido a vencer todos los obstáculos, hasta la muerte.

Así, con este ánimo, deciden dar la batalla juntos, sin separarse en medio de los combates a fin de que su victoria haga su unión indiscutible, incluso para el egipcio más altivo o el romano más reticente.

Comprometida en una entrega total, Cleopatra olvida cualquier asomo de desconfianza.

Ella, que siempre les ha negado su ayuda a los romanos, ahora incita a Marco Antonio a gastar parte de sus inmensas riquezas. Y así, él logra reclutar un formidable ejército: ciento veinte mil soldados de infantería y treinta y tres mil jinetes. El bramido de esta gigantesca formación, que plasma la alianza de Roma y Egipto, llena de espanto a toda Asia y de consternación a Octavio.

Las tropas están divididas en tres cuerpos.

Tatiano, con dos legiones más el concurso de los reyes aliados y sus efectivos, cruzará Armenia pasando por la altiplanicie de Erzerum.

Transportará los ingenios para poner sitio a las fortalezas y las torres de madera, montadas sobre ruedas, que permiten los asaltos.

Cleopatra y Antonio conducirán a la caballería y al grueso de las fuerzas por el camino más directo.

Calímaca, el estratega de la reina, para quien creó el cargo de «vigilante del mar Rojo y del océano Índico» cuando sus sabios descubrieron el fenómeno de los monzones y lo provechosos que podían ser para la navegación, seguirá el curso del mar Rojo a la cabeza de la flota egipcia llevando armas, pertrechos y tropas de refuerzo.

El enorme ejército se pone en marcha y cruza el desierto de Siria hasta el Éufrates, donde está previsto que se divida.

En Mari, una de las ciudades míticas construidas a orillas del río, Cleopatra se siente indispuesta. Aunque ella piensa que se debe al calor y al agua que había bebido de un pozo, su médico le anuncia que va a ser madre. No puede creerlo después de todas las precauciones que habían tomado. Dioscórides se muestra tajante: si no quiere perder al niño, la reina debe volver a Alejandría.

Aunque aceptan la separación, no es un buen augurio:

No puedes vivir sin mí —afirma Cleopatra sin ocultar su inquietud.

Pero puedo pelear sin ti, y el ejército debe ponerse en marcha sin demora. El invierno en las montañas...

—..., es mortal, ¡ya lo sé! Pero no has dejado de repetirme que no eres Alejandro y que necesitas mi presencia.

Egipto me ha enseñado que, sin la unión de lo femenino y lo masculino, cualquier poder está lisiado. Sin embargo, aleja cualquier preocupación, reina mía. Juntos concebimos el plan de esta campaña y, por ti, yo seré Alejandro.

Lo ve alejarse; una funesta inquietud oprime su corazón.

A marchas forzadas, Antonio se dirige hacia Oriente; mientras, ella parte en sentido contrario, en etapas cortas para proteger a este cuarto hijo que verá la luz en Alejandría. Cada vez que el cortejo se detiene, ella se toma el tiempo de escribirle a Marco Antonio en tablillas de cristal y de cornalina.

En Alejandría, el anuncio de un desastre aguarda a la reina.

El ejército de Tatiano ha sido aniquilado junto con todos los artefactos para los sitios; Antonio, en vez de volver para reconstruir sus efectivos, prosigue las operaciones en solitario.

Cuando Cleopatra se entera, con las dos manos sobre su vientre como para proteger a su hijo de una catástrofe que también puede afectarlo a él, titubea y murmura:

Es una locura sin sentido. Antonio no puede derrotar a los partos con un solo ejército y sin los ingenios. No tiene catapultas ni arietes, así, ¿cómo va a tomar por asalto las ciudades enemigas? Se verá forzado a sitiarlas una tras otra. En vez de una serie de ataques rápidos como habíamos previsto, tendrá que librar una guerra de desgaste. Se enfrentará a una campaña de invierno y lo masacrarán.

II

Durante todo el invierno, las noticias de las derrotas se suceden sin interrupción en Alejandría. El desastre está a la altura del tamaño de los preparativos que lo precedieron. Es una catástrofe militar como la Historia conoce pocas.

Los detalles son tan dramáticos que Cleopatra ordena que se los oculten durante los días anteriores al nacimiento de su hijo. Por fin, después de una espantosa retirada, los sobrevivientes se dirigen hacia Siria. En cuanto se entera, Cleopatra ordena izar las velas y se dirige a reunirse con Antonio.

Al otro extremo de la playa donde desembarca, Antonio, que se arrastra con sus compañeros de armas, se niega a verla.

—Eros —le ordena a su liberto—, ¡has jurado que no permitirías que los partos me capturasen vivo! La hora ha llegado, hunde tu espada en mi corazón.

—Señor, deliras bajo este sol de fuego. Los partos están lejos y la reina se acerca.

—Deshonrado, vencido, me escupiré a la cara.

La reina os ama, señor.

Hunde tu daga —repite Antonio arrojando su coraza, rasgando su túnica y ofreciendo su pecho desnudo a su liberto.

Eros, sollozando, cae en tierra ante él.

Antonio da unos pasos antes de desplomarse a su vez, bocabajo, mordiendo la arena.

—Carmiana, Antonio tiene miedo —afirma Cleopatra al desembarcar—. El hombre más poderoso de la tierra es solo un niño. Sé que está llorando en alguna parte. Su fuerza le abandona a la hora de afrontar la adversidad.

Después de socorrer a los soldados moribundos, se matará. Mira, en esta playa solo hay muertos... No digas nada. Tampoco pienses que recuerda a aquella otra donde sus amigos descubrieron el cuerpo decapitado de Pompeyo. ¡Yo busco a un vivo! ¡Antonio aún respira, estoy segura! Debo encontrarlo... Estoy cansada de mover cadáveres... Mira allí, al borde del agua, es su coraza que se balancea sobre las olas. Valor..., no puede estar lejos.

Se arrodilla junto a Antonio, lo voltea, limpia su boca, lo mece en silencio.

Mis legiones —murmura Antonio con sus labios agrietados y sin abrir los ojos—, mis legiones, desaparecidas...

—Yo te daré más soldados —le susurra Cleopatra.

—No permanezcas a mi lado, reina mía. Olvida que has conocido a Marco Antonio, borra su recuerdo de tu memoria y aléjate con tus andares de diosa hacia otro futuro. Dale la espalda a este vencido que quería traerte los laureles de Alejandro... Los partos aún tienen las águilas de Craso que yo quería recuperar, y tú ignoras el monto de mis pérdidas y que te he arruinado.

Entreabre los párpados, mira al cielo fijamente para no ver a Cleopatra, que le responde con una voz que intenta ser firme:

No me confíes lo que ya sé, mi querido corazón.

Cuarenta y ocho mil infantes —exclama él con voz cortada mientras las lágrimas brotan de sus ojos—, y veintiocho mil jinetes.

La mano de Cleopatra se crispa, pero ella repite su promesa:

Te daré más.

—Caminamos sobre la nieve, extenuados, sufriendo una emboscada tras otra. Cada escaramuza era más sangrienta que la anterior. Dieciocho veces logramos dejarlos atrás. Franqueamos desfiladeros sobre gargantas cuajadas de hielo, y las pasarelas se rompían arrastrando al abismo a los hombres que gritaban. El pan de cebada se pagaba a precio de oro. Comimos una planta que volvía locos a los infelices que la probaban; los veías llevar a sus espaldas rocas enormes a través del campo, y ningún razonamiento podía hacerles desistir de una ocupación tan insensata, hasta que se desplomaban echando espumarajos por la boca.

Cierra los ojos.

Su coraza sigue bailando sobre las olas, que no tienen fuerza suficiente para atraerla hacia mar abierto ni para arrojarla sobre la playa.

El agua murmura una queja.

Afligida por la tristeza, Cleopatra observa el corpachón que se aferra a ella con sus últimas fuerzas. Está reseco, tieso, endurecido. Como un árbol herido por un rayo, está cubierto de cicatrices y de costras de sangre. Sus cabellos, que antaño brillaban como la seda amarilla, ahora están pegados a su frente y parecen el plumaje de un pajarillo empapado. Sus párpados están rojos e hinchados, sus mejillas hundidas, surcadas por profundas arrugas.

El sufrimiento ha esculpido su rostro y refinado las líneas hasta hacerlo perfecto. Ahora es tal y como siempre se ha hecho representar, liberado de las redondeces de una carne ávida de placer.

Con los ojos ardiendo en lágrimas, lo consuela:

—A pesar de la retirada en la nieve y de tantos muertos —afirma mientras acaricia el rostro del Triunviro herido hasta lo más profundo de su alma— ¡Antonio es el vencedor! Lo es pues ningún motín estalló durante la retirada. Los soldados adoran al jefe que nunca los abandona, que no goza de ningún trato de favor, que vela por ellos cuando están enfermos, que los sostiene cuando están moribundos, que no descansa, que en todo les da ejemplo, cuyo valor nunca desfallece, y que logra reconducir indemnes, en medio de un invierno tan terrible que ningún ejército del mundo habría podido sobrevivir, a la mayoría de sus hombres.

—Vencidos —solloza el héroe moribundo.

—Una sola derrota no puede acabar con Antonio —asegura Cleopatra— ¿Acaso olvidas quién eres?

Él se incorpora a medias y posa la cabeza sobre las rodillas de su reina.



El hombre que Cleopatra lleva hasta Alejandría está al borde de la muerte, y aunque a base de cuidados el cuerpo sana al fin, la otra herida no se cierra. Antonio se muestra inconsolable y no logra olvidar la hecatombe. Sus soldados muertos lo atormentan durante el sueño. Vive rodeado de fantasmas. Unas sombras le piden cuentas. Perseguido por su ejército destruido, cae en una desesperación de la que el amor de Cleopatra no consigue arrancarlo.

Desde que vio a aquel gigante abatido sobre la playa, en medio de cuerpos tan agotados por el sufrimiento que parecían cadáveres, la reina, convencida de que César era el único que podía realizar el sueño de Alejandro, renuncia a las conquistas.

Le demuestra a Antonio que las divinidades acaban de lanzarles una terrible advertencia. Le dice que la inexplicable derrota es el signo de una desaprobación, una llamada al orden sin paliativos que les concede el tiempo de recuperarse y de comprender que la vida es el único bien en este mundo. Deben admitir que Egipto es una potencia formidable que puede prescindir de Asia.

Antonio la escucha sin hablar.

Para intentar convencerlo, Cleopatra también le explica que Alejandro se apoderó de tierras vírgenes donde fundó numerosas ciudades. Estas ciudades ahora están pobladas y oponen resistencia. Hoy, ni siquiera Alejandro podría conquistarlas.

Antonio no atiende a razones. En Antioquía le prometió a Cleopatra el imperio de Alejandro. Quiere cumplir su promesa, sobre todo ahora que un enemigo de ayer, el rey de los medos, subyugado por la forma en que el triunviro fue capaz de escapar a la muerte, ofrece la inesperada alianza de su ejército, que vuelve contra los partos.

Cuando se creía vencido, Antonio descubre que Cleopatra le ha dicho la verdad: su derrota no es más que un fracaso a medias.

Apenas lo ha comprendido y ya surge un nuevo peligro.

En Roma, Octavio ha acabado con la mayoría de los obstáculos que se interponían en su camino. El joven tímido ha ganado tanta confianza en sí mismo que se ha deshecho del insignificante Lépido y, ahora que los territorios africanos están bajo su dominio, se desliza hacia Egipto igual que una pitón.

Convencida de que el mundo no es lo bastante grande para albergar a dos hijos de César, Cleopatra intenta persuadir a Antonio, que insiste en tratar a Octavio como a un enemigo despreciable.

—Octavio nos odia —afirma Cleopatra—. A. mí porque soy una reina. A ti porque eres mejor que él.

—Te equivocas. ¡A mí me odia porque te poseo! Piensa que eres parte de la herencia de César y que le correspondes por derecho.

—Tendría que habérmelo dicho —contesta riendo—, tal vez lo hubiese pensado mejor.

Él la abraza.

—Eres el sueño inaccesible de todos los hombres —le dice escrutando su rostro para conocer el fondo de su alma—. También lo eres para mí, que te poseo, aún más que para cualquier otro.

IV

Por esos días llega a la ciudad una noticia que fulmina a Cleopatra. Octavio ha enviado a su hermana a Atenas con dos mil hombres y un mensaje para Antonio: «¡Toma el mando de los soldados que tu esposa ha reunido para ti!».

Desde hace meses, Cleopatra hace gala de todo su encanto y de sus dotes de persuasión para impedir que Antonio se lance de nuevo contra los partos; y ahora, él emprende los preparativos para reunirse con Octavia, que sigue siendo su esposa. Cleopatra ha logrado evitar que acudiese a una cita segura con la muerte en el río Oxo, ¡y él se reconcilia con Octavio! Ya le demostró una vez lo inconstante que podía ser. Por entonces, ella no era tan vulnerable. No soportará un nuevo abandono, pero es incapaz de defenderse, de hacer valer sus derechos, de desatar una de esas guerras domésticas que destrozan a las parejas.

Ha recurrido a toda su energía, primero para arrancarlo a la muerte, después para convencerlo de no emprender una nueva acción que diezmaría al ejército; ya no le quedan fuerzas para defender su causa, la de Egipto y la de sus hijos.

La impotencia y la tristeza la ahogan.

La asalta una angustia tan violenta que zozobra en la melancolía de la que, poco tiempo atrás, rescató a Marco Antonio. Pierde el sueño, apenas come, la contemplación de los mejores espectáculos la aburre y pronto se niega a dejarse ver.

Por primera vez, se encomienda a sus ministros y chambelanes para gobernar. Durante algún tiempo, merced a su fuerza de voluntad, consigue mantenerse en pie, luego se desploma y se recluye en sus aposentos.

Entonces piensa en su propio fin con una indiferencia tranquila, incapaz de imaginar ningún otro medio para escapar a la trampa que le ha tendido

Octavio. Ni siquiera la presencia de Alejandro Tolomeo, su cuarto hijo, tan resplandeciente como los otros, le sirve de consuelo.

Por más que Carmiana le insiste que la vida de la reina de Egipto le pertenece a los pueblos que gobierna, Cleopatra ya no escucha.

Absorto en los preparativos de la marcha, Antonio finge no darse cuenta de nada. Los escribas reales, el secretario particular, los médicos intentan hacerle ver que es imposible que abandone a la reina en el estado en que se encuentra. Le recuerdan hasta qué punto lo ama y que siempre le ha sido fiel. Exasperado, los despide. Pero le han cortado el apetito. ¿Y si sus palabras fuesen sinceras?

Invade sus aposentos sin previo aviso. Ella no tiene tiempo de prepararse. Toma su rostro en sus manos, examina sus ojos desmesuradamente grandes por la falta de sueño, las mejillas hundidas, los rasgos tirantes. La rodea con una manta y la toma en sus brazos como a un tesoro, llorando, pidiéndole perdón, hablándole como a un niño, consolándola. Le promete que permanecerá a su lado y que no la abandonará; y, sobre todo, le jura que Octavia no significa nada para él.

V

El estado de Cleopatra es tan alarmante que, esta vez, Antonio cumple sus promesas.

Le informa a Octavia que puede volver sobre sus pasos y aplaza la expedición contra los partos.

Al llegar la primavera, la vida de la reina ya no corre peligro y recupera las ganas de vivir. Su belleza, aún vacilante, conserva una sombra de la fragilidad pasada, y el brillo luminoso de una juventud que parecía eterna deja paso a un resplandor más secreto.

Antonio sospecha que Cleopatra ha interpretado una farsa para retenerlo y se venga en la brutalidad del amor.

—Te odio —le dice con rabia atrayéndola hacia él.

Si al menos aquella vida inimitable hubiese durado algo más; pero nada es para siempre, han despedido a sus amigos y renunciado a unas fiestas que ya no les distraían. Ella sonríe y le pregunta:

¿Has creído que deseaba reservarte para mí?

¿Y no era así?

¿Quieres una prueba?

Él roza con sus labios la vena turquesa que sobresale en su cuello, mientras ella le anuncia en un susurro:

El rey de Armenia, Artabaces, nos traiciona.

Nuestro mejor aliado no puede... ¿Cómo lo sabes?

Porque hablo todas las lenguas y recompenso a los que me sirven más allá de lo que pueden soñar.

¿Y escuchas tras las puertas?

Leo las cartas.

Ella se aparta. Él vuelve a estrecharla contra su pecho.

—Octavio, astutamente, se ha apoderado de la mitad del imperio —afirma la reina—, y ahora, para aislarnos, compra a nuestros aliados.

Sin separarse de él, recoge unas tablillas de una mesa baja.

Antonio las lee y luego se tiende con las manos bajo su nuca.

—¿Acaso has provocado esta traición para procurarme el placer de una guerra? —pregunta al cabo de un tiempo.

Acodada sobre la cama, se inclina hacia él y sonríe:

Conoces bien Armenia. La has atravesado dos veces. ¡Ve allí y restablece el orden! No pierdas tiempo con los adioses. Cesarión quiere acompañarte, pero es demasiado joven para compartir tu gloria. Cuando vuelvas, será coronado, Egipto tendrá un rey y ya no habrá obstáculos para que te tome por esposo.

La felicidad de ser empujado hacia la victoria por la reina que adora, arroja a Marco Antonio a sus pies. Abraza sus piernas, hunde la cabeza entre sus rodillas, igual que lo hizo en la playa donde estaba a punto de morir.

Ella lo aparta con dulzura:

¡Ve!

Mañana —suplica él incorporándose—. Permítenos esta noche que apenas despunta.

Ella rodea su cuello con dos brazos ardiendo en un deseo compartido, se separa a su pesar y, cuando él intenta retenerla:

—Vete en el acto —afirma—, ¡es lo que deseas realmente!

Él la besa con ardor y se aleja corriendo.

Volverá victorioso, es lo que le dice a Cesarión.

Pero si no... —objeta el joven príncipe. —Victorioso —murmura la voz insistente de Cleopatra—. No tiene otra elección.

¿Victorioso o ...? —Cesarión interrumpe su frase al instante.

—Vivo o muerto, en ambos casos, victorioso —confirma Cleopatra.

VI

Tras derrotar al rey Artabaces, Marco Antonio decide celebrar su triunfo en Alejandría. Este hecho sin precedentes provoca en Roma un gran desasosiego, circunstancia que Octavio aprovecha sin recato. Viola el santuario de las Vestales, se apodera del testamento de Antonio y lo lee ante el pueblo para despertar la ira contra su rival. En el codicilo, Antonio solicita ser enterrado no a orillas del Tíber, en la madre patria, sino junto a Cleopatra, a orillas del Nilo.

Mientras el nombre de Antonio es abucheado en el Foro, todos, amigos y enemigos, toman conciencia de que la celebración del triunfo en Alejandría equivale al triunfo de la política de Cleopatra.

Ya nadie se llama a engaño, y aunque el odio de Octavio no deja de acentuarse, las prevenciones de los egipcios más hostiles ante el matrimonio de su reina se derrumban. Venidos desde cualquier punto de la cuenca mediterránea, una muchedumbre alborozada participa en los festejos que, tras durar varios días, concluirán con una apoteosis.

Mientras la pareja real da la bienvenida a los monarcas amigos en el palacio de Bruquión, la gente anónima paga fortunas por un jergón y, en las tabernas, el precio de la cerveza se triplica.

La víspera del desfile, la multitud, contenida a duras penas por los soldados y la policía, se instala a todo lo largo del recorrido. Desde los alrededores del palacio de Loquias hasta el Serapeion, ocupa las avenidas que bordean el templo de Neptuno, el Museo, la Biblioteca, el Foro, los paseos, los jardines de la Regia y la avenida de Canopos; todos quieren reservar un buen puesto de observación y se disponen a pasar la noche a la intemperie. Cleopatra, que ha previsto esta afluencia, ordena distribuir gratuitamente víveres, bebidas y esteras.

Al día siguiente, cuando los legionarios salen de palacio portando escudos acuñados con la letra C, monograma de Cleopatra y Cesarión, las aclamaciones estallan. Ya no cesarán, y, cuando parece que han llegado a su paroxismo, aumentan con la aparición de Marco Antonio. El vencedor exhibe al rey de Armenia, Artabaces, y a una interminable fila de prisioneros que caminan delante de él.

Al paso de los cautivos, que no inspiran ninguna compasión, las ovaciones se transforman en abucheos. Silbidos e insultos llueven de todas partes. Más que el peso de las cadenas, son los escupitajos los que obligan a los prisioneros a doblar el espino en medio de una multitud tan feroz como en Roma en las mismas ocasiones.

De pie sobre un carro dorado tirado por cuatro caballos blancos, imponente como el dios Marte, resplandeciente como un nuevo Osiris, Marco Antonio, cubierto de púrpura, provoca grandes salvas de aplausos.

A su espalda traquetean los carromatos cargados con el botín. El público salta de alegría al ver semejante fortuna y redobla sus aclamaciones para el conquistador.

Después de los tesoros de Armenia, las delegaciones enviadas por las ciudades vasallas le presentan a la multitud las coronas y las guirnalda de oro destinadas a Marco Antonio.

Las tropas egipcias y los contingentes orientales, que también participaron en la victoria, cierran el fastuoso desfile. A su paso, un nuevo frenesí se apodera del público.

Por último, el cortejo triunfal remonta la avenida del Serapeion donde Cleopatra, rodeada por centenares de grandes sacerdotes y altos dignatarios, espera a Marco Antonio para dedicarle la victoria y el botín al dios Serapis.

En Roma, César había celebrado cuatro triunfos en presencia de la jovencísima reina.

Hoy, ella triunfa con Antonio, y la multitud grita su nombre con más fuerza que el del romano.

La ceremonia que empieza entonces es la más grandiosa de cuantas se celebraron durante el reinado de Cleopatra. No solo el templo se colma de rezos, también en el exterior el pueblo, que hasta unos momentos antes hervía de excitación, se recoge y ora piadosamente.

Todos los que asisten al solemne oficio se ven subyugados por la certeza de que se está escribiendo una página de la historia. La reina y el triunviro despiertan una esperanza de paz y felicidad universales, pues Egipto, en ese

momento, es el eje del mundo, y la presencia de Antonio, que significa el poder de Roma, hace posible este milagro.

El futuro depende de la acogida que los dioses de Egipto y Grecia, indisolublemente unidos en este templo, le tengan reservada a la pareja.

VII

Artabaces conoce la costumbre. Tras la celebración de los triunfos se ejecuta a los cautivos. Aunque a menudo se mostraba generoso, César no perdonó a Vercingetórix; después de que le sacaron los ojos y de padecer los abucheos del populacho, fue estrangulado.

Artabaces sabe que ya no tiene nada que perder; cuando lo conducen ante el trono para postrarse y rendirle a la reina el homenaje reservado a los dioses, se niega. Su destino parece sellado. Antonio no suele perdonar a los vencidos, y la reina ha sufrido una afrenta.

Pero ella solicita la gracia para el traidor. Una vez repuestos de la sorpresa, los alejandrinos aclaman a Cleopatra y Marco Antonio como la encarnación de los «dioses benefactores» del Egipto eterno.

Durante ocho días, paradas, desfiles militares, espectáculos y banquetes se suceden sin interrupción hasta la ceremonia que tiene lugar en el hipódromo, donde se ha instalado un enorme estrado de plata y, sobre él, seis tronos dorados. Vestida con el atuendo de Isis, que revela las voluptuosas formas de un cuerpo de treinta y siete años, tocada con la doble corona, sosteniendo el flagelo y el cayado, Cleopatra ocupa el más elevado.

Sus cuatro hijos están sentados a sus pies.

El trono de Antonio aún está vacío.

Al pie de la gigantesca escalera que conduce hasta el pedestal, el vencedor, a quien su estatura y su cabello rubio confieren ya los atributos de un dios, recibe de los sacerdotes los emblemas de Dionisos: una corona de oro entrelazada de hiedra, y el tirso, una vara cubierta de pámpanos y de hiedra, rematada con un pomo en forma de piña. Una vez divinizado, puede acercarse

a Cleopatra Isis sin cometer una blasfemia. Lentamente asciende hacia ella mientras centenares de címbalos de bronce no dejan de retumbar.

Cleopatra cree ver acercarse al temible Set, dios del trueno y del rayo.

Al llegar a lo más alto de las escaleras, después de inclinarse ante la reina con tanta adoración como gratitud, se vuelve hacia el pueblo que se apiña en las graderías para oírlo. Con su poderosa voz reafirma la divinidad de la reina, le confiere el fabuloso título de «Reina de Reyes»; luego proclama a Cesarión «Rey de Reyes» y, con su madre, corregente de Egipto y de los países bajo su poder.

El estruendo de ovaciones que saludan sus palabras queda aplacado cuando Antonio describe sus conquistas, antes de enumerar los territorios que le entrega a Cleopatra según el acuerdo de Antioquía: la península del Sinaí; la provincia romana de Arabia, incluida la ciudad de Petra; la costa oriental del mar Muerto; una parte del valle del Jordán con la ciudad de Jericó; una porción de Samaria y de Galilea; la costa fenicia, exceptuando las ciudades libres de Sidón y de Tiro; el Líbano; la costa septentrional de Siria; una parte de Cilicia, incluida Tarso; la isla de Chipre y una parte de Creta.

Al terminar tan prestigiosa enumeración, se vuelve hacia su primogénito, Alejandro Helios, el pequeño Sol, de seis años, a quien le entrega los reinos de Armenia, Partia y Media.

El pequeño rey viste a la usanza de los medos, una tiara alta con cubrenuca, una túnica de manga larga que cae sobre un pantalón bombacho estilo persa. Un manto, recogido sobre un hombro, flota a su espalda. Con el rostro serio, mira a sus padres con adoración.

Marco Antonio, el invencible gigante de dorada cabellera, le ha explicado que, juntos, derrotarán a los partos, y el niño se pavonea mientras intenta reprimir una vaga inquietud que le sobreviene ante el desmesurado futuro que le aguarda.

A la hermana gemela del pequeño Sol, Cleopatra Selene, la joven Luna que tiene el mismo encanto que su madre, le corresponden Libia, Cirenaica y una parte de la costa de África del Norte, lo que representa unos territorios con una superficie equivalente a la que acaba de recibir su hermano.

El último hijo solo tiene dos años.

Está vestido al estilo macedonio: un manto, botas y el singular gorro cónico rodeado por una diadema que adoptaron los sucesores de Alejandro. Proclamado por su padre rey de Fenicia, Cilicia y Siria septentrional, Alejandro Tolomeo saluda a la multitud que lo aplaude agitando sus manitas.

Por fin, después de haber proclamado su matrimonio con Cleopatra y afirmado que sus hijos eran dioses, Antonio ocupa el trono que la reina le ha reservado.

El ruido de los címbalos que acompasa sus palabras es apagado por el formidable grito de alegría lanzado hacia el cielo por la multitud puesta en pie. Las flores llueven sobre la reina.

Iluminados por los rayos de un sol declinante, Cleopatra y Marco Antonio, en lo más alto del estrado de plata, parecen dos ídolos cubiertos de púrpura y fundidos en oro puro.

VIII

En Roma, la humillación por el triunfo celebrado en Alejandría solo es comparable con el asombro ante el perdón otorgado al rey de Armenia, al que Antonio y Cleopatra han instalado, con su familia y su séquito, en uno de sus palacios. En cuanto a la ira, con gran enojo por parte de Octavio, pronto se aplaca ya que ninguna de las decisiones que Antonio ha tomado lesionan los intereses de Roma.

Marco Antonio ha obrado de acuerdo con las leyes al instaurar numerosos Estados vasallos, como ya lo hizo cuando entregó Judea, Ponto, Galacia y Capadocia a unos monarcas fieles a la República y afectos a él. La elección de Cleopatra, del hijo de César y de sus propios hijos, incluso hace suponer que su adhesión será más generosa y su fidelidad más segura.

No hay forma de impedir que Roma adore a Antonio. Por más que viva lejos, prepare su tumba a orillas del maldito Nilo, considere a Alejandría igual a Roma, humille a su patria y a sus conciudadanos, los romanos siguen amándolo.

Y Octavio pretende que Cleopatra lo abandone por él, ¡abandonar a Marco Antonio, a este Hércules viviente, a este Dionisos, a este Marte que, junto a ella, une a Oriente y Occidente!

Contra un rival de esta talla, Octavio dispone de pocos medios, y va a utilizar los más inmundos.

Octavio es un cobarde que teme las heridas y la muerte en el campo de batalla. En Farsalia se cubrió de oprobio. No puede arriesgarse de nuevo. Los romanos son demasiado aficionados a las hazañas guerreras, al heroísmo.

Entonces, para lograr la victoria por otros medios, emplea una técnica infalible. Reemplaza el valor y la estrategia militar por dos palancas políticas

que maneja a la perfección: una feroz propaganda llena de falsedades y el oro de la corrupción.

Así, vierte sobre la ciudad un torrente de libelos y panfletos señalando a la vindicta pública al «toro degenerado», al «odre hinchado de vino», a la «prostituta infame entregada a todos los vicios» y al «bastardo de un generalote borracho».

Pero Roma, que ha reconocido a Cesarión, se indigna ante este caudal de ultrajes. Octavio comprende su error y, olvidándose de dos de sus tres objetivos, concentra sus dardos en Cleopatra, la reina de Oriente, a la que desea y a la que odia con la misma pasión. Es a ella a quien hay que destruir, ella, que se alza frente a Roma. No en contra, sino en frente; pero jugando con este matiz podrá asustar a la plebe.

Para aniquilar a la reina diosa que encarna a la monarquía y a la feminidad, ambas execrables para Roma, Octavio ataca a la mujer. Según él, todos los golpes están permitidos y lanza contra ella la campaña de difamación más innoble y más eficaz de la Antigüedad.

Además de «la egipcia», la «hermana incestuosa», «la feroz eringia del Lacio cuya impureza provoca la desgracia de Roma», la criatura «tan libidinosa que se prostituye y a la que muchos hombres compran el favor de una noche al precio de su propia vida».

De rebote, la difamación también afecta a Marco Antonio, que es descrito como un infeliz descarriado que ha caído en las redes de una «pérfida hechicera», de una «hembra embelesadora y lúbrica», la «serpiente del Nilo», que lo ceba con afrodisiacos y lo retiene contra su voluntad. ¡Temible poder el de esta hechicera que ha capturado a tan gran romano, un general en el que la patria había depositado tantas esperanzas!

Por primera vez en la Historia, la mentira golpea igual que un arma de guerra.

La calumnia, repetida sin cesar, impacta con la regularidad del ariete que quiere hacer saltar una puerta en pedazos. Bajo el efecto hiriente de una propaganda tan grotesca, incluso los espíritus razonables empiezan a dudar e, insensiblemente, se dejan convencer de que es preciso arremeter contra Alejandría, foco de podredumbre y estercolero, para «librar al mundo de esta pestilencia en nombre de la salud pública».

Antonio replica.

El duelo a muerte ha empezado.

En los cielos del Mediterráneo se cruzan bravatas e insultos.

En ningún momento, Cleopatra se rebaja a responder, como tampoco se digna a lanzar una campaña difamatoria contra Octavio. Roma se solaza en la porquería y el fango. Todo caerá sobre Octavio. La reina no empuña unas armas tan sucias. Perdería el amor de un pueblo que nunca la ha adorado tanto como ahora. En cada cruce, Alejandría le erige una estatua. Las ciudades del Delta, las grandes metrópolis que jalonan el curso del Nilo hasta Etiopía, la representan con Cesarión. Los muros de los templos se cubren de inscripciones, de adornos con su nombre, de bajorrelieves y esculturas donde aparece con los rasgos de Isis o de Hator.

Después del intercambio de afrentas, se prepara la guerra.

Cleopatra y Antonio trasladan su cuartel general de Grecia a Éfeso, de allí a Atenas y luego a Patras.

Mientras Antonio concentra las doscientas galeras de la armada egipcia y las tropas aliadas, Cleopatra organiza el avituallamiento de cereales, vino, pertrechos, armas y municiones.

Conscientes de que la reina defiende su independencia, su soberanía y su libertad, los monarcas orientales se alistan a su lado: Boqus, rey de Mauritania; Tarcondímoto, soberano de la Alta Cilicia; Arquelaos, rey de Capadocia; Filadelfo, rey de Paflagonia; Mitrídates, rey de Comagene; Roimétalco, rey de Tracia; Amintas, rey de Galacia; Malicos, rey de Arabia.

Salvo Herodes, que prefiere consagrarse a reconstruir el Templo de Salomón y a masacrar a los miembros de su familia, pues aún no ha llegado el momento de exterminar a los Inocentes para impedir que el Mesías lo despoje de su trono, todo Oriente se agrupa en torno a Cleopatra y Antonio.

Espantados por tan insólita concentración, cuatrocientos senadores romanos viajan con la esperanza de convencer al triunviro, perdido entre tantos monarcas.

Llegan a un campamento donde se codean soldados vestidos con uniformes de todas las naciones, que empuñan infinidad de armas exóticas y se expresan en jergas imposibles. Los senadores se marean ante aquel tornasol de vivos colores, de telas, cueros, metales que brillan y chocan, mientras los caballos son conducidos al abrevadero en un marcial estrépito, y jóvenes oficiales se enfrentan en justas amistosas, y se transportan los materiales en carromatos atestados tirados por imponentes bueyes, mientras se afilan los

sables, se reparan los timones y las meretrices sufren los asaltos de los soldados.

El orden y el rigor de las legiones, apoyadas por este magnífico tumulto, dan la impresión de conformar un ejército invencible en el que se fusionan las cualidades de Oriente y Occidente.

Todavía aturridos por el poder que emana de semejante despliegue, los senadores constatan desolados que la insolente reina de Egipto no solo se prepara para combatir, sino que Antonio tolera que ella les dé órdenes a los soberanos y actúe como jefe militar, como «Reina de Reyes». La idea de que ella, que habla su lengua, es la única que puede hacerlo, no se le pasa por la cabeza ni a uno solo de los cuatrocientos senadores.

Estos hombres seniles llegados desde lo más profundo de su Lacio para arrancar a Marco Antonio de las garras de una hechicera, descubren, al lado del triunviro enamorado, a una amazona bella como los astros; a una reina que afirma velar mejor por el futuro de sus hijos contribuyendo a la victoria que permaneciendo junto a ellos dedicada a hilar —opinión que ridiculiza el gran designio de Octavio, pues todas las mujeres de su casa se ven obligadas a tejer túnicas.

Rumiando las monstruosas calumnias inventadas contra esta pareja prodigiosa, los senadores perciben entonces el verdadero envite de una guerra que no se parece a ninguna otra. Para defender una concepción viril y exclusiva del poder, la República ataca a la realeza de origen divino.

Al volver a Roma se apresuran a declarar a Marco Antonio «enemigo del Estado» y «desposeído de todos sus cargos y funciones, considerando que permite que una mujer los ejerza en su lugar».

IX

Para cumplir con el gesto ritual, Octavio empuña el venablo sagrado del templo de Belona y, en el Campo de Marte, lo lanza en dirección este. Con el pretexto del ataque a Egipto, desencadena un nuevo episodio de la guerra civil, iniciada dieciocho años antes cuando César cruzó el Rubicón. Mientras concentra a su ejército en Brindisi, al sur de la península, Cleopatra y Antonio, en Grecia, con setenta y cinco mil legionarios, veinticinco mil ayudantes y quince mil jinetes, establecen su campamento sobre el promontorio de Actium.

Desde allí pueden contemplar su enorme flota anclada en el golfo de Ambracia: quinientas naves de guerra y trescientos barcos de transporte, eso sin contar la escuadra de sesenta naves bajo las órdenes directas de Cleopatra.

Octavio cruza el mar y, a su vez, desembarca en Grecia al mando de ochenta mil infantes y doce mil jinetes. Toma posiciones en Actium, frente al campamento de Antonio, donde espera a sus cuatrocientas naves mandadas por Agripa, el mejor almirante de la Antigüedad.

Durante el invierno, los enemigos se observan mientras elaboran sus planes de batalla.

El nerviosismo cunde en el campamento de Antonio; se han infiltrado numerosos espías que trabajan para destruir la cohesión del mando, atizar las tensiones, socavar la moral de las tropas, comprar a los jefes vacilantes, convencer a los oficiales romanos para que cambien de bando y dislocar la unidad de los monarcas. Las consecuencias no se hacen esperar.

Muy pronto, Cleopatra y Marco Antonio ya no saben quién los traiciona. Algunos generales exigen la marcha de la reina. Indignada por tan infamante proposición, les recuerda que ella ha sufragado el ejército y traído su flota.

La conducta de Antonio, abrumado por opiniones contradictorias e incapaz de atenerse a una decisión, justifica las primeras defecciones.

A estas pérdidas se suma, al final del invierno, una epidemia de malaria que provoca una hecatombe entre los remeros y los marinos. Al tanto de un desastre que priva a Antonio de un tercio de sus barcos, Agripa apresta su flota para el combate. Antonio se sume en la desesperación hasta que Cleopatra le inspira un notable ardid de guerra.

Mientras Agripa maniobra, los soldados de Antonio recortan siluetas de madera, las clavan sobre la cubierta de sus barcos, tocan las trompetas y, con un puñado de soldados, organizan un enorme revuelo.

Engañado por tanta efervescencia, confundiendo a los figurines con hombres, Agripa renuncia al ataque. Pero se apodera de todas las islas, encerrando a la flota de Cleopatra y Antonio en el golfo de Ambracia y dificultando su aprovisionamiento, que llegaba por mar.

Para acentuar aún más el abatimiento, cada nuevo día trae su ración de malos presagios. En Grecia y en Italia, las estatuas de Antonio son aniquiladas, fulminadas, derribadas por seísmos. Y una pareja de alciones, tan apreciados por Cleopatra, que anidaba sobre su nave insignia, es expulsada por otra que, llegada desde mar abierto, ocupa su lugar con sus crías.

X

Al sombrío humor de Antonio, a su actitud recelosa y a su forma de acosar a sus mejores oficiales, se suman la escasez de víveres frescos y la mediocridad del rancho. La espera resulta insoportable y las quejas empiezan a oírse en el campamento. Sonoras discusiones estallan entre Antonio y Cleopatra. Como a ninguno de los dos les preocupa que haya o no espectadores, a veces tienen lugar en público.

Ella le suelta:

Me pregunto si aún estarías a mi lado si no fuese por mis naves de guerra.

Él la acusa:

—¿Ya me has traicionado con Octavio, como traicionaste a César conmigo?

Ella le replica glacialmente:

Semejante reproche solo es humillante para el que lo formula. Eres tú el que me traicionó entregando mis naves a Octavio sin ninguna contrapartida.

Hasta ahora, ella nunca había mencionado el pasado. Lo llama borracho.

Antonio responde que bebe para olvidar que ella quiere asesinarlo. Como la reina le da la espalda sin responderle, el romano imagina que el incidente está cerrado y que puede, impunemente, seguir denostándola frente al ejército.

Pero, esa noche, al final de la cena, ella le tiende su copa. Antes, en señal de reconciliación, ha dejado caer en el vino unos pétalos de flores que ha arrancado de sus cabellos. Antonio sonrío y se lleva la copa a los labios.

La reina se la arrebató:

No la toques. ¡Está envenenada!

Él se encoge de hombros.

—Si acabas de beber.

La respuesta, con voz muy suave, le hace estremecerse:

¡Bebí antes de echar los pétalos! Luego añade con desdén:

Si quisiera, ves lo fácil que me sería matarte. Si no lo hago, es porque te necesito.

Para sus aliados, ver como las dos fieras reales se destrozan mutuamente constituye casi una distracción contra el hastío. Pero al presenciar los peligrosos juegos a los que Antonio y Cleopatra se entregan en su presencia, llegan a la conclusión de que tanta violencia es la señal de una ruptura irreparable. Solo que ellos no conocen la profundidad de los vínculos que los unen. Además, la propaganda de Octavio influye en su ánimo y empiezan a dudar de la victoria. Eso sin contar que no soportan la continua vigilancia a que están sometidos, pues Antonio espía a todo el mundo, incluida Cleopatra, en cuanto se aleja de sus brazos.

Un día, los hombres de Antonio detienen a un confidente de Octavio. Ante la amenaza de la tortura, el muchacho confiesa que su amo le promete a la reina que conservará todos sus dominios y que se consagrará a ella con ardiente celo, siempre que abandone a Marco Antonio.

Poco antes del combate, los reyes de Tracia y de Paflagonia, sobornados por Octavio, se pasan al enemigo con dos generales que conocen los planes de batalla.

Uno de ellos es Quinto Delio, el mismo que, tiempo atrás, convenció a la reina de que se encontrase con Antonio en Tarso. Él también, al presenciar las locuras a que se entregan la pareja que contribuyó a formar, ha perdido toda confianza. No es Antonio el que se aplaca al estar cerca de la reina, es ella la que se inflama con su furor. Pero Quinto es un romano, y no está acostumbrado a que una mujer prepare una batalla, y menos aún al espectáculo de ver a Antonio siguiendo a pie la litera dorada de la reina. Y esta es una guerra de Roma contra una potencia extranjera. Siendo así, ¿qué hace él, Quinto Delio, en el campo egipcio? Estas son las razones que lo deciden a desertar.

El golpe abruma a Marco Antonio.

Una vez más, Cleopatra le ayuda a recuperar su coraje. Si han robado los planes de batalla, ¡se cambian!

Entonces renuncian, en contra de las preferencias de los más veteranos, a la guerra terrestre, y optan por romper el bloqueo con un combate naval.

En plena noche, con el mayor sigilo, ordenan cargar sus tesoros en el *Antonia* y quemar las naves de transporte y los barcos pequeños. Solo conservan doscientos cuarenta barcos. Pero son como monstruos marinos,

fortalezas flotantes con diez filas de remeros que Agripa tendrá que atacar desde abajo, como si se tratase de ciudades amuralladas.

A la mañana siguiente, una tormenta impide librar la batalla. Durante cuatro días, el viento desencadenado sopla sin pausa levantando rugientes olas.

Cleopatra y Antonio utilizan este tiempo para afinar sus proyectos. Después de la victoria, en cuanto Octavio haya sido aplastado, la reina volverá a Alejandría; mientras, Antonio se apoderará de Roma y celebrará su triunfo sin ella. Cleopatra no pone ninguna objeción y acepta hacerse a un lado. No desea volver a Roma, donde nada podría igualar lo que vivió con César.

La mañana del combate, la reina ocupa su lugar a bordo del *Antonia*, a la cabeza de su escuadra arrinconada en lo más profundo del golfo. Las velas púrpuras del buque insignia egipcio no se han cambiado para la batalla, sino que están listas para ser izadas en cuanto Antonio haya forzado el bloqueo.

Cuando las naves de guerra empiezan a moverse, lentamente, todas a la vez, como si estuviesen soldadas unas a otras, da la impresión de que una fortaleza invencible se ha puesto en marcha para triturar cualquier obstáculo que encuentre en su camino.

Dentro de pocos instantes, la flota de Octavio será pulverizada por estas montañas de madera y hierro, armadas con espolones de bronce que despiden cegadores reflejos, cuyos puentes están ocupados por los mejores infantes en orden de combate; empuñando sables, picas y lanzas, esperan el abordaje para lanzarse sobre los pequeños barcos romanos.

Para evitar este choque mortal, Agripa hace virar a sus barcos, más rápidos y manejables.

El flanco derecho de Antonio se lanza tras ellos y rompe la formación.

Es el error que Agripa esperaba. Sus barcos viran de nuevo y acosan a los mastodontes que, arrastrados por su velocidad, son incapaces de maniobrar con la misma rapidez de los barcos romanos.

Durante cuatro horas, igual que las jaurías de perros alrededor de las fieras salvajes, Agripa acosa a las naves egipcias, que no pueden utilizar sus espolones por falta de impulso.

Según relata Plutarco, «la acción recuerda a una batalla en tierra firme o, con más exactitud, al asalto de una fortaleza, pues tres o cuatro barcos de Octavio rodean sin cesar a cada barco de Antonio, atacándolos con lanzas, jabalinas, garrochas, arrojándoles fuego con diversos artilugios; mientras, los hombres de Antonio, desde lo alto de sus torretas de madera, utilizan catapultas para lanzarles proyectiles».

Después de romper la línea de batalla, Agripa acosa al *Antonia*, que Cleopatra defiende sola a la cabeza de su escuadra.

En ese momento, trescientos barcos están luchando y la confusión es tal que nadie puede anticipar el desenlace.

Un bosque de mástiles cubre el mar. Columnas de humo negro se arremolinan sobre los puentes en llamas entre los alaridos y el sonido de las trompetas, que Octavio ordena tocar en cuanto un barco enemigo está fuera de combate. Los cascos crujen y se resquebrajan, el agua penetra por las grietas luchando contra el fuego. Las vergas se desploman. Los hombres gritan. La sangre tiñe de rojo el mar.

XI

Aún no hay vencedores ni vencidos cuando Cleopatra logra liberar al *Antonia*. Entonces se levanta un viento favorable que sopla desde Italia. Es una señal de los dioses. La reina ordena izar las velas y, a la cabeza de sus sesenta barcos intactos, escapa al bloqueo.

Al ver pasar a la escuadra egipcia, Antonio pierde la razón. No es la primera vez que lo abandona todo para seguir a la reina, como si solo ella existiera en el mundo, como si no pudiera respirar sin ella.

En plena batalla, ordena detener los combates y, sin asegurarse de que sus órdenes se han cumplido, abandona su barco y salta sobre una embarcación más pequeña y veloz.

A su espalda, sus enormes navíos no pueden zafarse del acoso que sufren. Algunos están en llamas; otros, partidos en dos, se hunden. Gritos y alaridos. La madera cruje. Los ingenios lanzados por las catapultas desatan incendios por doquier. Filas completas de remos vuelan en pedazos, se abren las carenas y los hombres desaparecen bajo el agua. Velas en llamas se abaten sobre los combatientes. Vergas y mástiles partidos atestan las cubiertas.

Se lucha con garfios, hachas, picas.

La pez humeante carboniza las carnes.

Soldados y marinos corren entre las llamas y el humo, se arrojan al agua por decenas y el peso de sus corazas los arrastra hacia el fondo.

El mar está mancillado.

Antonio atraviesa ofuscado esta espuma ensangrentada de la que se elevan antorchas negras y apestosas, de la que ascienden olores de sangre y fuego.

Un barco le cierra el paso.

Loco de rabia y humillación, Antonio grita:

—¿Quién osa perseguir a Antonio?

—Yo, el hijo de un proscrito que tú decapitaste, ¡yo te persigo! Y si no logro impedir tu huida, los dioses infernales se encargarán por mí.

Cleopatra, al ser informada de lo que ocurre y negándose a creerlo, corre hacia la popa del *Antonia*.

En la parte delantera del barco que se acerca a toda velocidad, con sus cinco filas de remos hundiéndose en el agua con la cadencia infernal del abordaje, un gigante embozado en un manto púrpura tiene la mirada fija en ella.

La reina permite que suba a bordo, pero se niega a hablar con él. Ya sabe lo que le diría para justificarse.

Han escapado al bloqueo, son libres, el tesoro está a salvo y, también, un centenar de navíos. Pero él abandonó el combate sin estar seguro de la victoria.

Durante los tres días en que Cleopatra se niega a recibirlo, a pesar del deseo que siente de tenerlo a su lado, Antonio permanece postrado en cubierta con la cabeza entre las manos.

Cleopatra ha comprendido lo que él aún se niega a admitir. El viento de la Historia, que César hubiese podido hacer virar, sopla a favor de Octavio. Sola, Cleopatra podría salvarse y sobrevivir. Roma aceptaría su abdicación y su hijo sería rey. Pero Marco Antonio no se separará de ella. La arrastra hacia la muerte y ella necesitará tener valor por los dos.

Entonces, la reina, que desde la muerte de César nunca dejó de esperar que la rodeasen los brazos de otro padre amante, renuncia a este sueño y decide que, en su última etapa, seguirá luchando por Egipto y protegerá a su anciano niño de cincuenta y dos años. Se reúne con él en cubierta y posa sus manos sobre los hombros hundidos cubiertos con un manto hecho jirones.

El amor los arroja de nuevo al uno en brazos del otro.

Juntos trazan planes para el futuro.

Ella sabe que ya nada les espera.

XII

En una isla griega donde hacen escala les revelan que su flota combatió hasta el anochecer, que Agripa quemó los barcos que no pudieron escapar y que el ejército de tierra, antes de rendirse, esperó el regreso de su comandante durante tres días.

Antonio decide desembarcar en Cirenaica para tomar el mando de las cuatro legiones que dejó allí.

Desde su barco, que prosigue su singladura, Cleopatra observa la silueta en el muelle que, poco a poco, se va haciendo más pequeña. Sabe que Antonio esperará en vano a un ejército fantasma.

Cuando él descubre que ya no le queda ni solo un hombre, que todas sus legiones se han unido a Octavio, el mundo se abre a sus pies. Intenta poner fin a sus días para que Cleopatra pueda seguir reinando sin él. Es tan fuerte que varios de sus amigos tienen que unirse para luchar contra él y arrebatarle su espada. Después, le falta valor para intentarlo de nuevo. Hundido por haber malogrado también su muerte, se arrastra como puede hasta Alejandría.

Se imagina que encontrará a una Cleopatra abrumada por su destino, pero se entera de que su pueblo la recibió como triunfadora; la gente estaba loca de alegría al verla regresar a la cabeza de su escuadra. Los barcos que sufrieron desperfectos durante la batalla ya están en carena donde los carpinteros de la marina los reparan; y la reina se dispone a defender su capital contra Octavio, que se dirige hacia Siria.

Antonio observa taciturno los preparativos.

Cleopatra le brinda toda su ternura. Pero ya no le quedan fuerzas para insuflarle su valor y ánimo. Incluso teme que pueda hundirse con él. Y, en esos momentos, necesita toda su energía para Egipto y para sus hijos — también para el de Antonio y Fulvia, pues Antilo está en palacio, educándose junto a los suyos.

En estas circunstancias, no se opone a que Antonio, que bebe más que nunca y se deshace en imprecaciones sobre la perfidia de Octavio y la ingratitud de su ejército, se mande construir una pequeña casa en el malecón. La llama «el Timoneo» en recuerdo del misántropo de Atenas, Timón. Allí pasa sus días, copiando y volviendo a copiar las máximas de los filósofos.

Una vez más, Cleopatra está sola, pero al menos no debe soportar la agobiante compañía de un desesperado. Y la reina recobra las ganas de luchar.

Como el tiempo apremia, pues Octavio ya se dispone a marchar sobre Egipto, decide que ha llegado el momento de investir a Antilo con la toga viril y de inscribir al adolescente Cesarión como ciudadano de Alejandría. En caso de que ella desaparezca, ambos serán considerados mayores de edad. Las ceremonias dan lugar a grandes festejos, los últimos tal vez, pero Cleopatra no quiere defraudar a los dos jóvenes.

Cesarión ya ha sido reconocido por Roma como el heredero legítimo del trono de Egipto. Al convertirlo en adulto, Cleopatra quiere significar que puede reinar solo, en su propio nombre, sin que le impongan ningún regente. Son unas disposiciones muy juiciosas. ¿De qué servirán frente al ejército de Octavio, al que nada ni nadie podrá resistirse?

Consciente de la fragilidad del entramado que erige ante un enemigo implacable, Cleopatra toma una intrépida decisión que podía haber salvado todo su legado si el viento de la Historia no le hubiese sido tan contrario. Decide partir, empezar todo de nuevo en otra parte.

Siguiendo el ejemplo de Tutmosis III, abuelo de Akenatón, que transportó su flota desde Fenicia hasta el Éufrates, ordena desplazar un centenar de barcos del Mediterráneo hasta el mar Rojo, y planea, para organizar la supervivencia de Egipto y de su dinastía, «llevarse su oro, su plata y sus tesoros e irse con sus hijos para instalarse más allá del océano, lejos del Mediterráneo, y así escapar al peligro de esta guerra y a la servidumbre».

XIII

Cien barcos desplazados sobre enormes maderos embadurnados de aceite y jalados por miles de hombres, llegan al mar Rojo sin tropiezos; mientras, en Alejandría, Cleopatra celebra el cumpleaños de Antonio. Tiene cincuenta y tres años.

Las naves ya están fondeadas en el mar donde el Eterno anegó al ejército de Egipto ante los ojos de Moisés y de su pueblo, que acababan de cruzarlo a pie. Cleopatra se enfrenta a la supervivencia o a la muerte con la misma calma. Pone en juego todos sus recursos para evitar el suicidio, pero lo prepara con esmero por si es su destino.

La sociedad de los amigos de la Vida Inimitable ya no existe; la reina crea una nueva, la de los compañeros decididos a morir juntos, llamada *Synapothanumémon*. Y hace acopio de unos venenos fulminantes que evitan sufrimientos, muecas y contorsiones a los que los absorben.

Si su plan fracasa, será su último recurso.

Es demasiado lúcida para ignorar que Egipto se le escapa, y que si pierde la corona, su hijo no reinará sobre la Muy Verde después de ella. Su país, tan codiciado por Roma desde hace tanto tiempo, dentro de algunos días caerá entre las garras de Octavio, que lo convertirá en una provincia romana para saquearlo a fondo. Será el final de la civilización mediterránea más antigua y más brillante, aunque la propaganda de Octavio la describe como desenfrenada y corrupta.

La reina de Egipto se niega a presenciar tamaña desolación y quiere ver reinar a su hijo.

Alejandro murió en Babilonia, lejos de su patria. Lagos, el macedonio, vino a Egipto para fundar una dinastía. Hay que seguir su ejemplo y partir para continuar.

Tolomeo César será rey en la India.

Cleopatra organiza en secreto los preparativos para la salida. Cuando está reuniendo sus tesoros para encaminarlos hacia el mar Rojo, le anuncian que los árabes de Petra, sobornados por Octavio, han incendiado su flota.

Su última esperanza se derrumba.

En Alejandría aún le quedan algunos barcos, pero ya no tiene tiempo para transportarlos a través del desierto. Desea morir, puesto que ha escogido a unos amigos para que la acompañen en este viaje y eficaces venenos para llevarlo a cabo. Si retrasa el momento, es para asegurar, hasta donde sea posible, el futuro de sus hijos. Pero su vida ha terminado.

Ordena llevar a su tumba los tesoros que reunía para conquistar la India, y le escribe a Octavio para proponerle la cesión de su trono a Tolomeo César.

Al mismo tiempo, Antonio ofrece entregarse para salvarla.

Pero Octavio es un monstruo frío, calculador, y su ferocidad es despiadada. Devorado por el odio, no se contenta con la renuncia de una madre en favor de su hijo, ni con la abnegación de un amante por la mujer que ama.

Al tiempo que le reitera sus ofrecimientos de amistad, le reclama a Cleopatra la cabeza de Antonio.

Ella se estremece de asco.

Esa serpiente inicua, pérfida en el crimen, sin pudor, fe ni honor, uno de los disolutos más viciosos de la República, ¿cómo se atreve a poner sus ojos en ella y pedirle que sacrifique al hombre con el que escribe la Historia desde hace tantos años?

XIV

El cinismo de Octavio implica que el fin está cerca.

Cleopatra convoca a su hijo y le explica lo que ha decidido. La flota de guerra que transportó hasta el mar Rojo ha sido aniquilada. Solo quedan los barcos mercantes utilizados por los caravaneros, que desembarcan sus cargamentos en el puerto de Berenice después de haber cruzado el desierto de Arabia y el mar. No hay bastantes barcos para transportarlos a todos a la conquista de la India, pero son más que suficientes para salvar al joven rey de Egipto y a su séquito.

Sin disponer de una flota ni de soldados, sin su madre y sin Antonio, Tolomeo César ya no debe aspirar a conquistar un imperio, pero con el tesoro que le entregará Cleopatra podrá formar una coalición oriental con los príncipes de las antiguas satrapías, tomar el mando y volver para liberar a Egipto.

Por esta razón, el joven rey va a huir ante la llegada de Octavio, que solo está a dos días de Alejandría; luego remontará el Nilo hasta Asuán y, desde allí, se dirigirá al puerto de Berenice para embarcarse.

Cleopatra le entrega su cetro, su diadema, una gran parte de su tesoro y una numerosa escolta mandada por Rodón, su preceptor.

La reina habla sin recuperar el aliento, con voz clara. Da una serie de precisiones prácticas, pero no le permite a su hijo, que la mira con los ojos de César y que no quiere salvarse solo, ni una protesta. Su razonamiento es tan sólido que pronto lo convence de que, al igual que ella, no tiene otra elección.

Mientras escucha a su madre, cuya voz se niega a quebrarse, Cesarión recuerda una imagen que creía olvidada. Fue después de la muerte de su padre. El rostro y los brazos de la reina le habían parecido tan hermosos y fríos como los de las estatuas fundidas en oro. Ahora, en el momento en que

le entrega los símbolos del poder real, tiene ese mismo rostro que se esfuerza en permanecer impasible y que no se permite las lágrimas.

Para mostrarse digno de ella, no objeta nada, obedece sus órdenes y le dice adiós. Con el corazón partido, Cleopatra ve alejarse al único hijo de César. Él, de pronto, da media vuelta y corre para arrojarle en los brazos de la reina, su admirable madre a la que no volverá a ver.

Octavio soborna a la guarnición de Pelusio, cruza el Delta sin combatir y llega hasta las puertas de Alejandría. Mientras él emplaza su campamento frente a las murallas, Cleopatra ordena que lleven su féretro hasta el mausoleo que le está destinado.

Octavio reitera sus ofrecimientos a Cleopatra, y lo hace con tal insistencia que Antonio, igual que en Actium, termina deteniendo a un liberto, el infeliz Tirso, a quien apalea. Luego reta a su enemigo a batirse en duelo. Eso también lo hizo en Actium, sin lograr convencer a Octavio.

Esta vez, Octavio le responde que, si piensa un poco, encontrará varias maneras de poner fin a su vida.

Entonces Antonio, al mando de los despojos de su caballería, hace una salida. Combate con tal furor que todos ceden ante él. Aun herido, prosigue la lucha y carga contra el enemigo. Octavio, que en esta escaramuza pierde hombres inútilmente, ordena el regreso de sus jinetes.

Herido pero triunfante, Antonio corre hasta palacio y, tal y como está, cubierto de sangre, sudor y polvo, oliendo a cuero y a caballo, toma a Cleopatra en sus brazos. Hacía mucho tiempo que no se abrazaban. La fuerza de Antonio sigue intacta y el encanto de Cleopatra no se ha alterado.

Quieren olvidarse de que están asediados, como ella lo estuvo con César, pero no se olvidan de que van a morir. Sin embargo, ahora que vuelven a encontrarse, desfallecen de felicidad, y Antonio no logra resistirse a la esperanza.

Hace un rato combatió por ella, y mañana lo hará de nuevo. No puede vencer, pero al menos podría arrancarle al enemigo una rendición honrosa. Él atacará con su caballería y, al mismo tiempo, Cleopatra intentará forzar el bloqueo con las naves que le quedan...

Ella rechaza el espejismo.

—Aleja a tu hijo —le responde—. Que se reúna con Cesarión y se embarque con él.

Hasta ese momento, temiendo la rivalidad entre el hijo de César y el de Antonio, no le había parecido buena idea. Pero ahora que sabe que Alejandría

está perdida, intenta salvar a Antilo. El joven escapará durante la salida que harán al día siguiente. En cuanto a sus tres hijos más pequeños, su corta edad los protegerá. Ni siquiera Octavio sería capaz de hacerles daño.

Después de tomar esta decisión, Cleopatra y Antonio se duermen abrazados.

Una extraña música los despierta. En la calle, escribe Plutarco, mientras «la ciudad yace adormecida bajo las estrellas, se escuchan flautas, címbalos, voces que entonan un aire alegre. Se distingue el rítmico golpeteo de los pasos de baile, luego, a intervalos, los clamores y los gritos de una multitud que se mezclan con la música desenfrenada de una canción báquica. El ruidoso cortejo atraviesa la ciudad por el centro, en línea recta, avanzando hacia la puerta de Canopus. Allí, el feliz tumulto llega al paroxismo. Bruscamente, los sonidos se apagan y se hace el silencio. Todos los que han escuchado esta música desenfrenada están convencidos de haber oído pasar a Dionisos en el momento en que, abandonando el campo de Antonio, su encarnación vencida, se unía, con su fantasmal escolta, al ejército victorioso de Octavio».

XV

A la mañana siguiente, muy temprano, Antonio observa desde las ventanas de palacio que su caballería se pone en movimiento y se dirige hacia el campamento de Octavio, donde es recibida con ovaciones. Pero aún le falta por ver cómo las naves con las que Cleopatra debía forzar el bloqueo también se unen a la flota del vencedor.

El oro ha comprado todas las voluntades.

Pero Antonio, a pesar de las palabras de Cleopatra, no termina de convencerse. Sobre todo porque está celoso. Ya ha interceptado a dos mensajeros de Octavio portadores de proposiciones para la reina, y ella no le oculta que ha habido más.

La ira de Antonio se vuelve contra ella. Las palabras lo arrastran a una violencia creciente. Ya no puede controlarse y se deleita con sus propios alaridos.

En vano intenta Cleopatra hacerle entrar en razón. Todo lo que le dice para tratar de calmarlo solo aumenta su desenfreno. Él la acusa de haberlo vendido a Octavio a cambio de la vida de los niños, y la condena a sufrir la execración de las generaciones futuras. Con espumarajos de rabia en la boca, levanta los puños para golpearla.

Iris y Carmiana intervienen y se llevan a su reina.

Lívida, vacilante bajo el peso de las injurias, Cleopatra huye con el corazón batiendo desbocado, el rostro ardiendo y las manos temblorosas. Acompañada por sus criadas silenciosas y fieles que no la abandonarán, se dirige hacia su sepulcro. Entonces afirma que no saldrá viva y que nunca más escuchará las palabras de odio del hombre al que amó hasta el punto de querer compartir la muerte con él.

Entra en el mausoleo con Iris y Carmiana y ordena bajar las rejas. Es la única reina de Egipto que, viva, penetra en su Morada Eterna.

Un oficial que ha seguido a Cleopatra, que ha oído sus palabras y que ha visto cómo las enormes rejas la sustraían al mundo de los vivos, regresa para anunciarle a su comandante que la reina ha muerto.

Antonio, destrozado por su propio furor, escucha sin entender una palabra y cae desmayado.

Cuando vuelve en sí, murmura:

No te demores, Antonio. El destino te ha arrebatado al único ser por el que aún estabas presto a luchar.

Se despoja de su coraza, llama a Eros y le tiende su espada:

Cumple tu promesa, Eros.

Eros empuña el arma, la vuelve contra sí y la hunde en su cuerpo.

Antonio retira la hoja.

Cleopatra —dice implorante—, espérame, voy a tu encuentro.

Antonio apoya la empuñadura de la espada contra un escalón y se arroja sobre el hierro, que le perfora el vientre. La herida es mortal, pero la muerte no tiene prisa y el dolor es tan cruel que Antonio le suplica a sus criados egipcios que lo rematen. Mas estos huyen despavoridos y corren hacia el mausoleo, donde sus lamentaciones llegan hasta Cleopatra por la ventana del nivel superior.

Cuando se entera de que Antonio se ha suicidado al creerla muerta, ordena que lo transporten hasta el pie del muro y le suplica a los dioses que le concedan verlo de nuevo con vida.

En cuanto el lúgubre cortejo se acerca, la reina tira cuerdas y arneses por la ventana. Los criados atan a Marco Antonio.

Volcada en un esfuerzo sobrehumano para izar al moribundo hasta ella, Cleopatra no siente el tórrido calor del verano alejandrino que transforma el mausoleo en un horno, ni el sudor que la empapa, ni el dolor de sus manos desolladas por las cuerdas. Solo piensa en Antonio, que sube hacia ella a tirones, se retuerce de dolor, oscila al final de las cuerdas que lo elevan en el vacío y tiende sus manos hacia ella susurrando las palabras de un amor eterno.

Al llegar a la altura de la ventana, él solo no consigue aferrarse al borde y es Cleopatra la que lo ayuda a traspasar el vano. Las tres mujeres lo llevan hasta el lecho. Cleopatra rasga su túnica para restañar la sangre, y lo abraza llamándolo mi señor, mi esposo, mi emperador.

Él se relaja entre sus brazos y pide una copa de vino. Ella lo ayuda a beber, pues aunque el vino puede precipitar su muerte, tal vez sea capaz de aliviar su sufrimiento. Cleopatra lo rodea con sus brazos mientras él le

murmura que debe intentarlo todo para salvar su vida, si puede obtener de Octavio unas condiciones honorables.

—Sin oprobio ni deshonor, es imposible... Pronto me reuniré contigo...

Cuando Marco Antonio muere, ella se golpea el pecho y se lacera el rostro hasta hacerse sangre.

XVI

Un furor glacial estremece los labios del romano. Octavio ha comprendido que la muerte le ha arrebatado a Marco Antonio. ¡Que capturen a la reina! Si se niega a abrir las rejas, ¡que las derriben! Pero los sepulcros reales egipcios son fortalezas inexpugnables. No se puede asediar el mausoleo, ni tomarlo al asalto, ya que para capturar a la reina con vida, hay que tomarla por sorpresa.

Octavio sugiere un innoble ardid. Mientras un tal Galo parlamenta con ella sobre el destino de sus hijos a través de las rejas, su cómplice, Proculeyo, trepa hasta la ventana. Pero se tropieza en la oscuridad. Cleopatra lo oye a su espalda y empuña una daga para matarse.

Proculeyo no le da tiempo.

—Te lastimarías a ti misma —dice arrancándole el arma—, y a Octavio también, pues desea mostrarse clemente.

La domina, la registra, recorre el sepulcro, abre las rejas y apostea unos centinelas en la primera sala. A partir de ahora, Cleopatra ya no está sola con sus criadas, sino estrechamente vigilada día y noche por soldados romanos mandados por un secuaz de Octavio, Epafrodito. Para que la puerta que la separa de sus carceleros permanezca cerrada, Cleopatra debe recurrir a toda su autoridad.

Sin embargo, para Octavio la cacería no habrá terminado hasta que Antilo y Cesarión, sobre todo Cesarión, no estén en su poder. Las patrullas que los buscan registran a fondo toda la ciudad. El joven rey permanece a salvo.

Pero los soldados encuentran a Antilo en el templo consagrado al dios César. El muchacho pensó que incluso Octavio respetaría aquel lugar. Los romanos violan el santuario, asesinan al fugitivo y le cortan la cabeza para llevársela a Octavio, no sin antes haberle robado una valiosa joya que llevaba

colgada al cuello. Octavio, que además de la cabeza quería la piedra preciosa, ordena que crucifiquen a los ladrones.

Cleopatra no ha renunciado a morir.

Sin armas, tardará un poco más; pero las heridas que se hizo se infectan y le provocan altas fiebres. No se cuida y deja de comer para precipitar el desenlace.

Octavio detesta que le arrebaten lo que le pertenece. Cleopatra es suya, como lo era Antonio, igual que la joya de Antilo. Le hace saber a su prisionera que, si se mata, dará muerte a sus hijos en medio de atroces suplicios. Para salvarlos, la reina cede al chantaje.

Octavio no ha vuelto a ver a la reina desde la muerte de César. Muy excitado ante la idea del encuentro, anuncia su visita y acude al mausoleo igual que se examina a las fieras en sus jaulas antes de soltarlas en el circo.

Pocos días atrás, Cleopatra resplandecía. Desde la muerte de Antonio, no ha escatimado ningún esfuerzo para destruirse. Se ha despojado de su belleza como si fuese una peligrosa vestidura.

Y ahora, lívida, demacrada, con las mejillas arañadas y el pelo arrancado, ahora puede recibir al repugnante vencedor sin temer sus insinuaciones.

Con todos sus sentidos aguzados por la fiebre, en cuanto lo ve descubre al más frío de todos los monstruos fríos. Una sola mirada le basta para comprender que nada lo conmoverá. Es impasible y del todo indiferente a la piedad.

Sin embargo, a falta de compasión, espera al menos que respetará los deseos de su padre adoptivo; la reina le tiende las cartas de César, la prueba de que ella, durante toda su vida, siempre ha actuado de acuerdo con la voluntad de César.

Octavio quiere decir algo, pero no se le ocurre nada. Cleopatra cae a sus pies y suplica:

—Tengo que pedirte una gracia, en recuerdo de César. Puesto que después de haber sido suya, el destino me unió a Marco Antonio, déjame ir a su lado. No abandoné esta vida al tiempo que César. Permite que siga a Antonio en las moradas del más allá y que comparta su tumba.

La vacía mirada de Octavio se posa en ella.

El deseo inundo y helado de tomar a la mujer de su padre sigue atenazándolo. Él tiene treinta y tres años y ella seis más. Ha hecho todo lo posible por desfigurarse y sigue siendo irresistiblemente atractiva. Sus

desgarros no consiguen disimular la nobleza y la perfección de su rostro, los ojos espléndidos, centelleantes, el soberbio dibujo de su boca; comparado con el de ella, su rostro es patético. Y el cuerpecito enflaquecido, cuyas delicadas formas se adivinan bajo los pliegues de la túnica, aún resulta seductor.

Pero Cleopatra no disimula la repulsión que le inspira, y el asco es tan brutal que Octavio se espanta. Retrocede hacia la puerta farfullando:

—Nadie te hará ningún daño.

Al salir del mausoleo destruye las cartas para falsificar la Historia y que, así, el mundo nunca sepa que el hijo adoptivo de César violó su última voluntad.

XVII

Tras la visita de Octavio, la vigilancia que sufre la reina se vuelve más rigurosa. Está prohibido que sus amigos la visiten, que sus criados se le acerquen, que sus campesinos le lleven frutas o flores. Nadie tiene derecho a verla, y lo que le regalan para hacerle más llevadero su encierro es inspeccionado por los soldados

Para evitar manifestaciones en Alejandría, Octavio decide embarcarla en secreto. La reina que toda Roma conoció al lado de César triunfante, será exhibida encadenada al carro del hijo de César. Octavio sueña con ese día, el día en que reemplazará a su padre adoptivo en el papel de vencedor, y en el que la egipcia, que tenía su estatua de oro en el templo de Venus Genitrix, pero que ha osado rechazar sus ofrecimientos, se arrastrará bajo los escupitajos. Si sobrevive a su degradación, nadie le impedirá suicidarse.

Entre tanto, sus carceleros, conmovidos por su valor y su sufrimiento, dejan pasar flores y dulces. Y Epafrodito no le oculta que, dentro de tres días, Octavio la embarcará rumbo a Roma con sus hijos y los tesoros acumulados en su tumba.

¡Tres días! Octavio tiene prisa. Y Cleopatra aún más.

—Carmiana, ahora mi hijo está a salvo —afirma—. El futuro le pertenece. Mis otros hijos, pequeños como son, llamarán a la compasión encadenados al carro del vencedor. Y, puesto que yo no estaré, tal vez Octavio les perdone esta afrenta. Son inocentes y no han hecho nada para despertar su odio. Cuando crezcan, incluso podrán ocupar un lugar honorable en Roma, ¿verdad, Carmiana?

La mujer le presta a su reina el único sosiego que puede darle. Más que peinarlos, acaricia sus cabellos, fricciona sus sienes, le da masajes en la nuca flexible y en esos hombros de suaves contornos que Marco Antonio besaba.

Cleopatra cierra los ojos y se deja invadir por el solaz que le prodigan las delicadas manos de su criada.

En cuanto se siente más calmada, se acerca al féretro de Antonio y lo cubre con flores mientras dice:

—Amado señor, recibe ahora las últimas honras fúnebres que Cleopatra puede rendirte. Mi querido esposo, si los dioses infernales te han concedido el lugar que mereces, si ya eres un dios, no permitas que me lleven con vida a Roma y que, a través de mí, triunfen sobre ti. Vengo para compartir tu sepulcro, pues si mis desgracias son infinitas, ninguna es más cruel que la de estar separada de ti.

Quema incienso y en voz baja, desesperada, apoyando la frente contra el ataúd, murmura:

—La verdad, amado señor, es que ignoro a quién le dirijo mi oración. En mi juventud, oí hablar del Dios de los judíos, pero ahora ya es muy tarde para optar por un solo dios. Sin embargo, no es posible que no exista. Y, en el momento supremo, es a esta deidad única, que no conozco pero a quien pongo por encima de todos nuestros ídolos, a quien desde el fondo de mi desesperación le imploro que nos vuelva a reunir.

Besa el féretro y vuelve junto a las dos mujeres para ordenarles que le preparen un baño y un festín.

—Dispensadme todos vuestros cuidados, mis fieles criadas. Será la última vez que me hagáis este favor. No llores, Carmiana. ¡Iris, seca tus ojos! Es la última fiesta, el último banquete. A Marco Antonio le hubiese encantado estar presente. Sonreíd, sonreíd y cantad. Es ahora cuando hay que beber y batir la tierra con los pies, ahora cuando hay que preparar el lecho mortuario donde duermen los dioses.

Llama a Epafrodito y le confía unas tablillas para Octavio.

El liberto no tiene ninguna razón para desconfiar. No es la primera vez que transmite mensajes de la prisionera a su vencedor. Cleopatra está alegre. Le pregunta si las joyas que le mandó a Octavio para su mujer y su hermana fueron bien recibidas; para el hombre, es la prueba de que la reina espera ganarse el favor de las dos mujeres para que su vida en Roma sea más soportable.

En cuanto Epafrodito abandona el mausoleo, un campesino se acerca a los centinelas. Deben franquearle el paso para que la reina pueda saborear su

fruto preferido. Tiende su cesto hacia los soldados.

—¡Probadlos! Nunca habéis comido higos tan succulentos.

Los soldados se sirven y cuchichean entre ellos. Ya han dejado entrar flores, por qué no procurarles otro consuelo a la desdichada reina.

Le franquean el paso al campesino.

Al punto, Carmiana se apodera del cesto y lo coloca cerca de Cleopatra.

Iris llora.

Al salir, el campesino se queda quieto delante del mausoleo, no se decide a marcharse.

—¿Qué le pasa a ese aldeano? —se preguntan los soldados.

Al fin, lentamente, como si cada paso le supusiera un gran esfuerzo, el hombre se aleja. Un instante más tarde, uno de los soldados se da una palmada en los muslos

—¡Ya me acuerdo! Yo he visto a ese campesino, servía a la reina. ¡Se llama Apolodoro!

Su compañero lo agarra por un hombro y lo sacude con fuerza.

—¿Qué estás diciendo? Apolodoro es el hombre que transportó a la reina en una alfombra. Si de verdad es él y lo hemos dejado pasar, prefiero no saber qué había en el cesto.

Cleopatra se engalana con el vestido de oro que se puso el día de la celebración con Marco Antonio de su triunfo sobre Octavio. Dado que le entregó a Tolomeo César la corona y el cetro, anuda en su frente una cadeneta que ha hecho con un ceñidor dorado y un pañuelo de finísimo lino. Luego se tiende en el lecho mortuario drapeado con tejidos donde la púrpura de Tiro se mezcla con el oro.

Entonces, pide que le traigan el cesto.

Los higos de la capa superior se mueven, tiemblan, chocan unos con otros. Un áspid de ojos de fuego y colmillos acerados se abre paso hasta la superficie. Sin apresurarse, balanceando la cabeza de derecha a izquierda, el reptil airea su lengua rojiza.

Cleopatra no siente ni miedo ni repulsión por el animal de sangre fría.

La serpiente de Egipto es la protectora de la dinastía. Desde el principio de los tiempos, la cobra sagrada hembra es un símbolo en las coronas reales, y el Agatos Daimon es el genio tutelar de Alejandro.

Con él, Cleopatra va a entrar en la eternidad.

Tiende su brazo hacia el cesto.

Un instante más tarde, se estremece, se muerde el labio.

Mientras su vista se nubla y finas gotas de sudor perlan su rostro, Cleopatra se adormece.

En su cuartel general, Octavio lee la misiva de Cleopatra; en ella le pide que la entierren al lado de Antonio.

Arroja las tablillas y no se decide a visitar el mausoleo. Ya sabe que la reina lo ha derrotado.

Ha partido hacia el país donde los monarcas se convierten en dioses.

Ha ido a reunirse con Antonio y, tal vez, con César.

Epafrodito derriba la puerta e irrumpe con algunos soldados.

Iris yace a los pies del lecho dorado donde Cleopatra reposa sin vida.

Carmiana, titubeante, ajusta mejor la diadema en los cabellos perfumados de su reina.

Los soldados la interrogan, pero ella no los oye. Ya está en camino para reunirse con la Reina de Reyes, cada vez se aleja más hasta que, lentamente, cae junto al lecho.

XVIII

Sobornado por Octavio, el preceptor de Tolomeo César convenció al joven rey de que, en lugar de embarcarse, debía volver a Alejandría. Según él, Octavio lo había reconocido ante el Senado como legítimo heredero, y le entregaría la corona de Egipto igual que César se la había devuelto a su madre.

Tolomeo César fue estrangulado durante el viaje de regreso a Alejandría.

Consumado el crimen, Octavio se hizo coronar rey de Egipto y redujo al país a la condición de provincia romana.

Se apoderó de las maravillas del arte egipcio y griego, estatuas, joyas, mobiliario y objetos de toda clase.

Robó el tesoro de Cleopatra y, aunque era muy consciente de privar a estas esplendorosas obras de arte de la mitad de su valor, fue incapaz de resistirse a la satisfacción de destruirlas. Ordenó que fundieran la vajilla de oro y plata con la que César y Antonio habían cenado, y también la mayoría de los adornos.

Partió en dos la fabulosa perla que Cleopatra no se bebió e hizo unos pendientes destinados a la Venus del Panteón de Roma, que tuvo que contentarse con las sobras de la reina.

Después, a pesar de sus promesas y del dinero que descaradamente había cobrado a cambio de respetarlas, destrozó las estatuas de Cleopatra y destruyó sus efigies; así, Egipto y el mundo olvidarían la memoria de la reina que fue amada por los dos hombres más grandes de su tiempo.

No contento con estos desmanes, confiscó las fortunas de los alejandrinos que eran amigos de la reina.

Pero el nuevo amo de Egipto solo se atrevió a ir hasta Menfis para verse representado sobre los muros de los templos con los atributos del faraón. El

asesino del hijo de César no se aventuró a remontar el Nilo siguiendo la estela de Cleopatra y César.

Sus alargadas sombras se lo impidieron. Como dos enormes buitres protectores, planeaban para preservar los misterios del Alto Egipto de la presencia del profanador.

Octavio le entregó a Roma tal cantidad de metales preciosos que el valor de la plata cayó a la mitad, y las tasas de interés en dos tercios. Se hizo otorgar el título de «Augusto».

Su triunfo duró tres días.

Le aportó al templo de Júpiter Capitolino un botín fabuloso: dieciséis mil libras de oro y cincuenta millones de sestercios en piedras preciosas y perlas de Oriente.

En su inmenso cortejo, que cruzó la ciudad para llegar hasta el Capitolio, figuraban unas alegorías del Nilo y de Egipto.

Los tres hijos de Cleopatra y Antonio, la pequeña reina y los dos pequeños reyes desposeídos iban encadenados al carro de Octavio.

Tras él, como había ordenado, se arrastraba una estatua de Cleopatra tendida sobre su lecho fúnebre, tal como la habían encontrado en su mausoleo, con una serpiente enrollada en su brazo.

Después del triunfo, la estatua fue destruida y los dos hijos de Cleopatra y Antonio, Alejandro Helios, el pequeño Sol, y Tolomeo Filadelfo, desaparecieron.

A Cleopatra Selene se le permitió vivir.

Apenas núbil, la desposaron con Juba de Numidia, famoso por sus borracheras y su desenfreno, y se convirtió en reina de una provincia africana.

Calígula ordenó el asesinato de su hijo, Tolomeo, el último de los lágidas.

FIN



JACQUELINE DAUXOIS es escritora, periodista e historiadora francesa, conocida por sus novelas históricas y por sus biografías dedicadas a grandes mujeres de la historia, como Cleopatra, la reina de Saba, Mesalina o Nefertiti.

También ha utilizado el seudónimo de Jacqueline Bruller en algunas novelas y el de Laurencie en novelas del género juvenil.

Con estudios de literatura, ciencias políticas y cinematografía, ha practicado el periodismo en revistas literarias y como docente en París.